



LIVI DREEM & STEFF ANYE

Bahamas **Y OTRAS LOCURAS**



Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Contenido sensible](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos](#)

[Créditos](#)

Steff Anye & Livi Dreem

Bahamas y otras locuras

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
[@cherrypublishing_esp](#)
Sigue también a las autoras:
[@steffanyeauteure](#) y [@livi.dreem](#)
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: agosto 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen comentarios que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la actitud negativa hacia el peso o la imagen de una persona, sino en todo caso, mostrar las inseguridades derivadas de las exigencias que se imponen al cuerpo, sea este normativo o no.

Prólogo

¿Que me planten en el altar?

Me ha pasado.

¿Que me rompan el corazón?

Sí soy¹.

¿Que me fugue a mi supuesta luna de miel con el padrino del novio (o mejor dicho, mi exprometido)?

Como decía, soy yo... literal.

¿Alguna vez habéis tenido la horrible sensación de que vuestra vida se os escapa? ¿De que, en una milésima de segundo, todo se va al traste? Pues ea, la mía se vino abajo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Y quién fue el origen de mis problemas? Marcad mis palabras: un tío.

Patético...

¿Y cómo caí aún más bajo? Por culpa de otro tío, evidentemente. Si no, no tiene gracia, ¿verdad? En fin, no sé qué hice en una vida anterior para heredar semejante karma, ¡pero debí cagarla hasta el fondo!

Tenía todo lo que necesitaba para ser feliz: un novio que me quería, una situación sentimental y profesional estable, un apartamento precioso en una zona maravillosa de Nueva York (y eso no lo consigue cualquiera, creedme) y una familia siempre dispuesta a dar amor.

Pero eso era antes: antes de darme cuenta de que el novio en cuestión era un gilipollas que me dejó plantada en el altar como un cobarde, delante de todos los invitados, y de que la gente de mi entorno cuestionaba mis elecciones del día a día. Os aseguro que mi madre no estaba muy de acuerdo con que vendiese mi cuerpo (con integridad, no es lo que pensáis), ni con otras muchas cosas... Dicho de otro modo, todo eso era antes de que la vida me pegara la bofetada del siglo.

Así que sí, puede que fugarme quince días con uno de los mejores amigos de mi ex no fuera una idea brillante; lo admito. Sin embargo, en mi defensa diré que estaba borracha.

Ya sé que es una excusa poco convincente, pero insisto: había tenido un mal día. Un día MUY, MUY malo, de hecho.

La cosa es que nunca esperé que ese chaval pusiera mi vida patas arriba de una forma tan abrupta, ni tampoco que me perturbara con su mera presencia. Ya sabéis, hablo de esas famosas maripositas que revolotean en el estómago de una. O puede que no tenga nada que ver con él y me diera más bien una santa insolación por ahogar mis penas bajo el sol de las Bahamas, con unos cuantos cócteles en vena.

Sí... El sol y los mojitos, ¡es la única explicación posible!

¹ N. de la T. Tanto esta expresión como la siguiente son usos del lenguaje coloquial de los jóvenes, que significan «me identifico con ello».

Blake

El corazón me late como desbocado y jamás he respirado de una forma tan agitada.

¿Yo, estresada? ¡Qué va...!

Es solo este maldito vestido, que me aprieta tanto la caja torácica que a poco estoy de que me dé un telele. Pero bueno, ¿he engordado quince kilos desde la última prueba o qué? Y mira que me he esforzado por no pisar una panadería, porque las magdalenas de arándanos y yo... lo nuestro es una puñetera historia de amor que, con demasiada frecuencia, se convierte en una orgía. Normalmente, no tengo el menor problema con tener un poco de chicha en las caderas, pero ahora mismo, no me hace ninguna gracia.

Enderezo la espalda, me miro en el espejo de cuerpo entero que hay en el centro de la sala, en esa especie de recámara que se dispone con modestia para que los novios puedan... ¿descomprimirse? antes del fatídico momento, y... ¡Joder! La chica que tengo enfrente está tremenda con ese vestido immaculado de estilo bohemio y esa corona de flores que le adorna el pelo oscuro.

—Estás preciosa, cariño... —murmura mi madre, con un temblor en la voz.

Camina hacia mí, con una larga trenza castaña balanceándose a sus espaldas. Me agarra de los hombros para atraerme hacia ella y apoya la barbilla en uno de ellos. Sus ojos color caramelo brillan de emoción al encontrarse con la versión de su hija que se refleja en el espejo.

Le dirijo una sonrisa, si es que puede llamarse así. Soy hija única, y mi madre, una romántica empedernida, siempre ha soñado con el día en que caminaría hacia el altar para casarme con el elegido.

—¿Estás preparada? —me pregunta con dulzura.

Inspiro y espiro profundamente antes de asentir. Mi ritmo cardíaco sigue tan anárquico como siempre, pero la idea de encontrarme con Tyler en el altar dentro de unos minutos me hace sentir un poco mejor. Lo nuestro es evidente, está más claro que el agua.

Recuerdo el día que nos conocimos como si fuera ayer: esa carita de seductor atractivo y arrogante, convencido de que acabaría en su cama... Tyler era el arquetipo de chico que no soportaba. Demasiado seguro de sí mismo. Un destructor de mujeres, ya os hacéis una idea.

Spoiler: acabé enamorándome de él. Hombre, si no, no estaría dispuesta a dejar que me pusiera un anillo en el dedo, ¿verdad? Pero os aseguro que se lo tuvo que currar bastante para conseguir que me metiera entre sus sábanas.

Sonrío un poco mientras pienso en ello. Finalmente, me alejo del espejo y me dirijo a la puerta. Mi madre me sigue muy de cerca.

En cuanto salgo de mi refugio, mi padre aparece al otro lado de la puerta y el orgullo de sus ojos hace que se me hinche el corazón de alegría. Es extraño verle así de feliz, a él, un hombre tan taciturno... Y más aún ver cómo se le ilumina el rostro, de normal marcado por arruguitas incipientes, pero que ahora tiene un aire más juvenil. Cuando me tiende el brazo, me aferro a él.

Sin embargo, el bullicio procedente de la iglesia me recuerda que cientos de personas ya han

tomado asiento, dispuestas a presenciar el día más feliz de mi vida, y mi maldito pulso vuelve a acelerarse.

¡Respira, Blake, respira! ¡Que no te llevan al matadero!

Pero es inútil. Cuanto más me acerco al lugar en que Tyler me espera, más se me revuelve el estómago.

¡Mierda! ¿Es mi conciencia, queriendo objetar? ¿O mi sexto sentido, que ha decidido gritarme a la cara que estoy a punto de cometer un grandísimo error?

No puede ser. Tyler es el hombre de mi vida, y en cuanto lo vea, con sus aires de dios del Olimpo y su esmoquin, esperándome en el altar, estoy convencida de que la angustia que me brota del estómago desaparecerá como por arte de magia.

Pero vaya, hay un inconveniente. Uno chiquitito, nada más: Tyler no está.

—¿Dónde está Tyler? —le pregunto a mi padre con voz lo bastante alta para que me oiga, a pesar de la marcha nupcial que la orquesta situada en el palco ha iniciado de repente.

Todos los invitados se levantan y miran hacia mí mientras cuchichean, y no me hace falta mucho para darme cuenta del tema de conversación que está en boca de todos.

¿Desde cuándo aparece la futura novia en la boda sin que el novio esté presente?

Ah, sí, me suena haber visto una escena parecida en una película. *Resacón en Las Vegas*, ¿puede ser? En este mismo instante siento una inmensa empatía por la chica que esperaba desesperadamente a que su media naranja se reuniera con ella en el altar.

El problema es que mi vida no es una peli y no soy la protagonista de una comedia romántica de poca monta, así que os juro que como Tyler no venga arrastrando el culo ahora mismo, ¡yo misma lo encerraré en la azotea para que se achicharre¹!

—Seguro que no tardará mucho, cariño —responde mi padre, saludando a las caras conocidas entre los asistentes—. Nunca ha sido muy puntual... —continúa reprochándome.

Cierto es. Admito que la puntualidad nunca ha sido una de las virtudes de mi prometido, pero esperaba que el día de nuestra boda hiciera un esfuerzo... Más le vale tener una excusa tremebunda para justificar este numerito.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido que sería conveniente avisarme de que aún no había llegado?

Trago saliva y ofrezco una sonrisa forzada a los aquí presentes. Los rayos de sol que se filtran por las magníficas vidrieras de colores dan a la iglesia un aspecto de cuento de hadas que contrasta con el caos que reina en mi interior.

—Pensamos que los invitados ya habían esperado bastante... —se limita a decir.

Genial.

Estoy viviendo el mayor bochorno de toda mi vida porque, y cito textualmente: «los invitados ya han esperado bastante».

Mientras llegamos al altar, aprieto los dedos alrededor del brazo de mi padre como si me aferrara a un salvavidas. Pero él no parece oír mis gritos de socorro y me besa en la mejilla antes de dejarme delante del cura, cuyos ojos rebosan compasión. Parece que no soy la primera en sufrir un contratiempo así, y eso no me tranquiliza en absoluto. Todo lo contrario.

Subo los escalones para ocupar mi lugar junto a Tía, mi mejor amiga y, evidentemente, mi dama de honor, que se retuerce en su vestido pastel. Es evidente que está incómoda.

Vamos a ver, ¿qué pasa aquí? ¿Todo el mundo sospecha que me van a dar calabazas para los restos o qué?

La interrogo con la mirada, rezando para que disponga de algún dato que desmienta la

horrible verdad que intenta imponerse sobre mí, pero la expresión desconcertada de su cara bonita demuestra que sabe tan poco como yo.

Entonces me vuelvo hacia Hayden, el padrino de Tyler, que me observa con un extraño brillo en sus pupilas turquesas. Hayden es fotógrafo. Estuve al otro lado de su objetivo hace ya varios años, y gracias a él, conocí a Tyler. Aunque es amigo de mi prometido, sé muy poco de él, y de lo único que estoy segura es de que, por alguna razón, no me soporta. Probablemente porque el señor «me follo a todo lo que se mueve y cambio de novia con la misma frecuencia que de calzoncillos» no soporta que le robara a su colega de desenfreno.

A saber... Los tíos tienden a reaccionar de forma extraña cuando tienes la mala suerte de interferir en su rutina de sexo salvaje, videojuegos y salidas nocturnas con los colegas.

Me agarro el vestido y levanto los bajos unos centímetros para no pisarlo ni tropezarme mientras me acerco a él.

—Por algún casual, ¿tienes algo que decirme?

Hayden es alto, mucho más que yo, y tiene que agacharse para responderme.

—¿Qué quieres que te diga, Blake?

—Solo tenías una misión: traer a mi prometido a la iglesia —respondo con sorna—. ¿Tan difícil era?

Hayden aprieta la mandíbula y se pasa una mano por el pelo oscuro como si no le preocupara en lo más mínimo despeinarse.

—Me dijo que fuera yendo, que ya me alcanzaría. ¡Soy su colega, no su niñera!

Me entran ganas de meterle una galleta y giro la cara para no caer en la tentación. Ya sé que no le caigo bien a Hayden, pero podría haber olvidado momentáneamente la animadversión que siento hacia mí, aunque solo fuera hoy, y no dejar que mi prometido se volviera etéreo, o uno con la madre tierra, por lo que sé.

Mis ojos vagan distraídamente por la multitud antes de mirar fijamente la entrada, cuyas puertas están abiertas. ¿A qué estoy esperando? ¿A que Tyler aparezca por arte de magia, corra hacia mí, se disculpe y me prometa amor eterno?

¡Esto no es una puta comedia romántica, Blake!

Pues nada. Me toca asumirlo: me acaban de plantar en el altar.

Después de llorar a mares, decido pillarme una buena mona. Ahora mismo, mi credo se puede resumir en pocas palabras: beber para olvidar. Por suerte, el hotel donde se iba a celebrar el convite tiene bar, así que me voy a tomar un chupito de tequila tras otro hasta que sea incapaz de recordar mi propio nombre.

—Será mejor que te lo tomes con calma, amiga... —dice Tia, arrebatándome el vaso que estaba a punto de llevarme a los labios.

Mi mejor amiga se atusa la melena rizada: se intenta domar la cabellera castaña con sus largos dedos en los que destaca una manicura perfecta. Los desliza por ella una y otra vez, pero al final, se rinde.

—Esa será tu opinión —rechisto, mientras recupero mi preciada bebida.

Me bebo el alcohol de un trago y hago una mueca. Tia sacude la cabeza, decepcionada, antes de hacer lo mismo.

—Te advertí que era un gilipollas.

Dejo el vaso con fuerza sobre la barra y lo alinee con el resto de sus hermanitos, cuya cantidad será mejor no contar. Me siento ridícula por estar mal por un tío que, obviamente, es un desgraciado.

—Tu comentario es superútil. Gracias —digo en tono burlón.

Tía deja la bebida y me abraza con tanta fuerza que siento que me van a reventar las costillas. Pero el calor de su abrazo es más que bienvenido; es como si llenara el vacío que siento desde hace unas horas.

¿Voy a tener esta horrible sensación para siempre? ¿Ese vacío que nada ni nadie podrá llenar jamás?

Al menos, en sus brazos, me siento menos sola.

—Lo siento mucho, cielo... ¿Qué vas a hacer ahora?

Respondo con un largo suspiro de tristeza y rencor. Tyler ha acabado con tres años de relación en una milésima de segundo y no tengo fuerzas para volver a nuestro piso. Eso supondría enfrentarme de nuevo a todos nuestros recuerdos... Y vaya, no estoy preparada. Es demasiado pronto para mí.

—No sé —admito, negando con la cabeza—. Necesito aclararme. La verdad es que tengo que salir de aquí cuanto antes, no quiero encontrarme cara a cara con él.

Me aprieta el hombro en gesto de estima.

—¿Aún no te ha devuelto las llamadas?

—Creo que me ha bloqueado —le digo.

—¡Será imbécil!

Y además, de verdad.

Pido otro chupito al camarero, y este corre el mismo destino que los otros tantos que se amontonan delante de mí. Creo que se me está empezando a subir el alcohol. Ya ni siquiera oigo la música que suena en los altavoces de la sala contigua, donde debería haber estado bailando toda la noche, felizmente casada con el hombre al que amo.

Mis padres y los del cabrón que me rompió el corazón acordaron pedirles a los invitados que fueran a la fiesta de todos modos. Al fin y al cabo, todo estaba organizado, desde el DJ hasta el cáterin, así que habría sido una pena no aprovecharlo, ¿no?

De hecho, estoy convencida de que todos se lo están pasando en grande allí, mientras yo ahogo mis penas en el bar. ¡Vaya ideón tuvimos al contratar la barra libre!

Y pensar que mañana tenía que volar a un destino de ensueño para nuestra luna de miel...

De repente, mi mente saturada de alcohol se tambalea. Que ese imbécil me dejara tirada en la iglesia no significa que no pueda ir a tomar el sol.

—¿Qué tal si tú y yo nos tomamos unos cócteles bajo las palmeras de las Bahamas?

Mi amiga me mira con ojos muy abiertos, sin entender a dónde quiero llegar.

—Espera... ¿te refieres a tu luna de miel?

—¡Pues claro! Dos semanas de amor de amiga, ¡disfrutando de la soltería!

Sin previo aviso, alzo los brazos para mostrar la emoción que me causa esa ocurrencia, pero pongo tanto entusiasmo que pierdo el equilibrio.

¿Puede alguien explicarme por qué llevo puesto aún el vestido de novia?

Al parecer, la combinación de un traje de satén y un taburete de madera desgastado no es la mejor. Por suerte, no acabo con el culo en el suelo, lo que me habría robado la poca dignidad que me queda. En su lugar, me cogen al vuelo dos manos fuertes que se plantan en mi cintura y me devuelven inmediatamente a mi sitio.

Me giro hacia mi salvador y me consterno en cuanto reconozco los increíbles iris azules que me miran.

Hayden... ¿Quién si no?

Como mi noche no daba pena ya de por sí, ahora llega él y se apoya en la barra, junto a mí.

—¿Y bien? —le pregunto a mi amiga y paso inmediatamente de ese indeseable.

—Imposible, Blake, estoy hasta arriba de sesiones en este momento, y ya sabes cómo es... No puedo tirarlo todo por la borda por dos semanas de vacaciones contigo, por muy fabulosas que sean —responde Tia con una mueca.

—No, la verdad es que no sé cómo es...

No lo digo con amargura, es tan solo un apunte repleto de verdad. Tia es modelo, de las guapas y esbeltas que desfilan en las pasarelas. Es una preciosa chica morena de piel oscura, que resalta a la perfección sus descarados ojos esmeralda y cautiva a todo hombre que la mira. Nos conocimos en un *casting* en el que yo osé pensar que tenía posibilidades de ser elegida, pero en su lugar, se quedaron con Tia.

No se lo tengo en cuenta, no os preocupéis, porque lo mío también lo peta: trabajo en el modelaje de partes. Básicamente, soy demasiado bajita y ancha de caderas según los estándares absurdos de este mundo, pero ciertas partes de mi cuerpo molan lo suficiente como para que me fotografien y coloquen carteles con miniyós por todas partes, y además, me pagan bastante bien.

¿Recordáis la última portada de *Vogue*? Pues las nalgas de J. Lo, en realidad, eran las mías. Apuesto a que he hecho que os estalle el coco...

—Tengo que irme, Blake. Ya son las dos de la mañana y creo que llevamos más de tres horas dándole a la botella —dice mi amiga, mientras mira la pantalla del móvil—. Pero no quiero dejarte sola, amor...

—Tengo una habitación reservada aquí, así que debería ser capaz de encontrar el camino a la suite nupcial...

—Tal y como vas, no estoy tan segura... —responde con un mohín de duda.

—Yo la vigilo —dice una voz grave que había olvidado que existía.

Me vuelvo lentamente hacia Hayden. El muy plasta se limita a jugar con su vaso sin siquiera mirarme.

—¡Perfe! —exclama Tia, aplaudiendo—. Pero deja de beber, cielo. A este paso, tu hígado no lo contará...

Dicho esto, me da un beso en la frente antes de marcharse.

Desertora...

Este día no deja de sorprenderme y es evidente que no en el buen sentido. Una boda fallida que termina con un mano a mano con el amigo de mi ex, al que le caigo de pena.

Mi ex... Es tan raro llamar a Tyler así...

—Creía que no eras una niñera... —bromeo de repente.

—Por ti, haré un esfuerzo —contesta Hayden en el mismo tono—. Has tenido un mal día...

Apoyo un codo en la barra y luego la barbilla en la palma de la mano para observar a mi nuevo compañero de copas. Tiene el pelo revuelto y la cara inexpresiva, como si el resto del mundo le importara un bledo. Lleva la camisa a medio abrochar sobre un torso que juraría que es musculoso. Si tuviera que definirlo con una palabra, diría que este tipo se las gasta de descamisado y está aburrido como una ostra, así que me pregunto qué hace todavía por aquí. Aunque bueno, estoy segura de que, en el fondo, está disfrutando del espectáculo dantesco que soy yo ahora mismo.

—Estás aquí para regodearte de mis dramas, ¿verdad?

Él arquea una ceja, perplejo.

—Lo has entendido mal. Tyler es un gilipollas de mierda. No te mereces que te jodan así.

Me quedo muda por un momento ante sus palabras, pero luego suelto una carcajada que acentúa la expresión de duda en su rostro.

—Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Soy un tío sorprendente —asegura—. ¿Hablas en serio cuando dices que quieres irte de luna de miel de todos modos?

—Creo que me he ganado a pulso el derecho a pasármelo bien y alejarme de mi vida de mierda —respondo, convencida.

Hayden inclina la cabeza en señal de acuerdo.

—Aún tienes un billete de sobra, ¿verdad? —pregunta, cogiendo una botella de *whisky* de detrás de la barra en cuanto el camarero le da la espalda.

Llena un vaso y me lo acerca antes de servirse uno.

—Sí. Y necesito unas vacaciones.

—Yo también necesito unas vacaciones. Quizá te vendría bien un poco de compañía...

Esta vez estallo en una carcajada que rezuma ironía.

¿Hayden y yo, en mi supuesta luna de miel? ¿A quién se le ocurre?

—No te ofendas, pero te voy a decir que no. Tenerte cerca durante quince días no es exactamente mi definición de unas vacaciones de ensueño.

—Vamos, Blake... Me acaban de dejar a mí también. Otra vez, sí, lo sé. No me hagas suplicarte...

Estiro los labios en una sonrisa diabólica.

—Me encantaría que me suplicaras... —digo.

Hayden se revuelve el pelo y se muerde el labio como si quisiera evitar decir algo desagradable.

—Tú solita te lo has buscado.

Se levanta del asiento para arrodillarse frente a mí y me coge de las manos.

—Blake Dawson —dice en un tono solemne—, juro portarme bien, someterme a tu voluntad y...

—¿Qué haces? ¡Para! Levántate, por Dios. Los tíos que se ponen de rodillas me provocan traumitas... —añado con asco.

—¿Aceptas o qué?

Un adorable mohín se dibuja en su cara y noto que está a punto de marcarse unos ojitos de Gato con Botas².

—Ni siquiera te gusta estar conmigo... —le digo.

—Pero me gustan las Bahamas —responde—. Y te prometo que conmigo te olvidarás de todo.

Frunzo el ceño.

—¿En serio?

—Te he hecho reír dos veces en menos de media hora, Dawson. Estoy seguro de que no contabas con reírte hoy.

Punto para él.

Hayden me saca de quicio, pero estando borracha tengo que admitir que es mucho más

tolerable. Eso sí, se equivoca en una cosa: de lo que no tenía ni idea hoy era de la respuesta que le iba a dar.

¹ *N. de la T.* Referencia a una escena de *Resacón en Las Vegas*.

² *N. de la T.* Se refiere al personaje de *Shrek*, que pone puchero para manipular a otros personajes.

Hayden

Llevo ya cinco minutos aporreando la puerta de su habitación de hotel, reventándome los nudillos para que me abra. Dado el estado en que la dejé allí anoche, espero que no haya acabado en coma etílico.

En menos de dos horas estaremos en el avión hacia las Bahamas. Y sí, gracias al dios del alcohol, he conseguido que Blake acepte llevarme con ella a uno de los destinos con los que he soñado visitar desde que era niño. De hecho, en su momento, se lo mencioné a Tyler y al cabrón no se le ocurrió nada mejor que robarme la idea para su luna de miel, como si estuviera acostumbrado a reírse de mí y a restregarme que él siempre se queda con lo que yo anhelo.

Antes del viaje, estaba Blake, la chica de carisma descomunal y temperamento fogoso de la que me quedé prendado en nuestra primera sesión de fotos juntos. Tyler y yo habíamos quedado en el estudio el día que yo trabajaba con ella. Tenía que pasarse porque luego habíamos planeado salir con nuestros colegas. Él sabía que me gustaba, porque se lo había mencionado en numerosas ocasiones, pero le trajo sin cuidado y decidió coquetear abiertamente con ella delante de mí, buscando casito. Sin duda es mi amigo, pero su ego desproporcionado a veces le lleva a actuar de forma egoísta.

No me costó mucho darme cuenta de que mi colega tenía más posibilidades de conquistarla que yo. Y cuando por fin empezaron a salir, algo se rompió entre Tyler y yo, porque en ningún momento le importó lo que yo sentía por ella.

A pesar de ello, sigue siendo el amigo al que conozco desde hace más tiempo y con el que mejor me lo paso de fiesta. Por eso, decidí dejar a un lado esa historia, aunque todavía me pica, en aras de preservar nuestro círculo de amigos. Y cuando me pidió que fuera su padrino, no pude negarme. Soy su mejor amigo y significaba mucho para él tenerme allí para la ocasión. Además, presenciar su unión de cerca debía ayudarme a olvidar a Blake para siempre. O al menos, eso pensaba yo.

Desde que Blake sucumbió a los encantos de Tyler, muy a mi pesar, no puedo evitar comparar a todas las chicas con las que salgo con ella. Es probable que no consiga tener una relación seria porque una chavalita morena de ojos color bronce ronda mis pensamientos con demasiada frecuencia para mi gusto.

Sin embargo, he hecho todo lo posible por alejarla, por perder el interés en ella, y he adoptado una actitud fría y distante. Lleva todo este tiempo pensando que la odio, cuando en realidad, no hay nada más lejos de la realidad. Sé que es una forma infantil de comportarse, pero es la única manera de sacármela de la cabeza.

—¡Blake! ¡Abre de una vez, vamos tardísimo ya! —grito desde el pasillo para que se despierte de una vez.

Oigo gruñidos y golpes como si estuvieran reestructurando la habitación. La puerta se abre de golpe y Blake parece más un extra que se ha escapado del reparto de *The Walking Dead* que la hermosa novia de ayer.

—¿Qué coño pasa? ¿Por qué vienes a estas horas de la noche a desmontar mi puerta a golpes? ¡Déjame dormir! —exclama, fulminándome con la mirada.

—Convendría recordar que tenemos un vuelo en menos de dos horas, así que si la muerta

viviente que me hará compañía durante las próximas dos semanas me hace el honor de vestirse, se lo agradecería...

—¿Se puede saber a quién llamas muerta viviente, exactamente? ¿Y de qué vuelo estás hablando?

—¡Veo que el alcohol te ha pasado factura, Dawson! Si te digo luna de miel en las Bahamas, tú dices...

Blake me mira con la boca abierta, tanto que no me extrañaría que se tragara una mosca. Intenta entender las palabras que salen de mis labios. Creo que anoche nos pasamos bebiendo. Por mucho que yo pueda seguir el ritmo, la novia parece tener lagunas de esa parte de la velada.

—Si no recuerdo mal, me han plantado en el altar, así que ¿por qué hablas de una maldita luna de miel? Si estás aquí para restregármelo y estropearme el día, paso. Vete a joder a otro, ¿quieres? ¡Al cabrón de tu amigo, por ejemplo!

La buena noticia es que no ha olvidado el fiasco de su boda, pero la mala es que, obviamente, no se acuerda de que se tiene que ir conmigo a las Bahamas.

—Dawson, haz memoria. Anoche decidiste irte de luna de miel de todos modos y disfrutar de esas dos merecidas semanas de descanso.

Respiro hondo antes de continuar con mi explicación, que estoy seguro de que va a sacarla de quicio.

—¡Y accediste a que fuera contigo en esta aventura! De locos, ¿verdad?

Pongo todo mi entusiasmo y buen humor en esa última frase y sonrío de oreja a oreja para asegurarme de que no cambie de opinión. Y para cerciorarme de que no se niegue en rotundo, atento directamente contra uno de sus puntos débiles: ¡su orgullo!

—¿No me digas que lo has olvidado? Creía que aguantabas mejor el alcohol... —me burlo.

Tal y como me imaginaba, frunce el ceño y se lo piensa dos veces antes de contestar. En sus ojos cansados e hinchados de tanto llorar veo rabia e incompreensión por la forma en que acabó la ceremonia de ayer, que debería haber sido uno de los días más felices de su vida.

—No... Lo recuerdo perfectamente —dice.

No puedo evitar soltar una carcajada ante la expresión de su cara de panda, con el rímel corrido, que acentúa sus ojeras. Irse de luna de miel conmigo debía de ser lo último que esperaba, sobre todo después de lo que pasó ayer.

—¿De qué te ríes? —dice, enfurecida.

—De la cara que me llevas. Métete en la ducha y reúnete conmigo en la recepción dentro de veinte minutos, ¡no tardes más! Además de tu boda, sería una pena que te perdieras también tu luna de miel...

Es ir a matar, lo sé, pero no puedo evitarlo. Estamos tan acostumbrados a tirarnos los trastos a la cabeza que se ha convertido en nuestra forma de comunicarnos. En esta ocasión, sin embargo, debería haberlo meditado y haberme callado esa respuesta. Me reitero en ese último pensamiento cuando veo que se le humedecen los ojos.

—Lo siento, Blake, no quería decir eso. Se me ha escapado...

Apenas me da tiempo a terminar la frase. En tan solo un instante, me encuentro cara a cara con la puerta. Dos milímetros de más y me la stampa en la cara.

Bien, dejaremos que el híbrido de muerto viviente y panda recupere su forma humana. La esperaremos en recepción.

Con sus gafas oscuras incrustadas en la nariz, Blake aparece finalmente, vestida con un par de pantalones cortos (minúsculos) y una camiseta de tirantes minimalista que no deja nada a mi imaginación. Lleva el pelo recogido en un moño suelto y algunos mechones rebeldes le acarician la nuca, delicada como ninguna otra.

Estoy hipnotizado con semejantes vistas, como si no pudiera apartar los ojos del voluptuoso cuerpo con el que llevo tanto tiempo fantaseando. Cierro la boca antes de que se me escape un hilillo de baba e intento recuperar la compostura mientras me acerco a ella.

—¿Está lista por fin la señora? —le pregunto con un deje de burla en la voz.

—Hazme el favor de hablar más bajo, que me va a estallar la cabeza. O mejor aún: cállate, sobre todo si solo vas a soltar bobadas. Que yo sepa, aún no estamos en el avión, así que estoy a tiempo de irme sola —responde, masajeándose las sienes.

—No, no puedes ir sola. Te aburrirías sin mí y sería un auténtico despilfarro no dejar que otra persona disfrutara de ese billete que te sobra. Y tengo la impresión de que no te quedan muchas opciones a la hora de elegir pareja. Sobre todo porque anoche hicimos un trato, Dawson, así que no te despistes.

Pese a que sus ojos están ocultos tras un par de gafas de sol oscuras, un escalofrío me recorre la espalda. Estoy seguro de que se está imaginando que me muelen a palos mientras me mira. Sé que no recuerda nada de anoche, pero jamás lo admitirá, así que puedo aprovecharme de su amnesia para ir dos pasos por delante de ella y hacerle creer lo que me convenga, empezando por este trato.

Al llegar al aeropuerto JFK de Nueva York, cambio el nombre de mi billete para poder irme con la novia caída en combate. Mientras nos preparamos para facturar, se me acelera el corazón. Hay un pequeño detalle que he estado ignorando hasta ahora: tengo miedo a volar. Pero en este preciso instante, mi cerebritito, que por fin ha conseguido liberarse de los últimos restos de alcohol, me lo está recordando de la nada con más fuerza que nunca.

El sudor me va cayendo por las sienes y me empapa rápidamente la camiseta. Estoy sudando como un cerdito y la tez pálida que no consigo ocultar empieza a preocupar a Blake.

—¿Estás bien? —me pregunta con una empatía genuina que me sorprende.

—Sí, tranquila, tan solo estoy un poco ansioso ante la idea de pasar tres horas en el aire.

Blake estalla en carcajadas y disfruta burlándose de mí. Creo que las tornas han cambiado de repente.

—Y pensar que te has reído antes de mi careto, ¡ay, si vieras el tuyo! No es por nada, pero el verde no te sienta nada bien... —añade entre risas.

Ignoro su burla y me concentro en mi respiración caótica. Me tiemblan todos los miembros y siento que se evapora la confianza que tengo en mí mismo.

Vamos, Hayden, todo va a salir bien. Respira...

Una vez acomodados en nuestros respectivos asientos, intento recuperar la compostura. No voy a hacer el ridículo delante de esta chica, que está esperando a ver cuándo me hundo más en el barro. Para ayudar a regular los latidos desproporcionados de mi corazón, me concentro en lo que ocurre en la pista a través de la ventanilla. Mala idea: tengo una vista perfecta del ala y el motor del avión, y de pronto, un montón de escenarios igualmente macabros inundan mi cabeza.

Un par de puntos negros y algunas estrellitas me nublan la vista por instantes. La voz apagada de Blake lucha por llegar a mis oídos, pero no consigo entenderla, solo distingo un zumbido. Pero una cálida mano que presiona la mía consigue devolverme a la realidad. Despego

finalmente los párpados para ver la cara de sorpresa de Blake, que parece preocupada por mi estado.

—Hayden, ni siquiera hemos despegado. ¿Estás seguro de que te vas a poner bien? ¿Quieres que llame a la azafata y te traiga algo?

—No, estoy bien... Lo tengo todo bajo control...

Creo que no estoy siendo muy convincente, pero tengo que esforzarme un poco para tranquilizarla y, sobre todo, para no darle motivos por los que atormentarme durante nuestra estancia. Pero cuando las azafatas empiezan a mostrarnos los procedimientos de seguridad, mi cuerpo deja de responder a la razón.

La cuenta atrás comienza, y en poco, me encuentro en un vacío a miles de kilómetros del suelo.

Inspira... Espira... ¿Cómo coño se respira sin sentir que uno se asfixia?

A medida que el avión inicia el ascenso, no consigo controlar mi cuerpo ni el pánico que me invade. Tan solo las manos de Blake, que me sujeta por las mejillas y me grita, consiguen sacarme de esta pesadilla. Cuando su boca ejerce presión contra la mía, olvido por una fracción de segundo todo lo que ha provocado mi agitación y me veo propulsado a un estado de auténtica euforia.

Hay que reconocer que no hay por dónde coger su reacción, pero es terriblemente eficaz.

Blake

Hayden agita los párpados un instante antes de fijar la mirada en la mía. Respiro aliviada cuando veo que le vuelven a brillar las pupilas y que el vacío que las habitaba se ha desvanecido. No puedo creer que se haya marcado un ataque de pánico en toda regla. Eso sí, os aseguro que me las va a pagar...

—¿Estoy soñando o acabas de besarme? —me pregunta con una santísima sonrisilla pícaro dibujada en los labios.

Abro la boca para contestarle, pero vuelvo a cerrarla de inmediato.

Esto... ¿qué acaba de decir?

Hayden parecía tan asustado y yo me sentía tan impotente que he actuado por instinto y... sí, le he besado.

¿Qué coño?

Al darme cuenta de lo que he hecho, se me tiñen las mejillas de un rosa tan intenso que cualquiera vería la vergüenza que siento. Mi compi de viaje tampoco ignora mi reacción.

Le aparto las manos de la cara, porque aún lo tengo demasiado cerca, pero antes aprovecho para echarle un vistazo a los labios que acabo de besar.

—Al parecer ha sido tan flipante que te he dejado sin habla —continúa, con picardía.

—Ha sido solo para distraerte y evitar que se te cruzaran los cables en el avión —contesto, alterada—. Lo vi una vez en una serie de televisión. Pensé que valía la pena intentarlo y obviamente ha funcionado, así que no te flipes tampoco, campeón.

Me encojo de hombros para enfatizar la indiferencia de mis palabras. No sé qué me ha pasado.

Yo besando a este chaval, ¿en serio?

Es probable que el tequila que me bebí anoche me friera algunas neuronas. Frunzo el ceño y me concentro en mirar los anuncios que se desplazan por la pantalla del asiento que tengo delante.

—Sí, bueno... Me atrevería a decir que te has aprovechado de mí en un momento de debilidad, pero lo entiendo, es difícil resistirse a alguien como yo.

Por poco me atraganto.

—¿Perdona, qué? —exclamo, volviéndome hacia él—. ¡Ojalá hubiera dejado que te desmayaras en plan penoso!

Hayden se ríe y cruza los brazos detrás de la nuca en una actitud relajada que contrasta con el terror que se había apoderado de él apenas unos minutos antes.

—Te prometí entretenimiento, Dawson, y mantengo mi palabra. Cuando quieras, repetimos.

Sacudo la cabeza con decepción y decido cerrar los ojos para evitar la mirada de ese bicho raro durante el resto del vuelo. Sin embargo, el avión da un pequeño salto en el vacío y Hayden me coge de la mano de repente, antes de fijarla en el reposabrazos central. Estoy a punto de arremeter contra él, pero la expresión de pavor en su cara me detiene.

Ah, pues... Confirmamos que este chaval tiene un miedo horrible a volar.

Si yo fuera él, no habría puesto un pie en la cabina ni aunque hubiera un viaje con todos los gastos pagados en juego.

En fin, hombres...

Pese a todo, freno mis ganas de despotricar y entrelazo los dedos con los suyos. Él mira nuestras manos un poco sorprendido, pero se aferra a mí como si le fuera la vida en ello.

¡A ver si se deja ya de fanfarronadas!

Solo espero que no eche hasta la primera papilla a bordo...

Un dolor punzante me despierta de una cabezada sin sueños. Parpadeo varias veces, completamente perdida, hasta que mis sinapsis vuelven a la carga. Estoy en un avión, en algún lugar entre Nueva York y las Bahamas, con Hayden. Y mientras pienso en ello, me doy cuenta de que ese mismo idiota me está aplastando la mano con una fuerza descomunal, a riesgo de fusionarnos con el reposabrazos.

—Hayden, me haces daño... —digo en voz baja.

Intento zafarme de su agarre, pero sus dedos están tan apretados alrededor de los míos que no lo consigo.

—Hayden... —repito con una mueca de dolor.

Me vuelvo hacia él y veo que está aturdido, y con razón: el avión ha empezado las maniobras de aterrizaje.

Hayden se echa hacia atrás en el asiento, intenta mantener los párpados cerrados y sustituye la mirada pícara que con demasiada frecuencia impregna sus facciones por la de un niño aterrorizado. Me gustaría reírme de él, pero la verdad es que se me encoge el corazoncito.

Coloco la mano libre en el dorso de la suya y, en cuanto se tocan, Hayden se relaja ligeramente.

—No me sueltes, Dawson... —gruñe, apretando los dientes.

—No voy a soltarte —confirmo—. Pero vas a tener que dejar de tomarla con el pobre reposabrazos, a menos que quieras volver a Nueva York de inmediato.

Al oír estas palabras, Hayden abre los ojos enseguida y descubre con asombro que, por fin, hemos aterrizado. El pobre estaba tan absorto en su miedo visceral a volar que ni siquiera se ha dado cuenta de que el capitán ha anunciado nuestra llegada a Nasáu, ni de que casi todos los pasajeros han desembarcado ya.

—¿Ves? Has sobrevivido, inútil debilucho... —añado, dedicándole una sonrisa de lo más sarcástica.

—Cállate un rato, Blake...

Ay.

Creo que está un poco molesto por mi comentario, pero después de todo, es él quien ha insistido en venir conmigo y con pleno conocimiento de causa, ¿no?

Sonriente, me levanto y me pongo de puntillas para coger nuestro equipaje de mano de los compartimentos superiores, antes de lanzarle su mochila sin miramientos y dirigirme a la salida.

El aire caliente del exterior es sofocante. La temperatura roza los 35 °C y me felicito por haberme puesto una camiseta de tirantes y unos pantalones a ras de culo.

Adiós a Nueva York y a todos mis problemas. ¡Hola, sol, playa y cócteles en abundancia!

Me recoloco las gafas de sol sobre la nariz (a pesar de todas las aspirinas que me he tomado, la luz sigue siendo demasiado intensa para mí) y bajo las escaleras hasta la pista. Hayden me sigue sin inmutarse y no pronuncia una palabra hasta que entramos en la zona de llegadas para

recoger nuestras maletas.

—¿Y ahora qué tenemos planeado?

Me muerdo el labio para contener la risa que casi se me escapa. Estoy segura de que ha olvidado por completo que el sobre que la azafata le dio al facturar contenía dos billetes de ida más.

—Tenemos que ir a la puerta 4 —respondo, examinando mi propio billete.

No hay señal en la emisora.

Levanto la cabeza y veo la expresión descompuesta de su rostro. Su tez, habitualmente bronceada, se ha vuelto tan pálida que podría desbancar a Casper.

—Tienes que estar de broma, Dawson...

—Ya me gustaría, créeme, ¡pero no sería tan divertido! Te prometo que estos 45 miserables minutos no te matarán...

Hayden no parece convencido en lo más mínimo e incluso mira insistentemente la salida del aeropuerto. Así que, para evitar que se eche atrás, como buen gallina, le cojo de la mano y lo arrastro detrás de mí hacia la puerta de embarque.

Inesperadamente, Hayden no se cayó redondo durante el vuelo y apenas sintió miedo.

Na, estoy de coña.

Dicho esto, tengo que admitir que no lo hizo tan mal esta vez. Incluso mantuvo los ojos abiertos mientras el avión se acercaba a Staniel Cay, una de las islas cercanas a Nasáu, ¡y eso ya es mucho decir!

De todos modos, habría que estar completamente ido para perderse la locura de vistas desde la ventanilla, empezando por las casi irreales aguas turquesas que rodean la isla y que la hacen sencillamente paradisíaca. Y cuando el taxi, una imponente furgoneta gris metalizado, lejos del cliché de su homólogo neoyorquino, se detiene frente a nuestro hotel, me noto al borde del éxtasis.

Me apresuro a salir del coche mientras Hayden paga el viaje. Admiro el entorno: oigo las olas chocar con las rocas, noto el relente salpicándome la cara y sigo a regañadientes a Hayden mientras tira de mi pesada maleta tras él en dirección al hotel.

La recepción es sencilla: cálida pero con clase. El personal se afana aquí y allá con elegantes trajes de colores claros que combinan a la perfección con la opulencia del lugar, sin mezclarse en ningún momento con los turistas que hacen cola frente al mostrador central, hecho de madera flotante y decorado con arreglos de flores exóticas de mil colores.

—¡Bienvenidos a Sunset's Bay! —proclama la recepcionista cuando llega nuestro turno, y acompaña sus palabras de una sonrisa deslumbrante—. Si me permiten, ¿a nombre de quién han hecho la reserva?

Miro fijamente a la trabajadora del hotel, incapaz de darle la más mínima respuesta. El nombre de Tyler se niega a cruzar mis labios. Al fin y al cabo, debería haber pasado estos días con él, en nuestra luna de miel, y no con uno de sus amigos.

¿En qué coño estaba pensando?

—El apellido es Lancaster —responde Hayden por mí.

Me rompe el corazón oír tan claramente el apellido que jamás llevaré, pero no tengo tiempo para pensar en la oleada de tristeza que me invade, porque ella interviene de nuevo:

—¡Ah, nuestros recién casados! Les hemos reservado el bungalow más bonito del complejo. Ya verán, es de lo más romántico. Perfecto para una luna de miel —añade—. Les encantará.

¿De lo más romántico? ¿Perfecto para una luna de miel?

Sería ideal para una pareja, eso seguro, pero Hayden y yo no somos pareja. Solo somos... no sé qué palabra usar, ¡ni siquiera somos amigos! En resumen, compartir una habitación con él es inconcebible.

—Por casualidad, ¿tiene una segunda habitación, *suite*, bungalow o cualquier otra cosa disponible?

Por el rabillo del ojo, veo que Hayden vuelve el rostro hacia mí y se apoya despreocupadamente en el mostrador.

—¿No te gusta el bungalow nupcial, cariño?

Obviamente, se ha dado cuenta de mi pequeña treta. Bueno, admito que mi intento de deshacerme de él no ha sido el más sutil...

—He aceptado que vengas conmigo, no que te acoples a mi habitación —insisto, lo bastante bajo como para que solo él pueda oírme—. En fin...

—Estamos completos —nos informa la recepcionista, con lo que me impide continuar mi diatriba—. Pero le aseguro que no le decepcionará. Andrés les acompañará a su habitación —continúa, señalando con un gesto de la mano a un joven fornido—. Ah, pero antes, necesitaré una tarjeta de crédito para la fianza.

Otra vez esa maldita sonrisa pulidita. Estoy segura de que lleva años entrenándola para lucirla.

—Bueno, ¿a qué esperas, cariño? —contraataco, sin darle la oportunidad de abrir la boca.

Hayden se lleva una tunda bien gorda, pero, como buen jugador, saca a relucir una sonrisilla de lado que hace que se le marquen los hoyuelos. Así, de repente, me parece condenadamente mono.

Nuestro guía nos conduce fuera del edificio principal y nos invita a seguirle a lo largo de las pasarelas de madera emblanquecida y zampeada que cruzan el resort. Al cabo de unos minutos, se detiene ante una docena de bungalós de colores pastel sobre pilotes, rodeados de la exuberante vegetación de la isla y con vistas al océano.

Andrés señala el que está más a la izquierda, el más aislado. Acto seguido, nos entrega la llave y sale pitando en cuanto Hayden le da un billete de propina.

El entorno es magnífico, digno de un cuento de hadas. Me apresuro a llegar a nuestro bungalow de listones verde agua y subo las escaleras de cuatro en cuatro para descubrir la habitación, que resulta ser increíble. Tiene un tamaño considerable y un sofá estrecho, que pese a todo, luce cómodo, una enorme cama *king size* que da a un gran ventanal con una vista impresionante de la laguna de arrecife y una terraza que sobresale por encima del agua.

—No está mal, ¿eh? —dice Hayden, apoyando la maleta en la pared y tumbándose sobre el colchón como un molusco sobre una roca.

—La verdad es que... es muy raro que Tyler eligiera un sitio así —digo en voz alta sin pensarlo.

—Sí, lo es. A él le van más las fiestas ibicencas, pero quizá, por una vez en su vida, quisiera regalarte algo que te encantase a ti.

Hayden lo dice en tono despreocupado, pero creo detectar un matiz de amargura en su voz.

—Ya, pero claramente, no quería compartirlo conmigo —replico.

Se me forma un nudo en la garganta. Todo habría sido perfecto si hubiera seguido a mi lado,

si no me hubiera abandonado así. Y lo peor es que no sé qué he podido hacer para que actúe de ese modo, para que huya de mí. Es como si los tres años que hemos pasado juntos solo me importaran a mí.

—¿No te ha dicho nada? —insisto.

Hayden sacude la cabeza y se pasa una mano por el pelo.

—No. Lo que te ha hecho es repugnante. Si quería dejarte, debería haber tenido las agallas de hablarlo contigo y decírtelo a la cara. No debería haberse comportado como el mayor cobarde del planeta y haberte dejado en la estacada como lo hizo, ¡joder!

Me estremezco ante su vehemencia. Hayden no es de los que se dejan llevar por nada que tenga que ver conmigo.

—¿Por qué te tomas esto tan a pecho, Hayden? Ni siquiera me soportas...

—Aunque sea mi colega, no apruebo su comportamiento —admite encogiéndose de hombros—. Sobre todo porque no eres el tipo de chica que uno quiere fuera de su vida y menos de este modo.

Me quedo callada. Me sorprende su comentario.

Al final resulta que no va a ser tan imbécil como pensaba...

—¿Quién me iba a decir que un día serías del *team*¹ Blake...!

Nuestros ojos se encuentran y veo que en sus iris brilla la sinceridad. Me invade una sensación de lo más extraña y no sé cómo tomarme su reacción.

—Increíble, ¿eh? —responde con una sonrisa burlona.

—Sí. Ya veo lo que pretendes, Johnson —digo para acabar con la tensión del ambiente—. Intentas hacerme la pelota para apoderarte de MI cama. Pero te advierto que no pienso compartirla contigo. ¡Jamás!

Para acompañar mis palabras, lo agarro por el tobillo para tirarlo de la cama, solo que es tan enorme comparado conmigo que no consigo moverlo ni un poquito.

—No pretenderás que me tumbe en el maldito sofá, ¿verdad? ¡Soy el doble de grande que ese mueblucho!

—No hagas de tus problemas mis problemas. Tú eres el que ha decidido acoplarse al viaje y he tenido la amabilidad de dejarte venir conmigo, pero no te pases. Te cedo el sofá. O eso, o el felpudo.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi boca al ver su expresión escandalizada. Hayden no está acostumbrado a que la gente le plante cara, pero yo soy un hueso duro de roer: no voy a ceder. Pese a todo, tengo que admitir que nuestra justa verbal me tiene bastante entretenida.

—¡Venga, largo! —exclamo, tratando de empujarlo.

A pesar de mis esfuerzos, él permanece inmóvil, lo que provoca una sonrisa victoriosa en la cara de ese ladrón de camas. Redoblo mis esfuerzos, pero de repente, se me engancha la chancla en una de las grietas del suelo y tropiezo.

¿Y dónde creéis que voy a parar?

¡Sobre el colchón en el que está tumbado Hayden, por supuesto! Y lo que es más, caigo directamente en sus brazos. Al karma se la trae floja lo que me pase.

Poso la mano (sin querer, que conste) en su pectoral, y en ese momento, me doy cuenta de que tiene unos músculos para partir nueces. Me incorporo para zafarme de su tacto, pero, a diferencia del día anterior, no se aparta de mí, sino que me estrecha contra él.

Hayden siempre ha sido un tío especialmente atractivo, y el hecho de que no lo trague no me

impide reconocerlo. Tengo ojos, y al encontrarme de repente tan cerca de él, estoy un poco confundida. Sobre todo cuando intenta desarmarme con esa mirada suya, de un tono sublime, más que el del océano que se agita bajo nuestros pies.

Me ruborizo de inmediato y el corazón me late un poco demasiado rápido.

—En menos de veinticuatro horas, me has besado y has acabado en mis brazos, Dawson, así que no me hagas creer que, en el fondo, no hay una parte de ti que me quiere en tu cama.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que acaba de pasar. No, espera. No ha pasado nada, porque Hayden me está tomando el pelo, como de costumbre.

—Ya te gustaría. Ni en tus mejores sueños... —respondo y le empujo, esta vez con más fuerza, para separarme de él.

Se ríe y luego cede. Aun así, me agarra de la muñeca antes de que me levante de la cama y me dedica su famosa sonrisa burlona, para luego añadir:

—A mí me encanta soñar, Blake.

¹ *N. de la T.* En inglés, equipo.

Hayden

Después de nuestra discusión en la cama, en la que Blake acabó tumbada encima de mí, la muy escurridiza se liberó de mi agarre y se puso a guardar sus cosas en los armarios. Sus mejillas sonrosadas la delatan. Sé que no le soy del todo indiferente; es más, no es la primera vez que la pillo perdiéndose en mis ojos, solo por un breve instante, pero de una forma especialmente intensa.

Mientras ella organiza el equipaje, estoy cómodamente sentado en el pequeño columpio de la terraza, todavía asombrado de estar frente a esta laguna cristalina de arrecife. He conseguido relajar el cuerpo después del estrés de los vuelos. Estoy convencido de que mañana me dolerá, y todo por culpa de la fuerza con la que apreté ese maldito reposabrazos y, de paso, los dedos de Blake. Contra todo pronóstico, su presencia y su tacto consiguieron aliviarme.

Y ya, si hablamos del beso...

Qué puedo decir de ese puto beso, tan inofensivo, tan ligero como una pluma... Y, sin embargo, cuando sus suaves labios acariciaron los míos, una oleada de escalofríos me recorrió la espina dorsal. Es como si aún tuviera el sabor afrutado de su bálsamo labial en la boca. Y la idea de dormir en la misma habitación que ella no hace sino aumentar mi excitación.

En este momento, aunque sea algo horrible, bendigo al cabrón de Tyler por haberme dado la oportunidad de viajar a un destino de ensueño con la chica que jamás he conseguido sacarme de la cabeza, la belleza morena a la que he deseado desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, pero que, por desgracia, me odia a rabiar. Esta podría ser la oportunidad de que descubra quién soy en realidad. No el pobre descarado que intento ser en su presencia y que tiene la costumbre de desairarla cada dos por tres, no. El verdadero yo.

No puedo resistirme a sacar la cámara y ponerme a hacer fotos del agua translúcida y el idílico paisaje que nos rodea, digno de una postal. Tampoco paso por alto los numerosos peces exóticos que nadan al pie de los pilotes. Qué maravilla.

Creo que jamás me cansaré de admirar esta vista de cuento de hadas, estas islas que forman un arcoíris de tierras llanas, bordeadas de playas y cocoteros, con bosques secos y manglares, rodeadas de algunos de los mayores arrecifes de coral del mundo. Vimos rápidamente la ostentación y el glamur de Nasáu, sobre todo cuando la avioneta sobrevoló el lugar. Observamos desde el cielo las hordas de veraneantes, cruceros y enormes balnearios y complejos vacacionales en la playa. Sin embargo, a mí me gusta estar en una isla donde la vida transcurre tranquilamente, al ritmo de los vientos alisios. Este lugar es una nueva fuente de inspiración para mí. Estoy acostumbrado a fotografiar modelos, pero cada vez me atrae más la idea de diversificar en mi trabajo, y este viaje es una buena oportunidad para probar algo diferente.

Los únicos puntos de interés aquí son el mar y la naturaleza, el combo perfecto para que Blake olvide rápidamente el incidente de su boda abocada al desastre y, al mismo tiempo, al imbécil de Tyler.

De hecho, me pregunto qué tendría planeado el figura para estas dos semanas en estas islas paradisíacas. Tendremos que averiguar qué incluye el paquete de recién casados...

Decido unirme a mi pequeña renegona para ver cómo le va.

—Espero que la señora me haya dejado un poco de espacio en los armarios, porque siempre

que veo lo que sois capaces de meter las mujeres en una maleta, llego a la misma conclusión: ¡parece que vais a estar meses fuera de casa! —exclamo con una sonrisa burlona.

—¡Madre mía, la machistada que has soltado! ¿Has pensado que quizá yo no sea como otras tías?

—¡Sí, bueno, eso lo tengo claro! —contesto con demasiado entusiasmo.

Blake se queda inmóvil, con los brazos en jarra, frunciendo el ceño y probablemente esperando a que me explique.

—¿Y qué leches significa eso? —dice, animada.

Imperturbable, avanzo hacia ella y acerco la cara a la suya, lo máximo posible. Ella fija los ojos en los míos, sin flaquear, al menos en apariencia. La veo tragar saliva y mover las piernas, inquieta. Está incómoda y yo lo disfruto.

—Creo que eres pesada como ninguna otra, pero pocas veces he visto a una chica tan fotogénica como tú...

De repente, Blake se queda helada y abre los ojos de par en par. Vacila. Está claramente confundida por mi respuesta. No esperaba que yo hiciera ese comentario y probablemente esté buscando las palabras exactas para contestar. Definitivamente, no sabe bien por dónde tirar. Como de costumbre, soy incapaz de hacerle un cumplido sin soltar una pulla. No necesito que se haga una idea equivocada de lo que significan mis palabras.

Blake se vuelve hacia el baño y, antes de cerrar la puerta tras de sí, grita para que resuene en toda la habitación:

—¡Que conste: tienes un armario entero para ti!

¡Touchée!

Ella, digo, porque es la primera vez que veo que Blake no sabe qué contestar.

Después de una buena ducha relajante, decidimos ir a recepción para informarnos sobre el resto de nuestra estancia. La recepcionista que nos recibió antes está encantada de hablarnos de la infinidad de actividades estupendas que Tyler había elegido para hacer de la luna de miel un sueño hecho realidad.

Entre bancos de arena bien escondidos, playas desiertas de color rosa y miles de kilómetros de aguas de un azul irresistible, esta isla es sencillamente el entorno más idílico que uno puede imaginar para evadirse del mundo. El *pack* incluye una visita a la mundialmente famosa *Swimming Pig Island*¹, en las Exumas; una actividad de esnórquel en la cueva de Thunderball, una zona rebosante de exótica vida marina; y una excursión en barco para explorar las numerosas islitas de arena fina.

Blake la escucha sin inmutarse, con la mirada perdida, fija en el horizonte. Vamos a vivir una serie de experiencias únicas, pero tengo la impresión de que ella está en otra parte, como si no le importara en absoluto.

Pero ¿cómo ha podido el idiota de Tyler renunciar a todo esto? ¿A este fabuloso viaje con Blake, un torbellino de pelo moreno capaz de ponerlo todo patas arriba con su carácter y su temperamento volcánico? Solo hay que ver la pasión que dedica a todo lo que hace, ese carisma de locos, esos profundos ojos dorados que revelan que lo siente todo y más cuando consigue dejarse llevar...

Ya, ya sé que doy pena. Soy un pedazo de imbécil, un cobarde que no se responsabiliza de nada... Lo tengo clarísimo, ¿vale?

Pero aun así... ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué Tyler huyó sin asumir las consecuencias de sus actos? Demasiadas preguntas sin respuesta para las 24 horas que lleva sin dar señales de vida.

En fin, ¿de qué me quejo? Después de todo, no hay mal que por bien no venga. En este caso, está claro a quién beneficia esta situación... Pero a mi pesar, no puedo evitar sentirme culpable por estar disfrutando de todo aquello a lo que él ha decidido renunciar.

Como el entorno paradisíaco propicia un ambiente liviano y relajado, Blake y yo pasamos un rato agradable cenando en el pequeño restaurante que hay junto a las cabañas sobre pilotes. Charlamos de todo y de nada, de nuestras próximas actividades en la isla y demás, sin quebraderos de cabeza ni mofas de ningún tipo.

Sin embargo, a Blake la delatan una serie de momentos ausentes, en los que fija la vista en otro lugar. En más de una ocasión, detecto una profunda tristeza en sus ojos, seguramente por tener que disfrutar de aquello que el mismísimo El Dorado le ofrece sin el hombre con el que se suponía que iba a pasar el resto de su vida. Intento acallar su nostalgia repentina y me aventuro en un terreno que sé que probablemente la hará reaccionar.

—¿Por qué no nos vamos a la cama? ¡Estoy agotado del viaje y hay una supercama *king size* con una vista ininterrumpida del mar esperándonos!

—Corrección: ¡dirás que A MÍ me espera una supercama *king size*! —suelta.

Buena forma de devolver a Blake a la realidad. Lleva demasiado tiempo rumiando sus desgracias en las últimas horas.

—Todo es negociable, preciosa...

—¡Ni en sueños, Johnson! —grita, furiosa.

—Ya te lo he dicho, Blake. Me encanta soñar, sobre todo si en el sueño apareces tú... — respondo con una sonrisa burlona.

Blake se levanta de la mesa y me tira la servilleta a la cara.

—¡Creo que te va a tocar pagar la cuenta mientras me meto bajo las sábanas de esa cama enorme en la que voy a dormir YO SOLA!

—¿Cuándo piensas pagar, exactamente?

—Ya estás disfrutando de la estancia a costa de tu amigo del alma, y encima voy a tener que aguantarte a ti y a tus comentarios cutres durante los próximos quince días, ¡así que pagar los extras es lo menos que puedes hacer!

Con esas palabras, Blake me deja una vez más allí plantado y se dirige a nuestro bungalow.

¡Esta chica me mata!

Cuando entro en el dormitorio, mi pequeña belleza morena ya está cómodamente tumbada en medio de la cama, con una sonrisa de satisfacción plantada en su carita preciosa. Me fijo en que ha tenido la amabilidad de dejar un cojín y una manta en el sofá, que se supone que es mi cama. Dado mi tamaño y el de ese maldito sofá, al día siguiente seguro que tengo lumbago o tortícolis, si es que consigo dormir. Una mala noche de sueño equivale a una mañana de un humor de perros, lo que inevitablemente despertará al monstruo que Blake lleva dentro. Vamos, que es probable que me acabe ahogando en estas aguas turquesas...

Aunque el mar sea un lugar estupendo para exhalar el último suspiro, sería una pena que una

luna de miel —si es que se puede llamar así— acabara de una forma tan dramática.

Deja de hablar contigo mismo, Hayden. ¡Vaya enredos te montas!

Aún debe haber una forma de mendigar un trozo de colchón, aunque sea. Vamos, ¡no voy a permitir que me encasquete esta cama improvisada durante todo el viaje!

—¡Blake, mira el tamaño de la cama! Si cada uno se queda en su lado, ¡no creo que nos rochemos ni con el meñique del pie! A menos, por supuesto, que te me tires encima en plena noche... Sé que soy irresistible y es evidente que no has podido evitar besarme, así que entiendo que te cueste controlarte. Pero si cada uno ponemos de nuestra parte, estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo.

—¿Ya? ¿Has terminado con el monólogo, campeón? Relaja la raja, Narciso. Estás obsesionado contigo mismo. No eres Brad Pitt tampoco, ¿sabes? Así que creo que me comportaré.

Blake sigue rechistando en voz baja, resopla de forma indiscreta y, finalmente, se cruza de brazos. Con este gesto, se empuja los pechos hacia arriba, que sobresalen de su escote pronunciado. Hipnotizado por la magnífica vista de sus pechos turgentes, me cuesta oír su respuesta.

—Será mejor que no cruces la barrera de cojines que pienso poner entre nosotros. Prohibido moverse o roncar, o te mando directamente al columpio del balcón, ¿está claro?

—¿En serio aceptas dormir conmigo? —pregunto, sorprendido y sin estar seguro de haber entendido bien.

—¡Date prisa y pon el culo en el maldito colchón antes de que cambie de opinión! —dice con tono autoritario e impaciente.

Con el ceño fruncido, me mira fijamente con cierta hostilidad, lo que me anima a reaccionar de inmediato.

¡Hostia! ¡Que no es coña, ha aceptado!

—¿Puedo ir primero al baño o tu generosidad expira en cinco minutos?

—Más bien en seis. ¡Ni uno más!

—Será más que suficiente —le aseguro mientras corro al baño.

Me lavo los dientes, me aseo un poco y me quito la ropa de calle para ponerme los calzoncillos. Cuando vuelvo al dormitorio, sonrío al ver la montaña de cojines que ha conseguido poner entre nosotros. Pero lo que me hace reír aún más es ver sus ojos escrutando insistentemente mi torso depilado y detallando con interés cada músculo de mis pectorales y abdominales.

El brillito coqueto de sus pupilas infla mi ego y el rojo que realza sus pómulos me pone a mil. Camino despacio alrededor de la cama para darle tiempo de sobra a que se deleite con mi cuerpo. En cuanto llego a mi lado, aún de pie, le doy la espalda y me bajo los calzoncillos hasta los tobillos para quitármelos.

—¡Hayden! ¿Qué coño haces? —grita, ofendida por tener de repente una vista sin obstáculos de mi trasero.

Me meto rápidamente bajo las sábanas: no le doy la oportunidad de descubrir nada más.

—¿Qué pasa? Me gusta dormir desnudo y, créeme, con este calor, no pienso dejar a un lado mis manías. Sé que no te lo estoy poniendo fácil, Dawson, ¡pero vas a necesitar toda tu fuerza de voluntad para no derrumbarte!

—Sabes que hay aire acondicionado, ¿no? ¡Dios, eres insufrible! Paso. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Blake.

¹ *N. de la T.* Una isla en la que hay cerditos nadadores en la costa.

Blake

¡Din! ¡Din! ¡Din!

Un ruido incesante me pone de los nervios. Hundo la cabeza en la almohada, pero el sonido estridente y desagradable no cesa. Estiro el brazo desde la cama y busco a tientas el móvil, que seguramente dejé anoche en la mesilla. No sé qué hora es, pero tengo claro que voy a matar a quien se haya atrevido a despertarme.

Cuando la pantalla se enciende y, de paso, me fríe la retina, veo un montón de notificaciones, la mayoría mensajes de Tía y mamá. Suspiro al abrir el primer mensaje. Es evidente que a mi madre le ha entrado el pánico, se ha presentado en mi piso y no me ha encontrado allí. La noche de mi casi boda sigue tan borrosa en mi cabecita que podría decirse que la tengo en blanco, y obviamente, no le he contado a mi madre lo de mi escapadita al otro lado del océano...

¡Ojo! Ahora que lo pienso... ¿Estará Tyler en casa?

Lo dudo. Como me dejó plantada, imagino que no pensará tomarse las cosas con calma en el piso. No creo que quiera arriesgarse a tener que mirarme a la cara después de semejante gracieta. Probablemente tan solo me arriesgue a encontrar el lugar vacío cuando vuelva, como si nuestra historia nunca hubiera sucedido. Parece que en su círculo de amigos está bastante de moda lo de dárselas de forajido y llevárselo todo en el proceso...

Sacudo la cabeza ante esa posibilidad y contesto a mi madre con pocas palabras. Le digo que todo va bien, que solo necesito tiempo para digerir los últimos acontecimientos y que no se preocupe por mí. Que sea cierto es otra cosa...

La verdad es que bien no estoy. En el momento en que me di cuenta de que Tyler no se presentaría en el altar, se me rompió el puto corazón. Si al menos supiera la razón, podría entender por qué actuó de ese modo, ¡o al menos lo intentaría! Pero ese «y nunca más se supo de él» es insoportable.

Sin pensarlo siquiera durante un segundo, uso la punta del dedo para desplazarme por los contactos de mi agenda, antes de seleccionar el nombre de mi ex. Señal tras señal, el timbre resuena en el vacío. Ni siquiera sé si quiero que Tyler lo coja. No sé si quiero echarle en cara todo mi resentimiento, que me dé algún tipo de explicación, o que me diga qué le molestaba tanto de mí como para dejarme tirada como a un despojo.

Definitivamente, no tengo ánimos para soportar algo así, por lo que, en el fondo, escucho el mensaje insípido e impersonal del contestador con alivio. Una vez más, Tyler no lo coge, y una vez más, yo paso de dejarle un mensaje.

Con un gesto de rabia me seco la lágrima que se me ha escapado. Tyler no se merece que lllore por él.

Para distraerme, me concentro en los mensajes de mi mejor amiga. Tía ha sido muy sincera y me ha dicho abiertamente que no puede creer que haya seguido adelante con esto. Es cierto que no soy de esas chicas que toman decisiones de improviso; siempre he sido del tipo sensato, de las que nunca la lían. Pero ¿sabéis qué? Ya estoy harta.

Escribo un mensaje rápido:

****Blake:** Pues no sabes lo que te estás perdiendo, tía.*

Pensaré en ti cuando esté en la playa tomando mojitos...

***Tia:** *Ya te gustaría...
Me vas a echar tanto de menos que
vas a tener que volverte
a Nueva York a toda leche.*

***Blake:** *Ay, si tú supieras...*

De repente, se me pasa una idea por la cabeza. Me desperezo un largo rato antes de incorporarme, con el móvil en modo cámara. Pero justo cuando estoy a punto de pulsar el botón, me doy cuenta de que algo no cuadra: Hayden no está en el maldito sofá.

Giro bruscamente la cabeza y descubro con horror que está tumbado en la cama, a mi lado.

Mierda.

Había olvidado que, en un momento de debilidad, anoche acepté dormir con él. En fin, lo bueno es que la barrera de almohadas entre nosotros está intacta. Lo malo, sin embargo, es que no se le ha ocurrido nada mejor que dormir en bolas.

Aun así... Para ser sincera, este hombre está cañón, y como aún está sopa, tengo tiempo de sobra para echarle un vistacito sin que su ego se hinche más y más, a riesgo de estallar.

Su pelo castaño despeinado le enmarca el rostro, cincelado en curvas abruptas y viriles, pero que, a su vez, desprenden cierta dulzura. Sus labios, ligeramente separados, son bastante carnosos y tremendamente dulces, demasiado para los míos, que aún los recuerdan.

Bajo la vista y me paseo por su torso, por sus abdominales que parecen esculpidos en mármol, y luego, por la marcada V que dibujan sus caderas. Y como era de esperar, no puedo ignorar el prominente bulto que destaca bajo las impecables sábanas del hotel. Solo se me ocurre una palabra para describir semejante herramienta: gigantesca. En serio, ¡parece que ese tío se ha montado una tienda de campaña ahí abajo!

A mi pesar, me ruborizo. Primero, porque lo estoy mirando de una forma muy descarada mientras duerme, y segundo, porque llevo más tiempo del necesario con los ojos clavados en el miembro del señorito, lo que me está provocando un cosquilleo en el bajo vientre.

Joder, ¿qué coño hago mirándole así?

Hace menos de cuarenta y ocho horas, aún estaba prometida, y ahora estoy mirando a otro tío, nada menos que al mejor amigo de toda la vida de mi ex. Es como si ese chaval fuera una hamburguesa con extra de queso que se burla de mí al ver que estoy famélica por la dieta. Si no me conociera, juraría que estoy a puntito de fantasear con este *man*¹.

¡Ni de coña!

A ver, sigo siendo una mujer y las hormonas a veces son... difíciles de controlar. Por otra parte, estoy soltera, así que no tengo que sentirme culpable por echarle un vistacito a la carta, ¿verdad? Y más teniendo en cuenta que ni siquiera recuerdo la última vez que Tyler me tocó. Ya sabéis, ahí abajo. Solía decir que se cortaba un poco por el estrés de la boda, que estaba al caer, y me aseguró una y otra vez que todo iría bien en cuanto fuéramos por fin marido y mujer.

Pues nada, ya puedo acabar con la tensión. Está claro que no va a ir a mejor, ¿eh o qué?

Esta constatación me preocupa. Tyler simplemente ya no me quería, y en lugar de romper conmigo como habría hecho un ser humano normal, eligió largarse. Y dejó a todos los invitados

de testigos, nada menos.

Levanto la sábana para mirarme. Vale, he engordado un par de kilos últimamente, pero sigo teniendo una silueta preciosa. Eso es lo principal, ¿no?

Me cubro los muslos con la tela y vuelvo a centrar la atención en mi inesperado compañero de habitación. Quiero hacerle una foto, así, rapidito, para que no me pille, y luego mandársela a Tia, aprovechando que Hayden anda ligerito de ropa. Sin embargo, nada me prepara para el momento en que se me dispara el maldito *flash*.

¿No seré yo la más discreta?

—¿Tanto te gusta la vista, Dawson? —murmura Hayden, esbozando una sonrisa.

¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Lo suficiente como para haberme dado cuenta de que te me comías con los ojos...

Hayden despega los párpados y me mira con sus iris turquesa. Noto enseguida cómo se me calientan las mejillas. Vamos, que es imposible que no se percate de mi vergüenza. No solo me ha pillado con las manos en la masa, mirándolo como una perrilla en celo, sino que encima me pone unos ojitos con los que me entra el tembleque.

—No es lo que parece... —contesto y me doy la vuelta inmediatamente.

—¡Claro que no, reina!

Hayden rueda hacia mí, con lo que manda los cojines a tomar por saco, y me agarra de la muñeca para tirar de mí hacia él. Antes de que me dé cuenta, estoy boca arriba y Hayden se eleva sobre mí. No me atrevo a bajar la vista hacia su entrepierna por miedo a descubrir si le asoma la culebrilla, así que me obligo a sostenerle la mirada, algo en lo que él parece todo un experto.

—Blake, te gusto, admítelo —dice.

Parpadeo un par de veces antes de soltar una carcajada.

—Definitivamente, no necesitas abuela...

—Estaría feo que hubiera ignorado lo evidente, ¿no? —responde.

—¡Vas a tener que meterte en la cabeza que no eres irresistible, Johnson! —grito, sacando el culo de la cama para poner distancia entre nosotros—. Y por cierto, me gustaría recordarte que, hace nada, estaba prometida a tu colega. Lo que está feo es que le tires la caña a la ex de tu amigo.

En cuanto me libero del magnetismo que desprende ese hombre, entro en razón. Apenas me creo el efecto que tiene sobre mí. Después de todo, ¿es Hayden!

De todos modos, no estoy segura de poder pensar con claridad esta mañana. La cabeza me da vueltas sin parar. Avanzo a un paso tambaleante, con los dedos aferrados al móvil. Ignoro la respuesta de Tia a la foto que le he enviado, que consiste principalmente en una serie de emojis, cada uno más explícito que el anterior. Ahora estoy demasiado ocupada intentando mantener el equilibrio, de una forma que da pena.

—Blake, ¿estás bien?

La voz de Hayden resuena a lo lejos. Me zumban los oídos, se me nubla la vista y un torrente de gotas de sudor se desliza por mi columna. Cuando siento violentas náuseas, corro hacia el baño y levanto, apurada, la tapa del váter para verter allí el contenido de mi estómago.

—Joder, Blake, ¿estás bien?

Levanto la cabeza, hastiada. Parezco una ballena varada, aquí, en el suelo, echando las tripas, pero este chaval aún se atreve a preguntarme.

—¿A ti te parece que estoy bien? —pregunto, conteniendo una arcada.

Estás de un fino, Blake...

Hayden no capta la amargura en mi tono y se arrodilla a mi lado. Por suerte, lleva los calzoncillos puestos, así que no tengo que verle el churro y los buñuelos. Sin decir una palabra, me pasa el brazo por la cintura para enderezarme. Pero su gesto reaviva mi malestar y desencadena una segunda ronda de alegría en el retrete.

La escena es terrible de ver, pero Hayden no sale pitando. De hecho, no se aparta ni un milímetro de mí, e incluso me sujeta el pelo.

—Me has sujetado el pelo y todo... —señalo.

—Y también he impedido que te cubras de pringue...

Aunque estoy literalmente al límite, sonrío. Hayden me dirige suavemente hacia él y me limpia la comisura de los labios con la toalla con ternura.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Porque no mereces menos, Blake. ¿Te encuentras mejor?

—Siento el estómago como si hubiera estado en una montaña rusa. A partir de ahora, odio las ostras —añado, recordando los moluscos que me comí anoche y que, obviamente, han decidido hacérmelo pasar mal, además de verdad.

Mis palabras provocan una carcajada en él, pero luego frunce el ceño en señal de preocupación. Me escruta la carita con los iris azules y, con el dorso de la mano, me roza la sien.

—¡Joder, Blake! Estás ardiendo...

Sin preguntarme siquiera, me levanta, me saca del baño y me deja suavemente sobre el colchón. Desaparece de inmediato y vuelve al cabo de unos instantes con un paño húmedo, que me coloca en la frente.

—¿Qué coño haces? —pregunto, intentando levantarme.

—Pues cuidarte —responde, exasperado, antes de obligarme a que me tumbe de nuevo.

Obedezco a regañadientes. Hayden tiene razón: me castañetea los dientes, tengo la piel de gallina de tanto escalofrío y el cuerpo tan caliente que se podría freír un huevo en él. En mi estado, no estoy en condiciones de enfrentarme a él; eso está claro. Así que agarro las sábanas con rabia y me tapo hasta la barbilla para intentar aliviar las tiriteras que me bajan por la columna.

—Deja de rechistar, Dawson, y duérmete un poco. Hoy, nada de arrecife. Será mejor que descanses un poco.

—Ah, ¿que piensas quedarte encerrado conmigo? —digo, sorprendida.

—Pues claro.

Pero Hayden no se detiene ahí: se mete de nuevo en la cama y aparta el último cojín que aún quedaba entre nosotros para acercarse más a mí.

No sé a qué viene todo esto. ¡Este tío no me debe nada! Bueno, nada aparte de unas vacaciones al sol, lo reconozco. Aun así, cualquiera habría salido por patas para descubrir las maravillas que hay al otro lado de la puerta, en lugar de pudrirse entre cuatro paredes con la única compañía de una chavala convaleciente que luce larva indefensa, o sea, yo. Bueno, eso es lo que habría hecho Tyler, y cuando pienso en ello, me estremezco.

Al parecer, las señales de mi matrimonio abocado al desastre estaban ahí, delante de mis propios ojos, y yo estaba demasiado ciega para darme cuenta.

Doy un respingo cuando Hayden me agarra de la cadera y tira de mí contra él con autoridad. Si alguien me hubiera dicho hace apenas unos días que acabaría en sus brazos, jamás le habría creído. No me esperaba algo así. O puede que sea la fiebre, que me hace delirar.

—¡Venga, a dormir! —me ordena.

Dicho esto, me da un beso casto en la coronilla, que contrasta con su característica actitud de guarrete aselvajado, y ese gesto inofensivo hace que el corazón me lata sin control.

¹ *N. de la T.* En inglés, hombre, chaval, tío, etc.

Hayden

Por fin es el gran día: hoy tenemos nuestra primera excursión en el paraíso. Blake se encuentra mucho mejor después de un día encerrada en el bungalow. Sus actividades principales de ayer consistieron en correr entre la cama para dormir y la taza del váter para vaciar la tripa, aunque no le quedaba nada dentro. No tiene pinta de que vaya a probar las ostras en mucho tiempo...

Por otra parte, es probable que su cuerpo se haya purgado de todo el alcohol que ingirió en la noche de bodas y de todas las emociones negativas acumuladas desde entonces. Si a eso añadimos dos vuelos seguidos y el cansancio acumulado, ¡esas ostras fueron inevitablemente la gota que colmó el vaso! En fin, la pobre ya ha sufrido bastante. La mala suerte se ha cebado con Blake desde hace un par de días y quizá sea hora de que por fin pueda disfrutar de estas vacaciones. Por mi parte, yo prometo hacer todo lo posible para que se sienta bien y deje atrás todos sus problemas neoyorquinos, al menos durante unos días.

Guardo la cámara en la funda y cierro la mochila que he cargado con lo imprescindible para el día: crema solar, toallas de playa, agua y pastillas por si le vuelven a entrar ganas de vomitar. No creo haber olvidado nada. Reúno todas nuestras cosas en la terraza y llamo a la puerta del baño.

—¿Todo bien? ¿Estás lista? ¡El barco que nos va a llevar al cayo Big Major¹ sale dentro de diez minutos!

La puerta se abre y me deja ver a mi belleza morena, que vuelve a tener color en la cara. Ya no tiene una apariencia fantasmal, sino radiante. Se me hincha el corazón al verla por fin tan sonriente. Ya no podía soportarlo más. Cada vez que vomitaba, se me retorció el estómago de dolor. Era como si estuviera conectado a ella y sintiera su dolor y angustia.

Estuve todo el día sin perderla de vista, impulsado por esa necesidad de protegerla y consolarla. Dejamos las armas a un lado por un momento para convertirnos en las personas vulnerables que realmente somos. Ayer actuamos como adultos normales, y no nos lanzamos pullitas ni reproches en todo el día. No fingimos, ni tampoco asumí el papel de tío plasta que no la soporta.

Me tomo el tiempo de admirar su atuendo, que me invita a soñar. Lleva un fino vestidito con un estampado de flores que abraza sus curvas a la perfección. Se me hace la boca agua con tan solo verla. En las últimas 24 horas, he tenido tiempo de sobra para intuir las voluptuosas curvas de su cuerpo, ya que, al estar tiritando y no conseguir mantenerse caliente, mis brazos han sido su refugio en numerosas ocasiones.

—¡Lista para la aventura! ¡Venga, muévete y deja de mirarme, que llegaremos tarde! — exclama con un toque de sarcasmo en la voz.

Confirmado: Blake ha vuelto a la carga. Ha recuperado su brío y su honestidad, aquello que me hace perder la cabeza. Esta chica me atrae como ninguna otra.

Me abofeteo mentalmente para dejar de pensar en cómo me hace sentir y cojo nuestras mochilas para dirigirnos al muelle.

Nuestra escapada comienza esta mañana temprano con un trayecto en barco que incluye una parada en la famosa *Pig Beach*. Cámara en mano, no me canso de hacer fotos bien detalladas a

las aguas cristalinas y al fondo marino, con Blake en primer plano, por supuesto. Con el pelo al viento y una sonrisa de oreja a oreja, está simplemente radiante. Esta chica brilla a través del objetivo; no podría ser más fotogénica. Además, mi ojo profesional capta la más mínima de sus expresiones, y cuando la miro, me siento como si se parara el tiempo; es una visión sublime. Así me imagino yo el paraíso: Blake, resplandeciente como un cuerpo celeste a mi lado, en uno de los lugares más magníficos del planeta.

Tras varios minutos navegando por las aguas más profundas de las Bahamas, distingo a lo lejos manchas rosas y marrones. Unos cerdos adorables gruñen y corren hacia nosotros cuando nuestro barco se acerca a la orilla. Es una experiencia increíble, ¡y no me extraña que sea una de las atracciones más emblemáticas de la región!

Dicho esto, me encantaría saber por qué hay cerdos en medio del océano. Como para hacerse eco de mis pensamientos, el capitán del barco menciona una serie de leyendas locales, la más popular de las cuales es la de un naufragio en el que solo sobrevivieron los animales. ¡Vaya historia más surrealista!

Nada más atracar, nuestros amiguitos ruidosos, que todo lo olisquean, nos saludan como una simpática jauría de perrillos que se apresura hacia la puerta cuando su dueño llega a casa tras un largo día de trabajo. Los cerdos están acostumbrados a los turistas y adoran la comida que les traen. Naturalmente, nosotros no seremos menos. Nuestro guía ha preparado unas peladuras de fruta y verdura para dárselas. Pero Blake, cautivada por este espectáculo atípico, ya ha dejado de escuchar las advertencias y recomendaciones.

Desembarcamos en la playa de arena, con las mochilas a la espalda y la comida en la mano, para depositarla en las cubetas habilitadas como comederos.

A ver, tal vez los cerdos no sean agresivos, pero estas adorables criaturitas pueden ser un poco insistentes y sería una pena acabar con un dedo o dos menos por un descuido. Teniendo en cuenta el historial de drama de Blake, es mejor no tentar a la suerte.

En cuanto nuestro guía termina de explicarnos lo que tenemos que hacer, observo a Blake, que ya va corriendo de un lado a otro para escapar de la piara de cerdos que la persigue. Sus chillidos agudos y su carrera de chiflada atrae la atención de todos los turistas.

¡Esta muchacha va a acabar robándoles el protagonismo a las atracciones de la zona!

La escena que tengo ante mí es tan inverosímil que no puedo evitar echarme unas risas. Estoy seguro de que alguien le ha echado un mal de ojo. ¿Cómo se pueden ser tan gafe y vivir tantas penurias en tan poco tiempo?

Saco la cámara a toda prisa para immortalizar este increíble momento. Tras una serie de fotos en las que Blake nos muestra todo tipo de muecas y piruetas, me apiado de ella y corro en su dirección para rescatarla de la roca a la que se ha subido para refugiarse.

—¡Hayden! ¡Ayúdame, por favor! ¿Dónde leches estabas? ¿No ves que intentan hincarme el diente?

—¡No estoy seguro de que seas de su gusto! Yo creo que es más bien lo que tienes guardado en la mochila... Hay una serie de cubetas allí, donde deberías haber dejado la fruta. Darles de comer de tu mano es arriesgarte a perder un dedo, ¡pero si hubieras escuchado al guía hasta el final, ya lo sabrías! ¡Eres peor que una niña de seis años! ¡Tienes que estar vigilada y pegadita a mamá para evitar lo peor!

Blake me fulmina con la mirada.

—¿Ya? ¿Has terminado? Admito que me he saltado un par de detallitos, pero es por culpa de los cerdos. Míralos, ¡hacen tanto ruido que apenas se oye nada!

—¡Sí! ¡Va a ser eso! No se me ocurre otra razón... —Me río de mala fe.

—¡Sí, venga, riéte! ¿Vas a ayudarme o qué? ¡No me hagas suplicarte!

Tengo una sensación de *déjà vu* de nuestra noche de borrachera, cuando me arrodillé para convencerla de que me llevara con ella de luna de miel. Aprovecho para refrescarle la memoria.

—¿No es eso lo que TÚ me ordenaste hacer para poder viajar contigo a este paraíso terrenal? —me burlo.

—¡Hayden, me cago en todo! No es el momento. Te prometo que haré lo que quieras si me sacas de aquí, ¡pero date prisa! —chilla asustada.

Lo que quiera, ¿eh?

Acaba de decir las palabras mágicas. Ahora sí que pienso poner remedio a esta situación, cuando menos, cómica. Con una sonrisa pegada a los labios, saco varias peladillas de mi mochila para distraer a los cerdos. En cuanto vuelcan toda su atención en semejante manjar, los conduzco a las cubetas donde tienen comida. Una vez allí, pierden todo el interés en mí y se abalanzan sobre las vituallas. Así, me libero de ellos y me reúno con mi torbellino protestón, que sigue sobre una roca, incapaz de moverse.

—No pasa nada, ya se han ido. Ahora estás a salvo. ¡Vamos, cógeme de la mano! —le digo con un tono tranquilizador.

Contra todo pronóstico, Blake se lanza a mis brazos y se aferra a mi cuello como si su vida dependiera de ello. El gruñido lejano de los hociquitos la sobresalta y, por reflejo, me rodea la pelvis con las piernas para evitar poner un pie en el suelo.

Me hunde la cara en el cuello. Su cálido aliento me produce escalofríos y noto cómo aprieta el cuerpo contra el mío. No me atrevo a pestañear, abrumado por las innumerables sensaciones que me provoca. Si no se suelta de inmediato, no sé si podré controlar el animal pasional que llevo dentro, sobre todo porque la tengo sujeta por las nalgas y me estoy esforzando por no seguir explorando su cuerpo.

—Tranquilízate, Blake. Si pudieras dejar de moverte, te lo agradecería, porque no estoy seguro de poder controlar la situación ahora mismo...

—¿A qué te refieres? Peso mucho, ¿no?

—¡No! ¿Qué dices? Me refiero a la bestia que puede despertarse si no dejas de frotarte contra mis partes. Ya me entiendes.

—Oh... Perdón, no pensaba yo pudiera causar ese efecto en ti. Bueno, supongo que en los tíos es algo mecánico. Cualquier cosa que se acerque remotamente a vuestro miembro implica un... ¡Tatatachán, tacháán! ¡Con ustedes, la torre de Pisa!

Sacudo la cabeza y suspiro.

—No, Blake, te aseguro que si hay alguien que causa ese efecto en mí, eres tú.

Al oír estas palabras, se queda helada y me aparta la cabeza del cuello para fijar esos preciosos ojos dorados en los míos. Entre nosotros se hace un silencio en el que se puede leer entre líneas. Trago saliva cuando veo que sus pupilas apuntan directamente a mis labios. Sin darse cuenta, se mordisquea el labio inferior, por reflejo, como si quisiera calmar unas ganas irrefrenables de besarme.

—Hola, ¿todo bien por allí? ¡Espero que los cerdos no te hayan hecho daño...!

La burbuja en la que nos hemos refugiado estalla de repente cuando el guía grita en nuestra dirección, tras este incidente de chiflados con persecución de cerdos incluida.

Blake se aparta de mí como si acabara de quemarse y pone una distancia razonable entre nosotros. Se afana en recolocarse el vestido y atusarse el pelo, que le vuela en todas direcciones,

antes de tranquilizar al capitán.

—¡Nada de lo que preocuparse! ¡Ha sido más el susto!

—Ya os advertí de los riesgos con estos glotones... Son muy majetes, pero cuando se trata de comida, ¡pueden ser muy insistentes!

—No, ¡si va a ser verdad! Por poco no me doy cuenta... —responde, sarcástica.

—Ahora que les has dado de comer, puedes nadar con ellos —continúa el hombre, sin captar el tono de Blake—. Hay máscaras de esnórquel y tubos a bordo por si quieres explorar el fondo marino.

Blake se descompone literalmente ante la idea de volver a meterse en el agua con sus queridos amiguitos y oigo cómo responde secamente al pobre hombre:

—¡*Nop*, estaré bien! Creo que ya me he arriesgado bastante con ellos por hoy. Prefiero volver al barco y ver a Hayden nadar con sus congéneres.

¡La muy perversa...!

—Ah, ya veo. Bueno, en ese caso, este gorrinillo te dejará subir al barco por tu cuenta. Como le tienes un miedo horrible a los de mi especie, sería todo un riesgo que te acompañara... Podría morderte o hacerte todo tipo de cerdadas... —le digo, guiñándole el ojo y mostrándome lo más explícito que puedo mientras me dirijo hacia el mar.

No he olvidado su promesa: dijo que haría lo que yo quisiera. Mejor será que me tome mi tiempo para pensar en esta oportunidad, que sin duda, podría beneficiarme, sobre todo ahora que el mundo me ha ofrecido a esta belleza refunfuñona que jamás me dejará indiferente.

¹ *N. de la T.* Una porción de tierra de una isla del distrito de Exuma, con naturaleza virgen y aguas cristalinas, en la que viven los cerditos nadadores que ya comentamos.

Blake

¡Mayday! ¡Mayday!

Hayden ha admitido que le gusto. Repito: le gusto a Hayden. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esa información ahora? Porque eso es lo que quería decir con lo de que causaba cierto efecto en él, ¿no?

Pues aquí estoy, preocupándome por unas palabras que probablemente no signifiquen nada para él, mientras el susodicho chapotea en el mar y acaricia a unos lindos cerditos. Pero a ver, centrémonos: Hayden sigue siendo Hayden, es decir, un básico de manual, así que estoy segura de que solo le atraerá mi cuerpo. Será solo físico. Y eso no es gran cosa, ¿verdad?

La voz del capitán a mis espaldas me impide seguir delirando.

—¡Todos a bordo! —exclama lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oiga—. ¡Nos esperan más maravillas!

Los turistas se apresuran a subir y, cuando llega el turno de Hayden, no puedo evitar comérmelo con los ojos. ¿Que si está bueno, con esas gotas de agua cayéndole por la piel dorada y resbalando por sus músculos, que se tensan con cada movimiento? Y tanto...

—Tienes un poco de baba ahí —Hayden me señala de repente la barbilla.

Obviamente, tenía que soltar una así.

—A veces eres más cansino... —digo entre suspiros.

Acto seguido, me doy la vuelta y me limpio discretamente la comisura de los labios, por si acaso.

Hayden se sienta a mi lado mientras el barco se aleja de la playa. Luego sacude la cabeza energicamente para salpicarme con las gotas de su pelo empapado.

—¡Hayden, joder! ¡Eres un crío, de verdad!

Por supuesto, no se disculpa. Solo una sonrisa pícara divide sus facciones e ilumina sus iris, de un azul tan intenso como la laguna que nos rodea.

—Me declaro culpable —replica, fingiendo un mohín de arrepentimiento poco convincente—. Es que me encanta sacarte de tus casillas. Estás muy sexi cuando te enfadas, Dawson.

Me ruborizo. No solo su anaconda —con perdón, pero es la descripción más exacta que se me ocurre— se tensa cada vez que la toco sin querer, sino que además, piensa que soy sexi.

Bueno, vale, es que antes me he aferrado a él como si no hubiera un mañana, pero eso no es relevante.

Y por si fuera poco, Hayden se estira como puede en nuestro asiento y me apoya la cabeza en el regazo. Me quedo inmóvil un segundo, paralizada. Por suerte, mantiene los ojos cerrados, por lo que no se me va la pinza del todo. Estoy segura de que, desde fuera, parecemos una pareja encantadora y esa idea me perturba.

Hace solo unos días estaba prometida a otra persona, a alguien a quien estaba segura de amar, y sin embargo, siento... cositas cuando Hayden está cerca de mí, cuando me toca o me mira, con esos ojos tan profundos. No entiendo lo que me está pasando y odio esta sensación, la sensación de perder el poco control que me quedaba sobre mi vida y mis sentimientos.

Vacilante, deslizo los dedos por su pelo aún húmedo, y los enredo en sus mechones. Hayden se tensa durante una fracción de segundo, probablemente porque le he pillado por sorpresa, pero

luego se relaja y curva los labios en una sonrisa de campeonato.

—Despiértame cuando lleguemos.

—¿De verdad vas a echarte una siesta? —pregunto, indignada.

—He dormido muy poco en los dos últimos días, Blake. Y te aseguro que habría preferido que me mantuvieras despierto por cualquier otro motivo que no fuera sujetarte el pelo frente a la taza del váter.

Escandalizada. Sí, esa es la palabra que me describe a la perfección en este preciso instante. Intento apartar al muy guarro, pero como si hubiera previsto mi reacción, Hayden me rodea la cintura con el brazo para evitar que lo tire al suelo, y ahora que lo pienso, la verdad es que no tengo tanta prisa por quitármelo de encima.

—Despierta, bella durmiente... —le digo a Hayden, entre una sacudida y otra—. Si te pierdes esto, lo lamentarás.

Hayden farfulla algo ininteligible antes de abrir por fin los ojos. Se endereza y luego se estira hasta dislocarse las articulaciones.

—Eres muy cómoda, Dawson. He dormido como un bebé.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pone los ojos en blanco al darse cuenta de que le estoy retando a que critique mis muslos torneados, demasiado entrados en carnes para los estándares de la sociedad. No estoy lo más mínimamente acomplejada con mi cuerpo: vivo en total armonía con mis muslos, que, de hecho, se rozan entre sí, pero eso no significa que tenga que tolerar sus comentarios.

—Que eres perfecta tal y como eres —responde, mientras coge la cámara.

Me quedo muda, incapaz de soltar el amargo comentario que estaba a punto de cruzar mis labios, porque por extraño que parezca, lo dice con sinceridad. Quién me lo habría dicho: yo, Blake Dawson, perfecta a sus ojos. Ahora sí que lo he visto todo. En fin, me limito a morderme la lengua y verle fotografiar todo lo que nos rodea.

Al cabo de unos diez minutos, el barco echa el ancla cerca de una pequeña isla rocosa con vegetación seca. El capitán coge una bolsa gigantesca de la que extrae multitud de tubos de buceo y aletas, para repartirlos entre todos los pasajeros. Agarro el mío con la punta de los dedos, ligeramente tensa. No me siento cómoda en el mar ni en ningún otro lugar donde mis pies no puedan tocar el fondo. Por eso, aunque la cueva de Thunderball tiene fama de ser impresionante, me da palo sumergirme en esas aguas.

A pesar de todo, me armo de valor y respiro hondo. De ninguna manera voy a darle a Hayden otro motivo con el que chincharme.

—¿Vas a nadar con esa ropa? —pregunta el objeto de mis pensamientos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Me giro despacio y descubro que Hayden está de pie a escasos centímetros de mí. Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada.

—¿Soy yo o quieres verme desnuda, Johnson? —replico con toda la confianza de la que soy capaz.

Esta vez son sus pómulos los que se sonrojan y no puedo resistir el impulso de meter el dedo en la llaga. Me levanto el vestido, y con ello, dejo al descubierto los muslos, el vientre y luego el pecho, antes de pasarme la prenda por la cabeza. ¿Intento desequilibrarle mostrando mi lado

sexi? Pues sí. Pero mi plan se tuerce de una forma espantosa cuando, por un capricho del destino, uno de los tirantes se me engancha en el moño. Y así, acabo con la tela pegada a la cara y los brazos bloqueados por encima de la cabeza. Aunque me retuerzo con ímpetu, no consigo zafarme, y Hayden, como era de esperar, se ríe de mí.

—No sé qué pretendías, ¡pero solo tú podías meterte en una situación así!

Le saco la lengua en cuanto me quita el vestido. Hayden, sin embargo, está demasiado obsesionado con mi bikini y lo poco que me cubre como para prestar atención a mi gesto. Le quito el vestido de las manos y se lo tiro a la cara.

—¡Espero que estés disfrutando de la vista!

Giro sobre mis talones lo más rápido que puedo y me pongo la máscara, luego las aletas, y me dirijo a la borda del barco con un equilibrio exageradamente precario. Sin pensármelo dos veces, salto al océano.

Para ser sincera, he estado a punto de hundirme con estas malditas aletas encajadas a los pies. Y aquí sigo, pateando como una desquiciada, intentando mantener la cabeza a flote para no ahogarme, pero tengo que admitir que lo mío es un fracaso estrepitoso, ya que no dejo de tragar agua.

De hecho, tengo la intuición de que esta falsa luna de miel va a ser mi muerte: intoxicación alimentaria, un intento de asesinato por parte de cerdos y, para colmo, ahogamiento. Todo en menos de cinco días. ¿Existe un plan mejor?

Pero mira tú por dónde, al final es un tsunami el que va a acabar conmigo.

¿Exagerada, yo? En absoluto...

Por suerte, cuando una ola gigantesca me sumerge, aún tengo las fuerzas para contener la respiración.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le grito a Hayden en cuanto salgo a la superficie.

Parece que hasta él intenta matarme. Tirarse de bomba a un milímetro de mí es una clara muestra de instinto homicida.

—Parecías estar en apuros, así que he venido a ayudarte —replica, con un brillo travieso en las pupilas, ligeramente oscurecido por el cristal de su máscara de buceo.

—Ah, ¿que te has tirado para salvarme y no para ahogarme? ¡Cualquiera lo diría!

Le salpico agua para vengarme y por poco me hundo, pero Hayden tira inmediatamente de mí contra él.

—Responde, para que me quede más tranquilo: ¿sabes nadar? Porque no lo parece... —dice, entre risas.

—¡Claro que sé nadar! ¡Es solo que estas cosas me lo ponen muy difícil! —protesto, señalándome las aletas.

—¿Quieres que vaya a pedirle al capitán unos manguitos?

Con ese tono burlón, me dan ganas de matarlo.

—¿Cómo eres tan gracioso? ¿Te has tragado un pez payaso o qué?

—Anda, trágate esto mejor —responde, metiéndome la boquilla del tubo en la boca—. Una vez más, no has escuchado ni una palabra de las instrucciones. Tu falta crónica de atención roza la inconsciencia.

Con una mano, coloca el tubo detrás de la correa de mi máscara.

—Venga, aprovecha que no puedes parlotear y coge aire. Luego sumérgete y coloca el tubo de modo que no pueda entrar agua —continúa en un tono puramente didáctico.

Le fulmino con la mirada, pero a Hayden le da igual. Luego me acuerdo de que es él quien me mantiene a flote y decido obedecer.

—Estupendo —añade—. Sígueme y no me sueltes.

Entrelaza sus dedos con los míos y me conduce hacia la masa rocosa que hay por encima de nosotros.

Me viene a la mente una palabra: hala.

He visto un par de fotos de este lugar en internet, pero os aseguro que no le hacen justicia en absoluto. Los rayos del sol que se cuelan por la grieta sobre nuestras cabezas dan a la cueva un aspecto místico y confieren al mar un color irreal. Estamos inmersos en un entorno turquesa que parece fuera del alcance del tiempo y el espacio, como si aquí, protegidos por esas paredes de roca escarpadas y ásperas, nada pudiera tocarnos.

Consciente de mi asombro, Hayden permanece en silencio, pero no puede contener una sonrisilla feliz que le ilumina el rostro. En silencio, señala el fondo de la cueva, y entiendo que quiere sumergirse para descubrir las profundidades. Inhalo y exhalo varias veces a través del tubo, y luego contengo la respiración antes de desaparecer bajo esa dimensión turquesa.

Me aferro con tanta fuerza a su mano que me duelen los nudillos, pero enseguida me olvido al ver un banco de peces multicolores que se desliza bajo nosotros. Me sorprende tanto que casi suelto el oxígeno. Creo reconocer peces loro, peces mariposa e incluso un pez globo. Si no fuera tan cobarde, no dudaría en alargar la mano y tocarlos, pero solo con pensar en que una de esas criaturas me toque, se me acelera el corazón.

Pierdo el interés en ellos en cuanto Hayden me ejerce presión sobre la mano. Se dirige a una de las cavidades subterráneas, pero en cuanto entro en ella, algo viscoso me roza la pierna y provoca en mí una reacción en cadena.

Naturalmente, me entra el pánico. El corazón me late tan fuerte en el pecho que parece querer abrirse paso a través de las costillas. Respiro tan deprisa que los pulmones me arden por el intenso esfuerzo al que los someto y tengo la vista plagada de puntitos negros.

Cálmate, Blake, no estás en peligro.

Pero ¿y si sí? Mi cerebro no está convencido del todo. Inmediatamente, me imagino una bestia marina con tentáculos, con uno de sus apéndices a punto de enroscarse alrededor de mi pantorrilla y engullirme. Lucho por zafarme de ella, y no solo me golpeo el cráneo con la roca con mis gestos de pirada, sino que el grito que suelto permite que el agua se filtre entre mis labios y me invada la tráquea. No consigo escupirla. Las últimas partículas de aire de mis pulmones se desvanecen.

Me ahogo.

De repente todo se oscurece, y mi último pensamiento es que voy a ser devorada por un monstruo.

—¡Blake!

Una voz me llama desde la lejanía.

—Me cago en todo, Blake, te juro que si no vuelves en ti ahora mismo, ¡te mato! —vuelve a tronar.

Vaya. ¿Qué habré hecho ahora?

Abro los ojos de golpe e inmediatamente los entrecierro para ver de cerca la nariz de Hayden. Su cara está demasiado cerca de mí, y con razón: tiene la boca pegada a la mía. En cuanto me doy cuenta de que nuestros labios están presionando los del otro, una descarga eléctrica me recorre la espina dorsal. Intento apartarlo, pero su cuerpo pesa demasiado sobre el mío y tiene los dedos fijos a mi nuca con tal fuerza que no consigo liberarme. Suelto un gemido lo bastante alto para que me oiga.

—¡Pero tío! ¿A ti qué coño te pasa? —exclamo cuando por fin me deja respirar.

Examina la expresión de mi rostro antes de ensombrecer la mirada.

—¿Estás bien, Blake?

—¿Puedes explicarme por qué has estado a punto de meterme la lengua en la boca?

Hayden endurece las facciones. Me pone en pie con una brusquedad que me recuerda al gilipollas condescendiente previo a las Bahamas, esto es, el chaval que me saca de quicio, y entonces me doy cuenta de que estamos en una especie de superficie rocosa con vistas al agua cristalina de la cueva.

—¿Esto va en serio? Mientras explorábamos las cavidades, ¡te golpeaste la cabeza y te desmayaste! ¡Me he llevado el susto de mi vida! —exclama.

Joder. Creo que nunca había visto a Hayden tan enfadado y está claro que aún no ha terminado con los reproches.

—¡No respirabas, Blake! Te estaba haciendo el puto boca a boca. Pero tú, como siempre, ¡no tienes nada mejor que hacer que gritarme!

Me quedo sin habla durante unos segundos. No es que Hayden esté cabreado. Bueno, sí lo está, pero en realidad, oculta su preocupación tras el enfado.

—¿Te has asustado? —le pregunto, estupefacta.

—¡Pues claro! Estabas ahí tirada, inconsciente, y yo... En fin, no importa.

Con estas palabras, me abandona y vuelve a sumergirse en el mar. Y cuanto más se aleja de mí, más se me encoge el corazón en el pecho.

Hayden estaba asustado. ¿Tenía miedo de perderme?

Inmediatamente, me deshago de mis aletas y salgo tras él. Lo alcanzo en pocas brazadas y lo agarro por el hombro. Él se gira hacia mí, con el rostro tan tosco que apenas se parece al hombre con el que he pasado los días desde que mi vida se fue al cuerno.

—Eres un héroe, Hayden, eso no te lo quita nadie, pero admitámoslo, si no hubieras conseguido salvar a la damisela en apuros, habrías dejado una mancha en tu currículum... —me burlo para animarle.

Aprieta la mandíbula y me mira fijamente.

Misión fallida.

—¿Cómo te atreves a bromear, Blake? ¡He intentado con todas mis fuerzas traerte de vuelta! ¿Cómo crees que me sentiría si no lo hubiera conseguido?

—No... No lo sé —tartamudeo.

—Así es, no lo sabes.

Su tono impetuoso vuelve a captar mi atención, y esta vez no logro entender por qué está tan enfadado. Aun así, mientras intento mantenerme a flote, alargo la mano y le acaricio la mejilla, como si ese simple gesto pudiera aliviarle de lo que sea que le atormenta. Hayden cierra los ojos y coloca la palma de la mano en el dorso de la mía para que la deje allí.

—Estoy aquí... —susurro.

Me acerco tanto a él que mis pechos le aprietan el torso y, con la mano libre, le aparto los mechones de pelo de la frente. Cuando por fin me mira, sus ojos ya no reflejan el miedo que se había apoderado de él antes, sino una intrepidez sin precedentes.

—Estás aquí —confirma.

Sus palabras no consiguen desvanecerse en el silencio de la cueva antes de que sus labios toquen los míos. Ya no es un beso superficial o un intento de reanimarme, no. Es un puto beso de verdad, que me sacude hasta la médula. Una chispa me recorre el cuerpo hasta llegar al corazón y me hace arder como ningún hombre lo ha hecho jamás.

Hayden

Incomodidad.

Esa es la palabra que describe el clima que se ha instaurado entre nosotros desde el beso que nos dimos, movidos por el afán de volvernos uno, o tal vez para calmar el miedo que sentí cuando, por un momento, pensé que la perdía. Un beso apasionado en el que ella participó activamente, por cierto. Fue un momento tan intenso que no fui capaz de contener el deseo que llevaba dentro: la situación pudo con mi razón. Había imaginado muchas veces cómo sería besar a Blake, pero la realidad superó todas mis expectativas. Fue una poderosa experiencia sensorial y emocional, que despertó todos mis sentidos y me permitió crear un vínculo profundo e íntimo con ella.

Esta chica me vuelve loco, y cuanto más tiempo paso con ella, mayor es el apego. A veces siento que me estoy aprovechando de su vulnerabilidad tras el chasco de la boda. La verdad es que he intentado no caer en la tentación, pero me siento atraído por ella, y no puedo remediarlo. Me pasé de la raya al insistir en que me llevara a su luna de miel y ahora... ¡Miradme, estoy ligando con la exnovia de mi colega! Y lo peor es que no me arrepiento de nada.

¡Joder, si es que soy imbécil!

No sé a dónde nos llevará todo esto. Es probable que Blake solo se dejara llevar por la emoción del momento, porque ahora me evita como a la peste. Y yo hago lo mismo, para el caso. Desde que volvimos al hotel, hemos evitado hablar de nuestro desliz y actuamos como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, nuestras miradas evasivas y la incomodidad patente entre nosotros revelan que, en efecto, han pasado cositas. Eso sí, por el momento, parece que ninguno de los dos quiere asumir la responsabilidad de ese maldito beso.

Después de mi reacción poco meditada en aquella cueva, no me queda otra que mantener las distancias. Me he ocupado los días a base de tomar el sol en la piscina del hotel y pasear por la isla para fotografiar la belleza de los paisajes y la diversidad de flora y fauna. Mientras tanto, Blake ha estado a su bola en nuestro bungalow o apuntándose a alguna excursión guiada de la zona. Esperaba que, al estar unos días alejados el uno del otro, se olvidara de mi arrebatado de pasión.

Pero ya han pasado dos días, ¡y no podemos seguir evitándonos durante el resto del viaje! Por eso, para calmar la tensión, he decidido adoptar una actitud zen y natural, con la esperanza de que sea contagiosa y ella vuelva a ser tan entera y desenfadada como siempre.

Mientras me dirijo a nuestra cabaña, aprovecho para consultar el programa de actividades que ofrece el hotel. Así descubro que hay una cena bahameña en el programa, seguida de una noche de baile. Sería la oportunidad perfecta para que Blake olvidara todos los altibajos que ha tenido que soportar, más concretamente, la boda que se echó a perder, el altercado con los cerdos, el chapuzón tonto que podría haber acabado en tragedia y, de paso, el beso que nos ha forzado a mantener una distancia que, a mí, me resulta insoportable. Esta noche podría ser la ocasión ideal para volver a nuestro toma y daca de cortes e indirectas, que debo admitir que

empiezo a echar de menos.

Abro la puerta de nuestra habitación con entusiasmo, con la intención de suavizar el ambiente tenso de los últimos días.

—¡Blake! Prepárate, es noche de baile y comida bahameña en el hotel. No te la irás a perder, ¿no? La cena tiene una pinta deliciosa y seguro que la demostración del baile tradicional de la zona es una pasada.

Blake está tumbada en la cama leyendo un libro.

—¡Hayden, tío, estoy hecha polvo! Las emociones de los últimos días me han matado... Esos cerdos casi acaban conmigo, por no hablar de nuestra excursioncita a la cueva... En fin, ya sabes a qué me refiero —tartamudea Blake, apartando la mirada.

Vale, obviamente, no ha olvidado el beso. En realidad, hasta parece que se arrepiente.

¿En qué coño estaba pensando cuando la besé?

Con semblante imperturbable, esto es, tratando de ocultar mi consternación, insisto para convencerla:

—¡Eso fue hace dos días, Blake! Bueno, puede que nuestro día en la isla no fuera tan bien como esperabas, y con esta racha de mala suerte que te ronda la cabeza, sé que es difícil disfrutar del viaje. ¡Pero una noche tranquila de baile y cenita, en la que las ostras están vetadas, obviamente, sería una buena forma de volver a la carga! ¿Qué te parece? —le propongo, con aire suplicante y los ojos del Gato con Botas.

Blake me da la espalda y, al parecer, sopesa mi propuesta sin mirarme, porque mientras se dirige al baño, contesta:

—¡Venga, va, me apunto a lo de esta noche! ¡Pero no pienso tener una indigestión que me deje KO en la cama durante veinticuatro horas! Me pediré una pizza.

No puedo evitar reír al ver cómo Blake devora con ansia los numerosos manjares bahameños que ofrece el hotel. Solo ha probado un bocado de caracola, el plato nacional de las Bahamas, que es una auténtica maravilla para las papilas gustativas. Como ese molusco está cocido, corre menos riesgo que con las ostras, que al parecer, no estaban tan frescas. Basta decir que la pizza cayó rápidamente en el olvido cuando nos fijamos en el bufé instalado junto a la piscina.

Parece estar disfrutando, sobre todo porque les ha cogido el gusto a los cócteles de la casa, con sabor a tamarindo, guanábana y piña ahumada. Su buen humor es contagioso, y cuando veo la sonrisa que le ilumina el rostro, por un momento creo haber conseguido hacerle olvidar, aunque solo sea por una noche, todas sus preocupaciones.

Acabamos en la pista de baile, donde un DJ pincha música más convencional, al menos para nosotros. Blake se mueve a un ritmo desenfrenado, contentilla por los muchos cócteles que se ha tomado. Yo me dejo llevar y me contoneo por la pista, imitando sus movimientos frenéticos. Cuando una melodía más lenta y, sin duda, latina, llena el restaurante, me acerco a ella y la cojo para atreverme con una bachata muy caliente. Gracias a Tyler, me he convertido en un experto en este baile. Blake y él llevan meses yendo a clases. Mi colega, que se sentía ridículo, tuvo la genial idea de involucrarme en sus locuras y convenció a mi novia del aquel momento para que se apuntara con ellos.

Le tiendo la mano a Blake para invitarla a bailar conmigo. Cuando la coge, le coloco la otra en la cadera y tiro suavemente de ella hacia mí. La presión de su cuerpo contra el mío me

provoca una oleada de deseo. Me rodea el cuello con los brazos y se deja guiar por nuestros movimientos sensuales y llenos de naturalidad. Es la primera vez que bailo con Blake y me sorprende lo bien que encajan nuestros cuerpos, la armonía que emana de nuestros pasos. Ella se desata y se desmelenan, confiada. Se somete a la fluidez de los movimientos con los que la guío. Me siento atraído de una forma inevitable por el vórtice de sensualidad que brota de ella. Nuestros cuerpos parecen unirse. Es un instante mágico y noto que cada fibra de mi ser se enciende ante su contacto.

Una vez más, gracias, Tyler, por haber tenido la ocurrencia de meterme de forma indirecta en esas clases de baile.

La tenue iluminación nos envuelve y crea una atmósfera cálida e íntima. Nuestras miradas se cruzan, cargadas de una intensidad casi palpable, mientras nos movemos al compás por la pista de baile. Mis pasos son firmes a la par que delicados. Le acaricio suavemente la espalda y ella cede y se acurruca contra mí. Blake ondea las caderas y dibuja arcos y círculos con la pelvis. Se contonea de una forma hipnótica.

Prendido por la sensualidad que desprende, cada vez me cuesta más controlar lo que tengo bajo los pantalones. El más mínimo roce basta para que mi miembro se tense. Si su cuerpo pudiera hablar, me gritaría: «Soy una *femme fatale*, y aquí me tienes, segura de mí misma, ¡todo un mujerón!».

¡Joder, me la pone durísima!

Es imposible que no sienta mi excitación entre sus muslos, pero aun así, no deja de avivar mi deseo: sus movimientos se vuelven más lascivos, más atrevidos. Blake explora mi torso con las manos y respira como agotada. Con ellas va bajando por mi cuerpo, antes de volver a subir con una elegancia casi felina.

Bailamos así durante lo que parece una eternidad, absortos en nuestro propio mundo de deseo y pasión. La música se va apagando poco a poco y la sustituye el sonido de nuestras respiraciones jadeantes y los latidos de nuestros corazones. Ya no puedo controlar las manos, que rozan delicadamente la parte curva y baja de su espalda, para luego quedarse en la frontera de sus nalgas respingonas: toda una invitación al pecado. Cada vez que la rozo, siento que el ardor me invade, me consume y se desata en una oleada tras otra. Su perfume, dulce y adictivo, me embriaga.

La agarro con fuerza y aprieto sus pechos contra mi torso. Como un yonqui, le hundo la cara en el cuello e inhalo su aroma a pleno pulmón. Los escalofríos que recorren la superficie de su piel y el gemido que se le escapa de la boca destruyen las pocas barreras que nos separaban y que intentaba no cruzar. Le bajo la mano por la nuca para acercarla a mí y le susurro al oído:

—Como no dejes de gemir ahora mismo, te advierto que no seré responsable de mis actos.

Blake se libera de mi agarre, vuelve la cara hacia la mía y me susurra lo más cerca que puede de los labios:

—Entonces seguiré gimiendo, Hayden.

El recuerdo del beso en la cueva y las sensaciones insanas que se apoderaron de mí me hacen enloquecer de nuevo. Durante dos días he intentado reprimir el deseo por esta chica, contener el impulso de volver a besarla, por la culpa y porque estaba convencido de que se arrepentía. Pero la frustración de saber que ha estado tan lejos de mí todo este tiempo, así como la determinación que veo en sus ojos ahora mismo, echa a perder mis buenas intenciones.

Y qué decir de sus palabras, la prueba evidente de que desea recaer en esa dulce locura tanto como yo... Todo me anima a derretirme sobre la ternura de sus labios. Noto cómo abre la boca

solo para dejar que pase mi lengua, dispuesta a saborearla. Envuelvo su lengua con la mía y continúo con mi anhelante ofensiva. Ella responde con pasión y nuestro beso se vuelve cada vez más ardiente. Se aferra a mi pelo e intensifica este momento febril devorándome y mordisqueándome con ímpetu.

Por un momento, siento que me va a estallar el corazón, que me late de una forma descarada. Me aparto a regañadientes de sus deliciosos labios para recuperar el aliento, jadeando y sonriendo, con un brillo profundo y satisfecho en los ojos. Este baile nos ha acercado de una forma impensable. Sin él, no habríamos conseguido romper esa distancia que nos hemos autoimpuesto.

Como siga así, creo que soy capaz de follármela aquí y ahora, encima de una de las mesas del restaurante, y no estoy seguro de que le parezca apropiado, así que le ofrezco otra opción:

—¿Por qué no vamos a la playa y nos aireamos un poco? Creo que estás a punto de provocarme una combustión espontánea...

Su mohín travieso y su sonrisa irónica me indican que le gusta haberme puesto en este estado, y dicho esto, me sigue hasta la orilla del mar. Avanzamos con los dedos entrelazados y en silencio, inmersos en la euforia de nuestra intimidad visceral y surrealista.

Cojo una toalla de las tumbonas para los clientes del hotel y entonces nos aventuramos en la suave y cálida arena. Aparte de nosotros dos, la playa está desierta. El resplandor del sol poniente ha delegado en el fulgor de la luna y las estrellas que iluminan el cielo. Las olas acarician suavemente la orilla, y una suave brisa marina refresca el aire y alivia el sofoco que me ha provocado mi pequeño torbellino protestón.

Invito a Blake a que se siente en la toalla que he tendido frente al mar y me acomodo a su lado. Acabamos tumbados el uno junto al otro, admirando las estrellas que parpadean sobre nuestras cabezas. Cierro los ojos un momento para comprobar que, efectivamente, no estoy soñando y que esto no podría ser más real. La mujer con la que llevo años fantaseando está pegadita a mi costado.

Sin embargo, para ser precisos, cuando vuelvo a abrirlos, Blake está a horcajadas sobre mí, con la cara a escasos centímetros de la mía. Nos miramos febrilmente, con los ojos ardientes de deseo. En nuestros iris se revela la pasión que nos mueve a ambos. Por fin, mi belleza morena rompe el silencio:

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí...

Y sin darme tiempo a responder, sus labios se apoderan de los míos. Nuestras lenguas emulan el ritmo de la bachata y pronto nos lanzamos al más sensual de los balés. Blake ondula la pelvis al compás de nuestras lenguas, y su roce cada vez más frenético en mi entrepierna me provoca una dolorosa erección.

Mi belleza morena gime levemente y se rinde a mis suaves caricias. Exploro lentamente su cuerpo y recorro cada centímetro de su piel. Deslizo una de las manos por debajo de su camiseta de tirantes y le rozo los pechos con las yemas de los dedos. A través de la fina tela del sujetador, noto cómo le asoman los pezones, que se endurecen con cada suave roce. Luego le meto la mano en la copa y se los pellizco por turnos con fervor, lo que desata un gemido que acallo inmediatamente con mis labios.

Mientras, le meto la otra mano bajo la falda, para agarrarle el culo y acompañar los indecentes movimientos con los que ella me acaricia la polla, de arriba abajo, una y otra vez. Continúo besándola apasionadamente y le acaricio suavemente el sexo a través del encaje de las bragas. Blake gime de placer, incapaz de contener sus emociones. Me agarra de los hombros e

insiste en la profundidad de nuestro beso, y luego me desabrocha la camisa, para dejar al descubierto mi torso musculoso. Me recorre los pectorales con los dedos y sigue el relieve de mis abdominales.

Finalmente, Blake separa los labios de los míos para recuperar el aliento y admirar lo que tiene delante. Después, me rocía la piel con besos húmedos, desde el cuello hasta el pubis. Una oleada de escalofríos me recorre la espalda. Con los ojos cerrados, me deleito en su tacto electrificante. Pero cuando me mete la mano inesperadamente en los pantalones y me agarra el miembro tenso, la cara de Tyler aparece en mi mente.

Flashbacks de Blake desilusionada en el altar. De Blake llorando. De Blake borracha, intentando olvidar su dolor.

Las dudas me asaltan, la culpa me abruma.

¿Y si solo lo hace para olvidar? ¿Y si yo solo soy una distracción para vengarse de mi amigo? ¿Qué clase de colega soy, aprovechándome de los errores de Tyler y la vulnerabilidad de Blake?

¿Qué cojones? ¿Qué coño estoy haciendo?

En un arrebato de lucidez, me levanto violentamente y hago rodar a Blake sobre el costado.

—Hayden, ¿qué pasa? —pregunta, confundida.

—Lo siento, Blake, pero creo que esto es un error...

Me pongo en pie y dejo a mi preciosa morena tirada en la playa. Ojalá hubiera podido sucumbir a este deseo mutuo y prolongar nuestra ardiente velada hasta el amanecer, pero me siento impotente. Esta situación se me escapa de las manos. Sin mirar atrás, huyo en la oscuridad de la noche.

Son las cuatro de la mañana cuando vuelvo al bungaló. La habitación está a oscuras y cuando oigo la respiración constante de Blake, que rompe el silencio de la noche, deduzco que está plácidamente dormida. Cojo la almohada y una manta y me acomodo en el sofá. Al final, he acabado durmiendo en esta mierda de mueble enano.

Esta noche me siento incapaz de compartir la cama con ella. No consigo librarme de la sensación de que me he aprovechado de la situación. Con la cantidad de copas que se ha tomado, no estoy seguro de que piense con claridad y, conociéndola, si hubiera pasado algo entre nosotros, seguro que me habría echado la culpa en cuanto se le hubieran pasado los efectos del alcohol.

No quiero ser una rueda de repuesto o una distracción, y mucho menos parecer un aprovechado. No sé qué excusa tendrá Tyler para haberla plantado el día de su boda, aunque dudo que haya alguna que pueda justificarlo, pero hasta que no tengamos una explicación, me será muy difícil tener algo con la mujer que lleva años volviéndome loco.

Blake

Vaya noche de mierda.

Ha sido un tremendo mierdón. Puede que los cerdos no me hayan matado, ni tampoco el agua demasiado salada de la cueva de Thunderball, pero me voy a morir de putísima frustración sexual.

Me cago en mi vida.

Y pensar que no me eché a la maleta a mi querido juguetito de plástico rosa palo con múltiples modos de vibración, porque se suponía que iba a tener una luna de miel de ensueño con todo lo que ello conlleva... Y mira por dónde, la luna de miel ha resultado ser un completo fiasco.

Para colmo, estaba convencida de que Hayden sentía algo por mí, aunque solo fuera una pizquilla de nada, pero ale, en eso también me equivocaba. Es la primera vez que un chico se niega a acostarse conmigo, y os aseguro que mi ego se ha llevado un batacazo de los gordos. Plantada en mi propia boda, abandonada en una playa justo antes de un polvazo... En realidad, me da que soy el tipo de chica a la que los tíos dejan tirada.

En un arrebato, mando a tomar viento los productos de belleza que tengo apilados sobre la pila del baño. Los frascos caen al suelo con estrépito y se cuartejan en una miríada de trocitos afilados. Suspiro exasperada y me dispongo a recogerlos. Pero justo cuando cierro los dedos sobre una de las esquiras, la puerta se abre de golpe y me sobresalto. Y sí, cómo no, los trocitos de cristal me cortan la palma de la mano.

—¿Va todo bien? —dice Hayden mientras entra en el baño.

Levanto la cara para mirarlo. Por el aspecto de su pelo revuelto y su cara de cansancio, es evidente que acaba de despertarse. Se habrá levantado alarmado de la cama, bueno, más bien del sofá, pero estoy encantada de ser la causa de su repentino despertar. Aunque me muero por decirle que la mierda que hay a nuestros pies es un reflejo del lío que me he montado en la cabeza por culpa de su puto comportamiento de la noche anterior, mantengo los labios fruncidos. Tendrá que contentarse con mi indiferencia.

De repente se arrodilla y me agarra la muñeca para examinarme la mano.

—Joder, Blake, ¿qué te pasa?

Hayden coge la toallita que hay sobre el lavabo para vendarme la herida y la sangre empapa la tela. Hago una mueca de dolor cuando aplica presión sobre el corte para frenar la hemorragia. Luego me coge la barbilla entre el índice y el pulgar. Se ha dado cuenta de mis humos, así que aquí lo tengo, examinándome detenidamente.

Después de humillarme anoche, ¿aún se atreve a actuar como si no hubiera pasado nada? Fue él quien me besó, quien me acarició de una forma con la que casi pierdo la cabeza. De hecho, aún puedo sentir sus manos recorriendo mis curvas, palpándome los pechos y tocándome mucho, mucho más abajo.

De repente, me sonrojo por el sofoco y siento un violento cosquilleo que nace en mi bajo vientre. Me zafo de su agarre e inhalo profundamente para apagar el fuego que se ha prendido en mi interior. Me pongo en pie de un salto, piso con cuidado las baldosas cubiertas de trocitos de cristal para no hacerme más daño y salgo del cuarto de baño.

—¿A dónde coño vas ahora, Blake?

—¡A cualquier parte, con tal de que no estés tú! —bramo, ahora que me he dignado por fin a dirigirle la palabra.

No me molestó en darme la vuelta a pesar de que me llega el sonido de su voz, y la única respuesta que le doy es el portazo del bungalow tras de mí.

Camino por los pasillos exteriores del hotel sin rumbo fijo. En realidad, solo necesito alejarme de Hayden. Necesito un poco de aire fresco, estar lejos de él para aclarar mis ideas. Sí, siento algo por él, y sé que no debería sentirlo, pero es lo que hay. Lo supe en el momento en que nuestros labios se encontraron en aquella cueva, cuando sentí que estábamos solos en el mundo. En ese momento, mi corazón empezó a latir como un loco, como si anunciara una explosión. Y ayer, en aquella playa, bajo el cielo estrellado, el deseo era tan evidente que no dudé ni un segundo en sucumbir.

Quizá fuera demasiado pronto. Después de todo, hace solo unos días tenía que casarme con otra persona... Por otra parte, también es demasiado pronto para arriesgarme a que me hagan añicos mi ya frágil corazoncito. Creo que hasta que no pase página con esta historia de la boda fallida, no seré capaz de seguir adelante del todo.

Estoy enfadada. Enfadada con Hayden por haberme engatusado y, sobre todo, conmigo misma, por haber sido una niña tonta e ingenua. Para calmar mi ira, le pego una patada a un guijarro, pero además de hacerme daño en el dedo del pie, sale disparado y le da a la persona que camina en mi dirección.

¿De verdad es posible tener tan mala suerte?

—¡Ay!

Enrojezco de vergüenza y miro al propietario de la voz grave que se acaba de quejar. Un hombre de imponente estatura está frente a mí, masajeándose la espinilla.

—Lo siento... —murmuro, confusa.

Se endereza de inmediato y me dedica una sonrisa deslumbrante que resalta su piel oscura. Su rostro es afable, a pesar de las abruptas curvas que endurecen sus facciones. Parece rondar los cuarenta; sin embargo, su actitud alegre le hace parecer más joven.

—No te preocupes —responde con impaciencia, mientras se pasa la mano por la cabeza rapada.

Le devuelvo la sonrisa, un poco cohibida, antes de continuar con mi camino.

—Aunque, si quisieras compensarme por intentar agredirme, siempre puedes invitarme a una copa... —añade el desconocido.

Freno de golpe y me doy la vuelta bruscamente. El hombre me dedica una miradita sugerente, y tengo que admitir que es bastante guapo. Por no decir que su camisa de lino, que tiene desabrochada hasta el pecho, revela un físico musculoso que, como poco, me alegra la vista...

O sea, ¿qué? ¿Agredo accidentalmente a un tío y me lo ligo? El mundo está muy mal repartido...

—¿En serio quieres que te invite a una copa? —repito, arqueando una ceja.

Se mueve hacia mí y se inclina levemente a modo de reverencia.

—No, mujer, déjame ser tu príncipe azul. Si quieres, te invito —dice, un poco burlón.

Seductor y atrevido... No es mala combinación, lo admito, sobre todo porque físicamente es todo lo contrario al hombre con el que me niego a fantasear, aunque solo sea por unas horas. Una copita no tiene por qué significar nada, ¿verdad? Además, no estaría en esta situación si el hombre cuyo nombre me niego a pronunciar no me hubiera rechazado anoche.

—¡Venga, va! —exclamo en un tono jovial que, pese a todo, suena bastante falso en mis oídos.

Diego (así se llama, o eso me ha dicho mientras deambulábamos por los caminos de piedra que serpentean entre los distintos edificios) me conduce hasta la piscina alejada de la principal, que tiene un bar sumergido en el agua. Por suerte, esta mañana me he acordado de ponerme el bikini y depilarme las piernas, pero hace tanto calor hoy que tiemblo al meterme en el agua. Diego me coge de la mano para invitarme a seguirle, y cuando me subo a uno de los taburetes y el agua me llega a la cintura, apenas puedo contener un chillido.

Mi compañero de copas no enarca una ceja, muy caballeroso por su parte, sino que se limita a preguntarme qué me apetece beber. Me pide un mojito y luego le dice al camarero que lo cargue a su cuenta, algo que, entre nosotros, no me extraña lo más mínimo, porque no sé de dónde se iba a sacar un método de pago del minúsculo bañador rojo fluorescente que me lleva.

¡Por Dios, si se le marca toda la chorra!

Si hubiera sabido que sus bermudas escondían semejante abominación, habría rechazado la invitación en el acto. Porque, para qué mentir, ¡me horrorizan esos trozos de tela que moldean el paquetorro como si fuera un trofeo del que presumir! ¡La virgen! Me siento en un *remake* absurdo de *Los vigilantes de la playa*...

Intento concentrarme en el vaso de tallo adornado con una bonita rodaja de lima. Ni siquiera sé qué hora es. He salido del bungaló sin coger el móvil, pero estoy de vacaciones, o sea que tengo tiempo de sobra para un mojito o dos, ¿no?

—¿De vacaciones? —me pregunta Diego como si hubiera sintonizado con mis pensamientos y rezo para que no se dé cuenta de lo que pienso de su bañador... minimalista.

Asiento y le pregunto lo mismo. Al parecer, ha venido a un congreso de su trabajo. Me explica en qué consiste, pero os juro que no he entendido absolutamente nada, y sospecho que solo está fardando para impresionarme.

Anda, impresióname, tontolaba¹... Para el caso, no eres más que una insignificante distracción.

—Bueno... ¿y has venido acompañada o qué?

He ahí la pregunta fatídica que le dirá si tiene alguna posibilidad de llevarme a la cama. Estoy a punto de rechazarlo, pero de repente recuerdo que no tengo motivos para hacerlo. Me ha invitado a una copa, o sea que al menos voy a ser educada. Además, no se me ocurre nadie a quien (ejem) le importe lo que yo haga o deje de hacer...

¡Coño, Blake, deja de pensar en ese gilipollas de una vez!

—No, he venido por mi cuenta. Soy libre como el viento. Necesitaba un descanso —le digo antes de dar un sorbo a mi cóctel.

Diego parece interesarse enseguida y, si hubiera sido posible, estoy segura de que habría acercado su taburete al mío. Menos mal que están atornillados al fondo de la piscina. Vamos, que no se va a poder pasar de confiado. Sin embargo, me dura poco el alivio, porque el timbre de una voz que reconocería entre miles suena detrás de mí.

—Libre como el viento, ¿en serio?

Me tenso en mi asiento, y aún más cuando el brazo de Hayden me rodea los hombros. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Diego abre los ojos de pronto, como si no entendiera nada, antes de levantarse de su taburete para plantarle cara al recién llegado. No me había fijado en lo corpulento que es. Tiene unos bíceps del tamaño de mis muslos y estoy segura de que le bastaría con un golpecito del dedo para noquear a Hayden.

Vale, reconozco que he exagerado un pelín...

—¿Hay algún problema? —pregunta el mastodonte, cruzando los musculosos brazos sobre un torso igualmente mazado.

Hayden permanece a mi lado sin apartar los ojos de mí y no deja que su archienemigo lo intimide.

—Cuando pillo a un tío tirándole la caña a mi chica, sí, podría decirse que hay un ligero problemilla... —replica con un aplomo descomunal.

Creo que se me ha desencajado la mandíbula.

—¿Perdona? —exclamo, separándome de él.

Hayden me mira, y los ojitos insolentes que pone me erizan el vello.

—¡Bueno, bueno, bueno, calma! —exclama Diego de inmediato, levantando las manos delante de sí en señal de rendición—. Solo he venido a divertirme, no a meterme en líos.

Dicho esto, mi compañero de copas se marcha, furioso. No puedo creer que Hayden haya tenido el descaro de llamarme así. «Su chica», ¿en serio?

—¿Estás contento ya? —le pregunto, jugueteando con la sombrilla de papel de mi cóctel.

—¿Sueles liarle con el primer hombre que conoces?

Por acto reflejo, aplasto la inofensiva sombrillita entre los dedos. Respiro hondo para intentar reprimir el ataque de nervios que amenaza con desquiciarme y luego vuelvo a centrar la atención en el chulito de turno.

—¿De verdad, Hayden? ¿Ahora me vienes con un ataque de celos?

Hayden frunce el ceño. Tiene que ser una broma.

—Solo quería recordarte que ayer me metiste la lengua hasta la campanilla.

Esta vez es demasiado y la hostia le viene sola. Hayden gira la cabeza en un ángulo de ciento ochenta grados por la bofetada que le meto, y cuando vuelve a mirarme de frente, con las pupilas llenas de asombro mezclado con ira, veo que en la mejilla lleva el sello inconfundible y escarlata de mi mano.

—¡Que te follen, Johnson!

¹ N. de la T. Variante coloquial del insulto «tonto del haba» en alusión a quien le toca el haba del roscón de Reyes y que, por tanto, debe pagarlo.

Blake

Cruzo la piscina tan rápido como me permiten mis penosas habilidades acuáticas, sin preocuparme lo más mínimo por el agua que salpico a mi paso, y en el proceso, empapo a una pareja abrazada que apesta a cariñitos.

Me acerco a toda prisa a la tumbona en la que he dejado mis cosas, me coloco apresuradamente la camiseta de tirantes sobre la piel mojada, me ato el pareo a la cintura lo mejor que puedo y me calzo las chanclas, que repican al ritmo de mis rápidos pasos. Al parecer, no sirve de mucho, porque Hayden ha decidido no dejarlo estar.

—¡Blake!

Sigo corriendo sin mirar atrás. Me va a dar una sobredosis de este tío, porque me tiene calentita.

—Maldita sea, Blake, ¿vas a dejar alguna vez de huir cuando no puedas gestionar las cosas? —me grita aún más fuerte.

—¿Cuando no pueda gestionar las cosas? —le grito, y con ello hago caso omiso de mi resolución a pasar de su cara.

Hayden me alcanza en un par de zancadas y se planta delante de mí, con los brazos en jarra.

—Sí, como lo oyes. Venga, vete a miles de kilómetros, en vez de enfrentarte a tu prometido o a lo que ha pasado entre nosotros.

Pum.

Sus palabras me golpean con una violencia que no esperaba.

—Eso es mezquino incluso para ti, Johnson... —añado, con un nudo en la garganta.

Un velo de culpabilidad se dibuja en sus ojos. Consciente de que ha herido mis sentimientos, Hayden abre la boca para hablar, pero no le doy la oportunidad de hacerlo.

—Además, te recuerdo que, entre nosotros, el que no se aclara eres tú. Tú eres el que insistió en venir, tú eres el que se ha estado metiendo conmigo desde que desembarcamos en esta puta isla. Tú eres el que me calentó el chichi para meterse en mi cama —continúo, presionándole el pecho con el dedo índice—. ¡Y por último, también eres el que me besó en aquella cueva y luego en la pista de baile!

Hayden retrocede con los toquecitos furiosos e invasivos de mi dedo, hasta que su espalda choca con uno de los bungalós.

—También fuiste tú quien me rechazó anoche, ¿verdad? ¿Y aun así, tienes la santísima cara de aparecer aquí y ponerte en plan posesivo? ¿Qué pasa, que te doy suficiente asco como para no acostarte conmigo, pero te pica cuando hablo con otros? Te diviertes mucho mareando, dándome a entender que sí y luego que no, ¡pero después soy yo la que no gestiona las cositas!

Empiezo a darle puñetazos en el pecho y él me agarra con fuerza de las muñecas para detener mi arrebató y luego me aleja de las miradas indiscretas.

—No has entendido una mierda, Blake —gruñe, inmovilizándome contra el empinado tronco de una palmera.

—Tienes razón, no entiendo una mierda porque...

—Me cago en la hostia, ¿quieres callarte dos minutos y dejarme terminar siquiera una frase? Lo que pasa es que me vuelves loco. ¡Te deseo a todas horas, joder!

Me suelta las muñecas y me acaricia las costillas, bajo la tela del top. Contengo la respiración, consciente de lo que su tacto desencadena en mí. Su tacto y sus palabras, claro.

Le vuelvo loco y me desea.

Se me acelera el corazón y se me nublan los sentidos. Si Hayden dice la verdad, esto huele a problemitas, y aunque a una parte de mí le encantaría que me complicara la vida, no estoy segura de necesitarlo ahora mismo.

—Compartir la cama contigo sin tocarte es una tortura —añade—, y cuando me mandas a la mierda, solo quiero callar esa boquita insolente tuya con mis besos.

Trago con fuerza mientras él, con el pulgar, sigue el contorno de mi labio inferior en un gesto que irradia erotismo.

Mierda, joder. ¿Por qué estoy tan receptiva?

Y cuando su cuerpo se pega al mío, soy incapaz de ignorar su erección, que se hincha contra mi vientre y despierta un infierno entre mis muslos.

—Pero ayer... —tartamudeo.

Claramente, he perdido toda razón.

—Ayer me asusté, joder. Eres la novia de Tyler y se supone que las chicas de los colegas no se tocan ni con un palo. Pero no puedo evitarlo. ¡Contigo no puedo evitarlo! Así que sí, tengo miedo de cómo me siento; me siento culpable por desearte. Sobre todo porque aún llevas su anillo de compromiso, ¡que me recuerda constantemente que no tengo derecho a hacerte mía, joder! No quiero ser un premio de consolación, Blake...

Cuando menciona a Tyler, me siento como si me arrojaran un cubo de agua helada en la cabeza y noto cómo se reaviva mi ira.

—¡Ah, bueno, si ese es el problema, lo arreglo ahora mismo!

Agarro el anillo de diamantes (bueno, Tyler dijo que lo eran) y me lo quito del dedo anular antes de arrojarlo a los matorrales que nos rodean. Hayden agita los ojos en señal de asombro. Sin embargo, despojarme de la joya no me libra de la furia que sus palabras han despertado en mí.

¡Ya no soy la novia, ni nada que se le parezca, de ese gilipollas que prefirió dejarme plantada en el altar y aún no se ha dignado a darme una explicación! Está claro que quiero borrar a Tyler de mi vida, y no, no necesito a Hayden para hacerlo.

—Al final, menos mal que no follamos anoche, porque tienes razón, habría sido un chasco. Tirarme a un tío que está convencido de que me lo follaría solo para superar a otro tío... Sí, esa es mi definición de un polvo de mierda.

De un tirón, le suelto la mano, me alejo de él y escapo antes de que intente retenerme.

Estoy, como poco, desubicada, y odio esa sensación. La verdad es que no entiendo a Hayden, y ahora que lo pienso, eso es lo peor de todo. Y que crea que lo estoy utilizando para quitarme a Tyler de la cabeza... Se me hace un nudo en la garganta solo de pensarlo.

¿Por qué tiene una opinión tan baja de mí?

Hundo la cuchara en la tarrina de helado que tengo entre las piernas y me la meto en la boca mientras contemplo la puesta de sol. Estoy sola en la terraza de nuestro bungalow, atiborrándome de helado de galleta y caramelo, como si eso pudiera curar mi corazoncito hecho trizas.

Puf, lo único que va a hacer este caprichito carero es aumentar el tamaño de mis caderas...

Por un momento, pensé que Hayden iría detrás de mí, pero me dejó marchar. ¡Si tan solo ese

chaval se expresara como alguien con dos dedos de frente...! En serio, luego siempre se dice de las chicas, ¡pero él necesita un decodificador de alta tecnología!

Un estallido de voces y música a todo volumen atrae mi atención. Pongo el oído y reconozco el temita de moda del verano, pero destrozado y a voz en grito, lo que solo puede significar una cosa: karaoke.

¿Os he hablado alguna vez de mi pasión por el karaoke? Canto como un ciervo en época de berrea, vamos, como el culo, pero me encanta bailotear agarrada a un micro y bramar una letra que no es ni remotamente similar a la original. Es una forma fabulosa de desahogarse y justo lo que necesito ahora.

Guardo la tarrina de helado en el minicongelador del (sí, lo habéis adivinado) minibar de la habitación y me dirijo al baño. Opto por maquillarme de forma sencilla y abandono el intento de domar mi melena castaña, que, de todos modos, refuerza la imagen salvaje que pretendo causar, y elijo un vestido negro claro. Satisfecha con el resultado, salgo del bungaló en busca del lugar en que está la fiesta. Solo tardo unos minutos en averiguar de dónde viene el ruido, y me dirijo a la cabaña de paja junto a la playa que se ha convertido en bar de karaoke para la ocasión.

El lugar está petado de gente: hay turistas apiñados en torno a unas mesas altas y rústicas, sorbiendo unos cócteles multicolores flipantes y escuchando a una joven que grita como una condenada al ritmo de una canción de Shakira. Me abro paso entre la multitud y, en cuanto el animador pide otro voluntario, levanto la mano a toda prisa.

Me señala con una gran sonrisa y me uno a él, junto al escenario improvisado, para hojear las páginas del carpesano¹ en que figuran las canciones disponibles, y entonces siento un extraño palpito. Levanto la cabeza y miro entre el público hasta que veo que Hayden me mira fijamente.

Evito poner los ojos en blanco. Es como si el destino se deleitara al juntarnos por un mero antojo perverso, pero esta vez la que va a disfrutar de la situación soy yo. Escojo la canción perfecta para la ocasión y se la pido al animador, que enseguida esboza una sonrisa cómplice. Subo al escenario y cojo el micrófono con confianza. Los focos me apuntan, la brisa marina me agita el pelo y, de pronto, suenan los primeros acordes de *Flowers*, de Miley Cyrus.

—¡Esta es para ti, cariño! —digo señalando a Hayden.

La gente se gira hacia él. Se oyen unas cuantas risas y decido empezar con mi actuación. Pues sí, canto que da pena, y no afino ni a la de tres, pero os aseguro que pongo toda el alma en ello. Y lo importante no es mi interpretación vocal, sino el mensaje que transmito. Durante toda la canción, intento mirarle fijamente, y espero que cada palabra que cruza mis labios se le quede grabada en el cerebro.

¡Claro que puedo comprarme flores, chaval! ¡Y también puedo salir a bailar yo solita! No te necesito, Hayden, ¿me oyes?

Cuando acabo la última estrofa, se oye un aplauso. Con una sonrisa en los labios, le paso el micrófono al animador y me acerco a Hayden, que me está desnudando literalmente con la mirada.

—¿Te ha gustado? —le pregunto mientras tomo asiento a su lado.

—Si no he entendido mal, no puedo escribir tu nombre en la arena ni cogerte de la mano, ¿es eso lo que quieres decir?

A pesar de sus palabras, siento que me acaricia el dorso de la mano con los dedos y entonces mi ritmo cardíaco aumenta.

—Aun así, tu declaración me parece bastante apasionada para una mujer que afirma alto y

claro que está mucho mejor sin mí. Eso sí, la próxima vez, por favor, ahórrate lo de cantar — añade con una sonrisa de satisfacción—. Creo que me has destrozado los tímpanos de por vida.

¡Será cabrón...!

Intento pegarle un puñetazo en el hombro, pero Hayden lo intercepta y me planta un beso en mano.

—Ahora permíteme que te pague con la misma moneda, cariño.

Dicho esto, Hayden vacía su vaso de *whisky* de un trago y se levanta para ir al escenario, del que baja un hombre de unos cincuenta años y pelo canoso. El señorito escoge la canción en cuestión de segundos, y el aplomo que muestra no me da ninguna pista. Me tambaleo en la silla, inquieta ante la idea de que decida vengarse del pequeño espectáculo que he montado.

Jooooodeeer...

Hayden no ha escogido otra que *I was made for lovin' you*, de Kiss. Menudo temazo. No se le ha ocurrido nada mejor que responderme con una canción de amor. ¡Una puta canción de amor! ¡Y encima tan sugerente! Es más, el muy cabrón canta increíblemente bien, y al oír esas palabras de su boca me siento como si me taparan con una manta de terciopelo, acariciándome la piel.

Este chaval me viene con excusas tontas sobre por qué no quiso follarme anoche, ¡pero ahora suelta delante de todo el mundo que le gustaría llevarme a la cama!

Estoy que trino, así que me pongo en pie de un salto y giro sobre mis talones sin esperar siquiera a que termine la melodía.

El bungaló está vacío, de una forma casi insoportable, y estoy a punto de ponerlo patas arriba para descargar mi frustración. Hayden me vuelve loca, eso es evidente, y no sé si tengo más ganas de besarle o matarle.

Probablemente, de lo segundo.

Camino de un lado a otro y, de repente, un objeto rectangular se cuelga en mi campo de visión periférica y capta mi atención. Me acerco al sofá y descubro la cámara de Hayden allí tirada. La cojo con delicadeza y la examino desde todos los ángulos. El gusanillo de la curiosidad va a acabar conmigo. Me está tocando la fibra sensible. Sé que lo de ser tan cotilla es un defecto mío, pero tampoco es para tanto, ¿verdad?

Decidida, pulso un botón para encender la cámara y miro las fotos que tiene en la memoria. Hayden tiene talento, lo reconozco, pero mientras paso las fotos no puedo creer lo que ven mis ojos. Estoy en prácticamente todas ellas, y la forma en que me ha sacado... todas son sublimes. No es el ojo de un profesional detrás del objetivo, es el ojo de un hombre que...

Imposible.

No puede ser. Hayden no puede estar enamorado de mí, ¿no?

¹ N. de la T. Carpeta con anillas.

Hayden

Mientras recobro el aliento en plena actuación del maldito karaoke, veo la silueta de Blake huir hacia los bungalós.

Otra vez...

Está claro que esta chica tiene una mala uva increíble y siempre huye cuando las cosas le van mal en la vida o siente que pierde el control. ¡Y esa manía suya está empezando a sacarme de quicio! Sobre todo porque se pasa el día jugando conmigo...

No creía que Blake fuera rencorosa y mucho menos tan susceptible. ¿Cómo puede siquiera pensar que me da asco y que por eso corté de raíz la pasión que ambos sentimos anoche? ¿No se da cuenta de que todo este percal podría ponerme en una situación incómoda? ¿Se ha olvidado de que Tyler es uno de mis amigos de toda la vida y de que sigue sintiendo cosas por él a pesar del dolor que le ha hecho pasar?

Cuando la pillé con ese viejo arrogante que se creía David Hasselhoff¹, me puse rojo de ira, ¡tan rojo como ese ridículo *slip* que le marcaba la polla! Blake no conoce límites cuando se trata de hacerme pagar por su evidente frustración. Le gusto, de eso no hay duda. Y si no, solo hace falta ver el vigor con el que se contoneaba sobre mi sexo y el esmero con el que me besaba anoche...

Deja de pensar en eso, Hayden. ¡Aún estás cantando delante de decenas de personas que pueden ser testigos de la excitación contenida que tienes en los pantalones!

Entre los aplausos del público, abandono el escenario y me dirijo a la barra para pedirme un segundo *whisky*. Esta chica me está volviendo loco y necesito olvidarme de ella durante un rato. Me bebo de un trago el líquido ambarino y pido otro para saciar la sed. Hacía mucho tiempo que no lo daba todo delante de un micrófono y menos por una chica.

Sentado en el taburete de la barra, escudriño el horizonte mientras las olas azotan la orilla con una lentitud hipnótica. Mientras escucho a los futuros genios de la música de fondo, me dejo llevar por la euforia vaporosa que me proporciona el alcohol.

El cansancio me atrapa de repente, y todo por la noche de mierda que he pasado en ese maldito sofá. Como me temía, esta mañana me he levantado con tortícolis. Y ya me puedo olvidar de la comodidad de nuestra cama *king size* esta noche...

Sin embargo, a pesar de que voy cocidillo², una brillante idea consigue dispersar la espesa bruma en la que, inevitablemente, me sumerjo poco a poco. Blake y yo necesitamos estar a solas para hablar, para aclarar esta situación que nos está consumiendo a los dos. Necesita saberlo... Vamos, que tengo que contarle lo que llevo años intentando reprimir y que me corroe cuando estoy cerca de ella. Ya es hora de que asuma por fin sus responsabilidades y deje de huir, algo que se le da muy bien.

La culpo por su forma de actuar, pero no soy mejor que ella. Un flojo, un cobarde, eso es lo que soy, pero mañana... Mañana eso va a cambiar.

Anoche, cuando volví al bungaló, encontré a mi preciosa chica dormida, igual que el día

anterior. Dudé un buen rato antes de meterme por fin en mi cama provisional, ese sofá al que debo triplicar en tamaño. De todas formas, compartir el colchón con ella me parecía inapropiado y demasiado arriesgado, sobre todo teniendo en cuenta que se me había subido el alcohol y no pensaba con claridad.

Cuando conseguí acomodarme, fijé los ojos en su cuerpo. Iba vestida con un camisón que resaltaba sus generosas curvas y los rayos de la luna la iluminaban. Así me quedé dormido, contemplando sus pechos turgentes, que se elevaban a cada respiro. Durante toda la noche, una serie de imágenes indecentes invadieron mis sueños: mi lengua lamiéndole ávidamente el pezón, mis manos agarrando sus preciosas y firmes nalgas...

Por suerte, pese al dolor de cabeza y de espalda, y para más inri, pese a una erección infernal, me despierto antes que el objeto de mis fantasías nocturnas. No necesito echar más leña al fuego para corromperme, ¡esta chica tiene un don para excitarme!

No tengo remedio...

Me despierto con resaca, pero la perspectiva del día que me espera me anima. Tras una ducha helada para despejarme y un café bien cargadito, me dirijo a la recepción del hotel para organizar nuestra próxima salida. Si quiero reconciliarme con Blake, más me vale no meter la pata.

Después de evitarla toda la mañana, aprovecho que estoy solo en la habitación para ultimar la mochila. Pretendo convencerla de que venga conmigo, así que preparo una emboscada con la ayuda de la recepcionista y de la empresa de alquiler de barcos y luego voy al embarcadero. Dejo mis cosas en la pequeña lancha motorizada que he alquilado para el día y me estudio el mapa por última vez mientras escucho las instrucciones del capitán.

Lo suyo sería no perdernos en estas aguas turquesas y menos aún encallar en una isla desierta, porque como soy tontísimo, he decidido prescindir de un capitán. O sea que sí, ¡hoy seré yo quien lleve el timón! He ahí otra cosa que Blake no sabe de mí. Llevo la licencia de navegación en el bolsillo, así que no pienso privarme de surcar estas aguas cristalinas ni tampoco de divertirme. Y como encima voy acompañado de la mujer que me hace perder la cabeza, mi idea, de repente, me parece un planazo.

Y hablando de la reina de Roma, veo venir a Blake por el pontón flotante, vestida con un par de pantaloncitos cortos de color blanco que moldean sus vertiginosas curvas, y una parte de arriba del bikini que revela sus generosos pechos. Desde que mis dedos se aventuraron en sus curvas perfectas, al verla, se me hace la boca agua. Intento recolocarme discretamente el miembro, que da saltitos ante semejante aparición divina.

El rostro de Blake se descompone a medida que sus pasos la conducen hacia mí. Mi compinche, la recepcionista, la anima a avanzar con la mano fija en su espalda, pero ella ya tiene la mecha prendida cuando, muy a su pesar, se descubre al lado de mi barco.

Cuando al fin se sube, la saludo con una sonrisa.

—Hola.

—¿Puedo saber qué está pasando aquí?

—Te voy a llevar de excursión a las islas vecinas. Creo que esta escapadita nos va a venir muy bien.

—¿Y esperas que me crea que sabes conducir este trasto?

—¡Evidentemente, nena! Tienes delante al capitán Johnson, que estará a tu servicio todo el día —le respondo con seguridad.

Me acerco a ella y me inclino todo lo que puedo en su dirección. El olor a monoï en su piel hace que me quiebre por un instante y le susurro al oído:

—Soy una caja de sorpresas, cielo...

—Sí, bueno... ¡Me siento estafada! La recepcionista me dijo que aquí me esperaba una sorpresa, ¡que estaba incluida en el paquete de recién casados, o algo así! No me digas que...

—¡Tachán! —exclamo, abriendo los brazos de par en par, con una sonrisa radiante, de oreja a oreja.

Ella me fulmina con la mirada.

—¡Tiene que ser una broma! De ninguna manera voy a ir sola contigo en este barco, ¡y menos si tú estás al timón!

Blake da media vuelta para abandonar el barco, pero la cojo del brazo por los pelos y la giro para que me mire. Le presiono con las manos en las caderas para inmovilizarla.

—Créeme, Dawson, navego por el Hudson con regularidad. Después de la fotografía, navegar es otra de mis pasiones.

Me escruta con la mirada, claramente para averiguar si digo la verdad.

—No lo sabía... —admite, sorprendida.

—Ya, bueno, aún hay muchas cosas que no sabes de mí, Blake, pero este día nos permitirá conocernos un poco más. Creo que necesitamos un descanso. Enterremos el hacha de guerra por hoy, por favor. ¿Qué me dices?

Blake clava los ojos color ámbar en los míos y veo en ellos un atisbo de rendición.

—Vale, pero con dos condiciones: no te acerques a mí y déjate de chistes sexistas de mal gusto. Si no, ¡te juro que te tiro por la borda! —grita, furiosa.

—Haré un esfuerzo en lo que respecta a mis bromitas dudosas, pero no me pidas que me aleje de ti. Si me evitas, jamás descubrirás mi encanto, así que baja las armas, Xena³, siéntate y disfruta del crucero.

Blake me lanza una mirada sombría antes de dirigirse a los bancos de la parte delantera del barco.

Sonrío de camino al timón. Me pongo una gorra y me ajusto las gafas de sol en la nariz. Me siento como un capitán, listo para partir a la aventura y explorar nuevos horizontes.

Arranco el motor y salgo lentamente del pintoresco puertecito de Staniel Cay, mientras las olas indolentes perecen sobre el casco de nuestro barco. La emoción crece en mí a medida que nos alejamos de la costa y el océano, infinito y misterioso, se extiende ante nosotros. Estoy convencido de que esta aventura quedará grabada en nuestros recuerdos para siempre.

Pero ¿en qué sentido?

¹ N. de la T. Uno de los actores de *Los vigilantes de la playa*.

² N. de la T. Diminutivo de «cocido», esto es, borrachín, contentillo.

³ N. de la T. Protagonista de la serie de televisión *Xena: la princesa guerrera*.

Hayden

Por fin nos acercamos a Balmoral Island, donde seguramente nos encontremos con algunas rayas, y cruzo los dedos para que Blake disfrute más de su compañía que de la de los cerdos glotones. Chapotear en las aguas poco profundas con esas majestuosas criaturas, darles de comer, acariciarlas y sostenerlas durante unos minutos debe de ser fascinante.

Sin embargo, con la mala suerte que Blake lleva a rastras a todas partes, temo que esta inmersión pueda convertirse en una pesadilla. Tal vez le entre el pánico al ver a los peces y acabe ahogándose, esta vez de verdad. En fin, sigamos siendo optimistas: estoy decidido a regalarle esta experiencia inolvidable.

Poco después, atraco el barco en el punto indicado por el guía del hotel. Espero que a mi compañera de a bordo le brillen los ojitos cuando vea de cerca a las rayas.

—¡Blake! ¡Mira lo que te espera en el agua! —grito y rezo para que no berree cuando descubra las criaturas con las que se supone que va a nadar.

Observo cómo se inclina y exclama sorprendida, aunque me temo que es más un grito de susto que de placer. Me acerco a ella y por fin levanta la cabeza hacia mí. La miro a los ojos y sonrío, tratando de disipar su aprensión.

—¿Estás preparada? Vamos a jugar con rayas. No te preocupes, no muerden —le digo, riéndome un poco de ella.

—¿Qué? Con admirarlas desde lejos me basta, gracias. Me dan miedo estas cosas viscosas, así que dejar que me rodeen y me rocen por todo el cuerpo me da repelús. ¡Puaj! —responde Blake, temblando de repugnancia—. Seguro que, con mi suerte, me pican y me muero entre terribles sufrimientos.

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

—Blake, todas las actividades en estas islas consisten en nadar con la fauna marina, que es de lo más diversa. Si no haces un esfuerzo, te vas a perder algo extraordinario. Voy a estar aquí, a tu lado, y te prometo que no te dejaré sola —le aseguro, posando una mano reconfortante en su hombro.

Se toma un momento para pensar, mientras mira a través de mis gafas de sol para intentar leer mis pensamientos, y finalmente, cede. A pesar de que solo le queda un pantaloncito por quitarse, me quedo prendado de su *striptease*. Sí, sé que soy incorregible, pero es que está impresionante con ese bikini de colores vivos que deja ver su piel mate.

Pero ¿cómo coño conseguí contenerme el otro día con ella, con semejante tentación? Seré imbécil...

Camina vacilante hacia la borda y respira hondo para calmarse. Mientras nos adentramos poco a poco en el agua, se pone tensa. Una raya se acerca demasiado y parece que no se fía del todo, pero acaba uniéndose a mí de todos modos.

Una vez que ambos estamos en el mar, noto el nerviosismo de Blake. Se apresura a esconderse detrás de mí para evitar a las rayas que nadan a nuestro alrededor en una danza hipnótica. Pero de poco le sirve: estas majestuosas criaturas se entrelazan con gracia entre nosotros y nos rozan la piel con sus fluidos movimientos.

Noto que Blake empieza a asustarse, así que me vuelvo hacia ella y sonrío para tranquilizarla.

—No pasa nada, tranquila. Las rayas no nos harán daño, solo son curiosas y juguetonas. Ven aquí y ponte delante de mí.

Le hago un gesto para que avance y ella se dirige hacia donde le indico. La sujeto por la cintura y la aprieto contra mi pecho. Le apoyo la barbilla en el hombro y, por un instante, nuestros cuerpos se funden. Se me acelera el corazón cuando el embriagador aroma del monoï se cuela en mis fosas nasales. Esta proximidad repentina me obliga a concentrarme para evitar que la anguila que anida en mi bañador acaricie su precioso trasero.

¡No seas guarro! ¡Nada de asustarla! Primero hay que enseñarle a gestionar lo de las rayas, antes de pasar a otros especímenes...

Blake está tan fascinada por las rayas que se arremolinan a nuestro alrededor que ni siquiera se da cuenta de lo cerca que estamos ni de que le rozo suavemente el vientre con las manos.

—¿Ves? Son inofensivas. Estira la mano y acarícialas. Así —le susurro al oído mientras la estrecho.

—Quédate aquí conmigo, ¿vale, Hayden? Porfa... —me suplica con su vocecita asustada.

—No te dejaré sola, Blake. Nunca.

La cojo de la mano y la guío lentamente hacia uno de los peces. Mi pequeña refunfuñona se relaja poco a poco y empieza a apreciar su delicada presencia. Luego se separa lentamente de nuestro abrazo y se arriesga a ir al encuentro de los animales. Me doy cuenta de que sonrío cuando oigo que se le quiebra la voz, lo que convierte este instante en uno de los más memorables de nuestro historial de excursiones.

Pasamos varios minutos en el agua, nadando con las rayas y admirando su belleza natural. Ahora que sé que está a salvo y mucho más cómoda, me escabullo para coger la cámara del barco. La fotografío desde todos los ángulos con sus nuevas amigas y capturo cada segundo para immortalizar la magia del momento.

—¡Mira, Hayden! No nos tienen miedo, ¡qué fantasía! ¡Son tan apacibles...! ¡Aún no me creo que haya conseguido acariciar rayas sin que me dé un parraque! —exclama como una niña orgullosa.

—¡Ya veo, ya! Además, hay pruebas de lo valiente que has sido... —le anuncio mientras le enseño la cámara.

Para la siguiente parada de nuestro viaje, decido llevar a Blake a uno de los cayos que parecen un banco de arena, y llegamos en el momento perfecto para aprovechar al máximo este islote que emerge del mar.

—¡Vaya! ¡Es una pasada! ¡Casi parece una piscina natural! —exclama Blake, asombrada por el increíble paisaje que se extiende ante ella.

—Hemos tenido suerte. Mientras la marea esté baja, ¡esta playa privada será solo para nosotros! Y ojo, porque planeado un pícnic para la ocasión... —respondo con una sonrisa de satisfacción.

—Realmente has pensado en todo. Te estás ganando mi estima, Johnson —bromea Blake—. Un poquito, al menos.

—¿Solo un poquito? Te aseguro que al final del día reconocerás que soy todo un caballero. Estoy convencido de que recordarás este maravilloso día junto a mí durante toda tu vida —bromeo, guiñándole el ojo.

Cojo mi mochila, así como la cesta que la recepcionista ha preparado con cuidado, y luego buscamos un lugar tranquilo para sentarnos. Extendemos la enorme toalla sobre la arena blanca y Blake me ayuda a disponer las distintas tarteras con comida. En el menú de hoy: crudités, fruta y ensaladas de todo tipo. No me olvido de colocar la sombrilla para protegernos del sol abrasador.

—La comida está servida. ¡Disfrute del festín, señorita! —exclamo, orgulloso de mi idea.

—No sabía que tuvieras tanto sentido de la organización. La verdad es que me sorprende, viniendo de ti. ¿A qué viene todo esto? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Escucha, Blake, no quiero obligarte a nada, pero creo que deberíamos hacer un esfuerzo por pasar un buen rato juntos en este viaje y olvidarnos de tanto discutir. Aunque sea para conocernos y disfrutar de este precioso lugar. Vamos a seguir atrapados en este paraíso durante unos cuantos días más, así que mejor será que dejemos de lado nuestras diferencias, ¿no crees?

Blake me mira dubitativa y finalmente sonrío.

—Vale, lo intentaré. Empecemos por compartir esta comida. Eso sí, te lo advierto: si intentas envenenarme, te prometo que volveré de entre los muertos y te perseguiré durante el resto de tus días.

Le devuelvo la sonrisa, aliviado de que haya aceptado mi propuesta. Dicho esto, nos sentamos a disfrutar de nuestra comida bajo el sol radiante de las Bahamas.

El tiempo se pasa volando, y unas horas después, el banco de arena y nuestra piscina natural están casi completamente sumergidos. Para cuando abandonamos el islote, la luz del sol se apaga rápidamente y me entra la ansiedad. Estamos demasiado lejos de Staniel Cay y me doy cuenta de que nunca llegaremos antes de que anochezca.

¡Seré inútil! Blake me va a matar...

Intento mantener la calma para no preocuparla. Por suerte, diviso una islita a menos de una milla náutica de nosotros, con una vieja cabaña abandonada que parece lo suficientemente decente para darnos cobijo durante la noche. Sin mediar palabra, me dirijo a la orilla y amarro el barco.

—Bueno, Blake, tengo buenas y malas noticias —anuncio.

Se me queda mirando un momento.

—Espero que tengas una buena razón para parar en esta isla —contesta, tensa, como si presintiera que se acercan los problemas—. Es casi de noche, Hayden, y que yo sepa, dormir bajo las estrellas no estaba en nuestros planes.

—¡Ahí quería llegar yo! La mala noticia es que es demasiado arriesgado seguir navegando en la oscuridad, así que me da que no podremos llegar a Staniel Cay antes de mañana por la mañana —explico, pasándome una mano por el pelo—. Pero la buena noticia es que hemos encontrado esta islita para pasar la noche y parece que hay una cabañita libre —añado con seguridad para ocultar mi total pérdida de confianza.

—¡Tienes que estar de coña! Hemos dicho que nada de vacilarme, Johnson. ¡Esto no tiene ni pizca de gracia! —exclama, frunciendo el ceño.

Me acerco a ella, la cojo dulcemente de las manos y, mientras la miro fijamente a los ojos, hago acopio de mi persuasión y la dosifico en mis palabras para tranquilizarla:

—Escúchame, Blake: tenemos suficiente comida y agua para aguantar hasta mañana, toallas para mantenernos calientes y una cabaña para resguardarnos. Estoy aquí contigo y te prometo que va a ser una noche tranquila. Todo irá bien, sobre todo porque, que yo sepa, aquí no vive ningún bicho raro. Creo que los grandes lagartos están en otra isla.

—¡Me cago en tu vida, Hayden! ¡Estaba casi (e insisto en el «casi») tranquila antes de que

mencionaras a esos putos lagartos!

—¡Veeeenga, tranquiiiila! Voy a tratar de encender un fuego para tener un poco de luz. Mañana por la mañana veremos el amanecer sobre esta magnífica isla. Imagínatelo... —le sugiero para consolarla.

—Más te vale, Johnson, o te meteré a la fuerza en el próximo vuelo a Nueva York. Si es que seguimos vivos para entonces...

Después de instalar nuestras cosas bajo la cabañita de paja, me pongo a buscar algunas ramas muertas para encender un fuego en la arena. Por suerte, llevo un mechero en la mochila. En fin, es increíble lo vitales que pueden llegar a ser los pequeños objetos cotidianos en este tipo de situaciones...

Blake parece tranquila e incluso entusiasmada con la idea de pasar la noche en esta isleta. Como auténticos exploradores, hemos conseguido convertir este lugar en un pequeño campamento acogedor y casi romántico.

Aquí, sentados junto al fuego y su crepitar, me embeleso con la carita de Blake, iluminada bajo el tenue ardor, y me doy cuenta de que el ambiente invita a sincerarse. Las llamas danzantes proyectan un resplandor anaranjado a nuestro alrededor, lo que otorga un aire íntimo al refugio.

Hablamos de nuestras respectivas vidas, de nuestros sueños y nuestros planes, pero evitamos mencionar al hombre que ya le ha arruinado bastante los días. Es una noche tranquila y el sonido de las olas rompiendo en la orilla acompaña a nuestras voces. Es como si estuviéramos solos en el mundo, lejos de nuestras agitadas vidas, y eso crea un vínculo especial entre nosotros. Es una sensación extraña, agradable y nueva que nos envuelve suavemente.

—Hayden... —dice Blake, insegura—. Me gustaría hacerte una pregunta.

Su vacilación y su mirada furtiva me ponen tenso.

¿Qué querrá preguntarme?

—Por supuesto, dime —respondo, para evitar que perciba mi ansiedad.

—Me gustaría que me explicaras por qué tienes la cámara petada de fotos mías...

Esa pregunta me pilló por sorpresa.

¿Cómo se habrá enterado?

—¿Cómo sabes lo de las fotos?

Se encoge de hombros.

—Tu cámara estaba en el sofá, así que no pude evitar echarle un vistazo. Esperaba encontrarme paisajes de las Bahamas y no fotos mías, de cara, de cuerpo entero y de perfil. Además, en ellas salgo de una forma que... en fin, tengo muchas preguntas.

—Es mi trabajo, Blake. Además, eres la única modelo que tengo, así que obviamente te he sacado muchas fotos —digo, para intentar salirme por la tangente.

—¿No me digas? —responde entre suspiros—. Te recuerdo que yo también estoy en el negocio, aunque sea al otro lado del objetivo. Y por eso también sé que hay suficientes peces y cocoteros en estas islas como para que tengas que immortalizar mi cara una y otra vez.

—Soy consciente de ello, pero tengo que admitir que eres especialmente fotogénica, Blake. Estás tan guapa, tan radiante en este entorno idílico que me resulta imposible no sacarte fotos.

Me detengo un momento y decido ir a por todas.

—Bueno, en realidad, hay algo más —admito, antes de hacer una pausa para armarme de

valor—. Me siento atraído por ti desde nuestra primera sesión juntos, en aquel pequeño estudio. He intentado ignorar lo que sentía, pero no he podido. Verte a ti y a Tyler juntos durante todos estos años ha sido una tortura. Decidí ser cruel contigo porque no quería que supieras cómo me sentía realmente. Me las gasté de cabrón antipático, porque me convencí de que así tú serías igual de odiosa conmigo y acabaría por no desearte tanto, pero ha sido justo lo contrario.

Las palabras salen de golpe y ni siquiera me da tiempo a recuperar el aliento. Hasta ese instante, tenía los ojos clavados en las ondulantes llamas del fuego, pero de repente, me giro para fijarlos en los suyos y con ello, lanzo mi último salvavidas:

—Blake Dawson, me enamoré de ti en el mismo instante en que te vi, y créeme, no me veo capaz de vivir sin ti.

Blake

—Blake Dawson, me enamoré de ti en el mismo instante en que te vi, y créeme, no me veo capaz de vivir sin ti.

De repente, me late el corazón a mil por hora y se me acelera la respiración.

Mierda. Mierda. Mierda.

Hayden acaba de confesarme que está enamorado de mí y creo que estoy a punto de hiperventilar. Me pongo en pie con dificultad y me agarro a los bordes rugosos de la cabaña de paja para incorporarme.

Necesito alejarme de aquí, despejarme para digerir lo que acaba de soltar. Teniendo en cuenta las fotos mías que vi en su cámara, lo sospechaba, pero escuchar esas palabras de su boca... En fin, es algo muy distinto. Otro rollo.

—Blake...

Oigo el eco de su voz, pero lo ignoro. Siento la arena fría en los pies, el viento fresco me azota la cara y se me cuele en los pulmones. Empiezo a temblar y los escalofríos se intensifican cuando los dedos de mis pies se encuentran con las olas que bañan la playa.

—¡Joder, Blake, creía que eso se había acabado ya!

Me agarra de la muñeca y me obliga a darme la vuelta inmediatamente. La fuerza de su gesto me desequilibra, y de repente, caigo entre sus brazos. Su pecho es firme y cálido a pesar de la brisa que sigue soplando, y no puedo evitar surcar sus músculos con los dedos de la mano libre. Levanto la cabeza hacia él y le sostengo la mirada. Sus iris, oscuros bajo el cielo de la noche estrellada, están velados por la ira.

Se me revuelve el estómago.

—Has sido tú la que ha preguntado... —continúa, implacable.

—Lo siento —murmuro.

—¿Que lo sientes? —repite, desconcertado—. Coño, Blake, haces que me sincere contigo, ¿y luego te atreves a decirme que lo sientes? Pues deja que te diga algo: las cosas no funcionan así. No puedes pulsar un maldito botón para retroceder en el tiempo y fingir que no ha pasado nada.

—Es una pena... —respondo, agachando la vista.

Sí, estoy enfadada conmigo misma por haberle hecho esa puta pregunta. Ahora sé lo que siento por mí, cuando en realidad, era mucho más fácil ignorarlo. Además, ¿qué se supone que tengo que hacer con sus sentimientos? ¿Qué coño le digo ahora?

Me suelta de repente, con la mandíbula apretada.

—Es una pena, ¿dices? Eres una chavala bastante mezquina, ¿lo sabías? A mí también me gustaría hacerte una pregunta: ¿por qué?

Me quedo mirándolo un segundo, sin entender.

—¿Por qué el qué?

—¿Por qué insistes en huir de mí cada vez que decido sincerarme contigo? Sé que te gusto y no te atrevas a fingir que no. Insisto, ¿cuál es tu puto problema, Blake?

—¡Mi puto problema es que tengo miedo! —grito en un tono idéntico al suyo—. ¡Estoy muerta de miedo!

—¿Muerta de miedo de qué, por el amor de Dios? ¡Acabo de entregarte mi corazón! ¡Soy yo

quien se arriesga a que me destroces!

Nerviosa, doy unos pasos hacia el agua helada y me paso una mano por el pelo, ligeramente enredado por el viento. Siento la presencia de Hayden detrás de mí y me doy la vuelta antes de que vuelva a tocarme, para preservar mi lucidez, que tiende a desvanecerse cuando se acerca demasiado. Y más ahora, que la luz de la luna proyecta un halo azulado sobre su figura y acentúa la rudeza de sus rasgos. Hayden es guapísimo, demasiado guapo para hacerme bien.

—De que me abandonen una vez más —confieso con una vocecita que se atenúa hasta el silencio, tan solo perturbado por el sonido de las olas—. El último hombre que dijo estar enamorado de mí me pidió matrimonio y luego me dejó plantada en el altar, como un cobarde. Y no quiero volver a pasar por eso, Hayden. No quiero arriesgarme a atarme a alguien y luego acabar sufriendo por él. Es demasiado pronto.

Hayden se acerca y me rodea la cintura con los brazos para estrecharme. Me baja una de las manos por la espalda hasta llegar a la base de mis nalgas, y sube la otra hacia la nuca para animarme a mirarle.

—Yo no soy como él —dice en voz baja, junto a mi boca.

Instintivamente, le devoro la boca con los ojos y me humedezco los labios sin darme cuenta. Él se fija en mi lengua, ladea la cara un poco más y justo cuando está a punto de besarme, digo:

—No, eres el chaval que ha preferido restregarme lo que siente porque eres incapaz de lidiar con ello. ¿Cuánto tiempo habrías seguido así, Hayden? ¿Habrías sido el tipo que me quería en la sombra? ¿O habrías aparecido un día en la puerta de mi casa con unos carteles para proclamar tu amor a los cuatro vientos?

Sus pupilas abandonan mis labios para fijarse en las mías y detecto en ellas cierta incompreensión.

—¿Qué coño dices de unos carteles? —pregunta, frunciendo el ceño.

Echo la cabeza hacia atrás, decepcionada.

¿Este tío no sabe nada de cine o qué?

—*¡Love Actually!* —respondo enseguida—. La comedia romántica por excelencia y, por cierto, mi peli favorita. Chaval, eso es de primero de cultura general. En fin. Así, en corto, uno de los protas aparece en la puerta de la chica de la que está locamente enamorado y utiliza carteles para declararse después de que ella descubra que solo la había grabado a ella durante su boda. ¿Te recuerda a alguien?

Hayden estira los labios en una sonrisa furtiva.

—No creo que haya más chicas como tú, Dawson...

—¿Lo dices como algo bueno?

No puedo ocultar mi tono escéptico. De él me espero cualquier cosa y sé que es capaz de hacerme alguna putada. Sin embargo, Hayden se limita a apartarme suavemente un mechón de pelo de la frente y ahueca la palma de la mano para posarla sobre la mejilla.

—No se me ocurre nada mejor. Te quiero solo para mí.

Hayden me estrecha con fuerza y me pone el pulgar en los labios.

—¿Querías ser el prota bueno, el héroe de mi peli romántica, Hayd? —pregunto mientras le coloco las manos en las caderas—. ¿O solo el chico malo y dispuesto a romperme el corazón?

Se aprieta tanto contra mí que ni siquiera un grano de arena podría interponerse entre nosotros. Siento el relieve de sus músculos, el aroma almizclado de su piel saturando el aire y desatando el pavor de mis sentidos. Mi respiración se vuelve caótica y debo admitir que no hay nada que me guste más que tenerlo cerca. La angustia que sentí en el momento en que me

confesó que estaba enamorado de mí se ha desvanecido por completo. Es obvio que el cuerpo de Hayden tiene un talento sin igual para freírme las neuronas.

En cuanto se inclina hacia mí, en cuanto me roza el lóbulo de la oreja, dejo de respirar.

—No creo que un héroe le robe la novia a uno de sus colegas, por mucho que el colega en cuestión supiese lo que siento por ella y que me pondría furioso si la abandonara de esa forma. Y tampoco creo que fuera capaz de aprovecharse de la situación.

La sensualidad que emana de sus susurros prende un fuego en mi vientre que se me extiende hasta los muslos. Tal vez sea la fuerza de sus palabras, o que Hayden está dispuesto a sacrificar su amistad por mí, pero aunque eso último contradice a la moral, una parte de mí lo encuentra sexi.

—Exnovia. Es más, ahora que lo pienso, nunca me han gustado los héroes —contesto.

Hayden me recorre el contorno de la mandíbula con la boca y se frena en seco al llegar a la comisura de mis labios.

—Cuidado, Blake... Esta vez pienso llegar hasta el final...

De repente, me agarra de las nalgas. Al notar su erección contra mi sexo, no puedo evitar soltar un grito.

—Detenme ahora, Blake, o te juro que...

No le doy la oportunidad de terminar la frase, porque de pronto, tomo sus labios sin pensar. Le hundo los dedos en el pelo y me aferro a él para atraerlo hacia mí. En cuanto se le pasa el asombro, Hayden responde a mi beso con fervor: su lengua se desliza sobre la mía e interpreta una danza tan lasciva que me arranca una serie de gemidos incontenibles.

No es la primera vez que me besa, pero jamás lo había hecho con tanta intensidad. Creo que voy a caer en la locura más absoluta. Y cuando me levanta sin miramientos y me obliga a rodearle la cintura con las piernas para que no me caiga, no rechisto, no. Me agarro a sus hombros y me aferro con vigor a él mientras me conduce hacia la cabaña de paja.

Sin soltarme, Hayden se agacha junto al fuego que aún crepita en su hoguera improvisada y me tumba sobre la toalla extendida en la arena con toda la delicadeza de la que es capaz. Su mirada febril recorre mi cuerpo sin el menor pudor y deja en mí surcos ardientes que solo su boca puede calmar... o abrasar.

Me agarra del dobladillo de la camiseta que me había puesto antes y va descubriendo mi piel centímetro a centímetro, hasta liberarme por completo de la tela. Yo no le quito los ojos de encima, sino que alzo la barbilla en señal de desafío para animarle a continuar lo que ha empezado y Hayden capta el mensaje. Me desata el nudo que sujeta la parte de arriba del bikini y luego me baja las bragas, y con ello, me quedo completamente desnuda frente a él. Acto seguido, se coloca encima de mí.

Me roza los pechos con su torso y siento cómo se me yerguen los pezones, movidos por el deseo. Me separa los muslos con la rodilla y yo me despatarro sin oponer la más mínima resistencia. Porque sí, lo deseo. Lo quiero encima de mí, dentro de mí.

—Blake... —murmura, con un brillo indeciso en los ojos—, si seguimos, ya no habrá vuelta atrás...

Le agarro del rostro, teñido de un tono cobrizo por las llamas, y me ahogo en el huracán de sus iris, para luego dejarme invadir por la concupiscencia. Acallo sus dudas con una voz ronca de pasión:

—Te deseo, Hayd...

En cuanto esas palabras cruzan mis labios, Hayden se apodera de ellos y me roba el aliento.

Los mordisquee, los lame y luego sigue bajando para recorrer la curva de mi garganta. Deja una infinidad de besos en mi piel y me palpa los pechos. Mientras tanto, incapaz de contenerme, ondulo el cuerpo bajo el suyo, y cuando su lengua roza mi pezón duro y erecto, gimo tan fuerte que él gruñe en mi pecho:

—Joder, Blake...

Hayden se aleja un segundo de mí para quitarse el bañador y vuelve a colocarse entre mis piernas, que se tensan en torno a su cintura, como si quisieran controlar el fuego que está provocando en mi interior.

—Te deseo... —repito.

Eso es justo lo que necesita para renunciar a la contención con la que aún regía sus actos. Acto seguido, me penetra de una forma tan repentina que se me escapa un gemido tosco. Me aferro a sus omóplatos para resistir sus embestidas y le clavo las uñas en la capa superficial de la piel. Hayden no es dulce ni delicado, pero tampoco quiero que lo sea. Creo que necesitamos esta rudeza para liberar toda la tensión que nos oprimía, y cada una de sus acometidas es como un filo que vierte el placer más crudo directamente en mis venas, en mi sangre desparramada.

Me he imaginado este momento miles de veces desde que aterrizamos, pero mi fantasía es tan insípida en comparación con la realidad que dudo de si lo que sucede es real. Sin embargo, Hayden está ahí. Su cuerpo cálido y sudoroso encaja a la perfección con el mío; su boca explora constantemente la mía y la marca, como si pretendiera estampar en ella su propio sello. Y mi corazón late desbocado, así que... no, no me lo estoy imaginando. Lo nuestro no es un sueño. La química es tan fuerte que tengo la sensación de que estamos solos en el mundo, y no solo en esta isla. Hayden acaba con todo, se convierte en el todo, se incrusta bajo mi piel, se impone en mi corazón.

—Blake, mírame... —susurra.

Los dedos de Hayden me rodean la garganta. Abro los ojos y lo miro a sus pupilas veladas. Me desliza la mano libre por el muslo y luego por debajo de la rodilla para subirme la pierna por encima del pecho y penetrarme hasta el fondo. Su vaivén se vuelve más raudo; su respiración, errática. Me llena como nadie antes, como si hubiera nacido solo para complacerme, y cada uno de sus movimientos amenaza con hacerme colapsar. Y en cuanto me agarra de la nalga por última vez, con un apetito voraz, mi cuerpo se prende en llamas. Contraigo el sexo alrededor del suyo y siento que voy a estallar en mil pedazos.

Hayden se desploma sobre mí y me corta la respiración por un instante, pero no me importa. No lo alejo. Al contrario: lo aprieto más contra mí con las últimas energías que me quedan y busco su boca para besarle. Necesito que entienda lo que siento y no creo que haya otra forma de expresarlo. Deslizo la lengua tímidamente entre sus labios y saboreo los suyos. Hayden me priva de mis últimas partículas de oxígeno y una multitud de puntitos negros me salpica la vista, pero de nuevo, no me importa. Después de todo, morirme aquí, en sus brazos, merecería la pena, ¿no?

—¡Por Dios, Blake!

Hayden rompe nuestro beso y aprovecho para dejar entrar una enorme bocanada de aire en mis pulmones. El velo oscuro que me nublaba la vista se disipa y me permite observar dos profundas cuentas de color turquesa: sus ojos.

—Te prohíbo que te desmayes o similar, ¿me has oído? Nada de sustos —continúa, con un deje de ansiedad en la voz—. Tengo la intención de hacerte el amor toda la noche, hasta que ese culito sabroso me pida clemencia, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza, con una sonrisita en los labios.

—«Ese culito sabroso», ¿en serio?

Me besa en la frente, en los pómulos y luego a un lado de la barbilla.

—Sí, y te aseguro que esa no es la única parte que me gusta de ti, Blake. Luego está...

Sus palabras se pierden en la noche, inaudibles. Más que nada, porque aún no estoy preparada para oírlas y los caóticos latidos de mi corazón han podido con ellas.

Hayden

Nos dirigimos a nuestro bungalow, cogidos de la mano. El personal del hotel se ha alegrado de vernos de vuelta de una pieza. Después de esta noche loca que, como había predicho, quedará grabada para siempre en nuestros recuerdos, estoy deseando darme una buena ducha caliente y, por qué no, compartirla con Blake, cuyo cuerpo me obsesiona. He descubierto un placer insospechado entre sus muslos. Nuestras caricias, besos y miradas sugerentes han ido multiplicándose con el tiempo y, al final, no hemos podido resistir más la llamada de la pasión. Ha sido una noche ardiente, intensa e indescriptible.

Joder, se me pone dura solo de pensarlo...

Me apresuro a llegar a la habitación, ansioso por dar rienda suelta a mis fantasías salvajes con la mujer que ha conseguido hacerme perder la cabeza.

—Voy a darme una ducha. Si, por casualidad, te apetece unirme para quitarme la arena que tengo en la espalda, no seré yo quien me queje... —le sugiero en tono juguetón.

—Me lo pensaré... De todos modos, me temo que la cabina de ducha no es lo bastante grande para los dos —Mi belleza se chulea con una sonrisa pícara.

Me alegra ver que el acercamiento de anoche no ha alterado nuestra relación. Lo que más me gusta de ella es su vivacidad, su audacia y su temperamento. No quiero que cambie su forma de ser conmigo, porque eso es lo que la hace única y entrañable. Me encanta esta complicidad que tenemos, repleta de bordería e insolencia.

Me dirijo al baño, tiro mis cosas al suelo y me meto en la ducha. La sensación de la sal y la arena pegadas a mi piel se ha vuelto tan insufrible que me entra un gustazo enorme cuando el agua empieza a correr por mi cuerpo. El torrente de gotitas que me cae por la cara me relaja, pero cuando siento dos brazos alrededor de mi cintura y un pecho delicado apretado contra mi espalda, me quedo helado bajo el chorro. Intento entender si estoy flotando en una nube, pero no. Ahí está: Blake Dawson, la chica con la que llevo obsesionado todos estos años, ¡desnuda contra mí en la ducha de nuestra habitación en las Bahamas!

Madre mía, debo estar soñando, ¿no puede ser real!

—¿Necesitas ayuda? —me susurra al oído, mientras me pasa esos ágiles dedos por los pectorales.

—Estoy cubierto de arena de los pies a la cabeza. Me vendría bien un par de manos más para deshacerme de ella... —respondo, mientras me vuelvo hacia ella.

Sus ojos color miel, impregnados de un deseo inconfesable, me producen escalofríos y mi sexo se tensa de fervor ante esa diosa que, sin apartar la vista de mí, me lo acaricia. Mi miembro se hincha con su tacto y se asoma como una morena en su guarida. En las últimas veinticuatro horas, Blake parece haberse convertido en una experta en fauna marina. Continúa con sus lentas idas y venidas, y aviva las llamas del deseo en mi interior.

—¿Aún te queda un poco de arena? Debería asegurarme, ¿no crees?

Ni siquiera tengo tiempo de responder, porque Blake se agacha frente a mí y me mira desde ahí, con la cara a la altura de mi polla erecta. Me roza el glande con los labios y en un abrir y cerrar de ojos, mi miembro desaparece en su boca.

¡Me cago en la puta, sí! ¡Qué gozada!

Me recuesto contra los azulejos, con los ojos cerrados, disfrutando de este momento de plenitud extrema. Cada movimiento de su boca, cada lamido, me produce una onda expansiva por todo el cuerpo y, si sigue a ese ritmo, no sé si podré aguantar mucho más.

—¿Por qué no vienes aquí y compruebo si tienes arena escondida en alguna parte del cuerpo? —La detengo, justo cuando estoy a punto de implosionar.

Blake se yergue frente a mí y se relame el labio inferior de la forma más sugerente. Sin más preámbulos, me abalanzo sobre su boca. Tiene los labios hinchados por la avidez con la que me la ha chupado. Le recorro las curvas con las manos y la agarro por la nuca para profundizar en este beso implacable, mientras ella me tira del pelo y responde con fervor. Saboreo su lengua caliente y ávida hasta que su respiración se vuelve cada vez más agitada. Finalmente, me separo de sus labios ardientes, recupero el aliento mientras apoyo la frente en la suya y le beso la barbilla sin control. Luego le mordisqueo el lóbulo y le paso la lengua por el cuello.

Ella jadea y se estremece ante mis caricias, lo que me anima a continuar mi descenso hacia sus pezones, que ya hormiguean de deseo. Blake arquea más la espalda cada vez que relamo sus pezones endurecidos y se los recorro con la lengua. Por turnos, palpo sin piedad la parte redonda de sus pechos y su culo. Esta chica me vuelve loco. Está tan buena y me tienta de una forma tan febril que no consigo apartar las manos de su cuerpo.

Poco después, me arrodillo, le levanto la pierna, me la apoyo en el hombro y me deleito en su intimidad. Todo su cuerpo responde ante mis besos húmedos. Ondeas las caderas al ritmo de mi lengua en su coño sensible, y sus gemidos acaban electrizándome de una forma tan intensa que noto una necesidad imperante de adentrarme en su carne empapada.

—Joder, Blake, haces que pierda toda cordura... Me muero de ganas de ti —suelto, sin aliento.

—Pues fóllame, Hayd... —dice, estremeciéndose entre jadeos.

Eso es todo lo que necesito para incorporarme y levantarla contra la pared. Ella me rodea con las piernas y se aferra firmemente a mis hombros. De una sola embestida, se la meto en su sexo húmedo. Blake emite un grito que resuena en el baño y me clava las uñas en la piel. El calor de su intimidad, de su carne ardiente y mojada, así como esa estrechez que me abraza hace que me maree de placer. Apenas he entrado y salido de ella un par de veces y ya siento que me voy a correr. Es un momento dulce a la par que ferviente, que me sumerge en un torbellino de sensaciones. Me entrego a esta burbuja de pasión y lujuria que me hechiza y me hace olvidar por completo el mundo exterior. Me niego a salir de este lugar.

Estamos conectados de una forma profunda y nuestros sentimientos se reflejan en cada uno de nuestros movimientos y respiraciones. Nuestros cuerpos se funden en un éxtasis total, nuestras voces se mezclan en gemidos sensuales y la sensación inaudita de un orgasmo compartido se desata en mi interior. Es como si un enjambre de mariposas emprendiera el vuelo desde mi estómago, y tan solo dejara a su paso bienestar y felicidad. Estamos en perfecta armonía, unidos en nuestro deseo y en algo aún más poderoso, algo que va mucho más allá del mero placer carnal.

Amo a esta chica, de eso no hay duda, y al haber dado este paso juntos, todas mis dudas se han disipado. De repente, la posibilidad de perderla cruza mi mente, pero pronto la acallan los suaves besos de mi pequeña belleza morena, que también quiere prolongar la intensidad de este momento.

Pasamos la mayor parte del día en la cama, alternando maratones de sexo y merecidas siestas. Pero todo este ejercicio en el dormitorio me cansa y me ruge el estómago.

—¿Qué tal si comemos algo en el chiringuito? Nos vendría bien un poco de aire fresco. Aunque tu piel sea terriblemente tentadora, no sustituye a una comida de verdad. Además, ¡necesito recuperar fuerzas para poder poner en práctica todas las fantasías que tengo en la cabeza!

—¡Estás obsesionado con el sexo, Johnson! Si acepto salir de esta habitación, ¿me prometes que seguiremos divirtiéndonos después?

—A ver, que me entere yo... ¿Quién decías que estaba obsesionado?

Observo a Blake con aire divertido mientras se pone las botas con su sándwich. Me encanta su sencillez, sin pretensiones. No finge ser otra para caer bien, es ella misma, al natural, y eso la hace aún más bella a mis ojos. Soy adicto a Blake, porque incluso cuando tiene la boca cubierta de mayonesa, la veo preciosa.

¡Pues estamos jodidos!

—Relaja, cielo... A este paso, no vas a poder tragar nada más y vamos a echar a perder lo que tenía planeado para esta noche... —digo para provocarla.

Ella se medio atraganta ante mi comentario guarro. Si no me calmo un poco cuando estoy con ella, la gente se va a creer que soy un perverso. Pero no puedo evitarlo: me encanta marear, ponerla a prueba, ver hasta dónde es capaz de seguirme el rollo con mis desvaríos.

—¡Serás cerdo! ¿Quieres matarme o qué?

—Si es a base de orgasmos, por supuesto, nena... —murmuro, mientras la fulmino con la mirada.

Mi chica se sonroja por mi tono provocativo. Creo que la he desequilibrado y ha perdido su legendaria labia, lo cual me encanta.

Seguimos bromeando mientras terminamos de comer. Contemplo la playa de arena, los cocoteros y el océano turquesa que se extiende hasta donde me alcanza la vista, y me doy cuenta de la suerte que tengo de estar aquí, al lado de la chica a la que he deseado durante años y que, por fin, ha decidido abrirse a mí de una forma que no esperaba. Pienso aprovecharlo al máximo, con la esperanza de que esta luna de miel no sea solo un lapsus entre nosotros, un momento fugaz que se irá al traste en cuanto volvamos a Nueva York.

Deja de estresarte, Hayden, y vive el momento...

Decidimos pasear por la playa. La arena caliente nos hace cosquillas en los pies y las suaves olas del Caribe rompen al contacto con nuestros tobillos. Apoyo el brazo con ternura sobre los hombros de Blake y ella me rodea la cintura con sus brazos, con naturalidad. Adoro que nos estemos comportando como una pareja normal y que disfrutemos felizmente de la compañía del otro en este entorno paradisíaco.

Sin embargo, tengo muchas preguntas en la cabeza y me agobia que mis preocupaciones echen a perder este momento perfecto. No quiero meterle prisa, pero necesito saber en qué punto estamos y adónde va esto.

—Blake, cuando todo esto acabe, ¿qué será de nosotros? —le pregunto con un poco de aprensión en la voz.

Blake me mira con una sonrisa amable y responde:

—No lo sé, Hayden. Solo quiero disfrutar del momento contigo, sin preocuparme por lo que pueda depararnos el futuro. Ya tendremos tiempo de hablar de esto cuando volvamos a Nueva York, ¿no crees?

Aunque entiendo su punto de vista, sus palabras no me tranquilizan del todo. Blake ve la preocupación en mi rostro y añade, mientras me acaricia la mejilla:

—Deja de darle vueltas a las cosas. Eres importante para mí, Hayden. Lo sabes, ¿verdad? Me encanta estar aquí contigo.

Se me escapa un suspiro de alivio y siento que me invade una oleada de calidez. Sonrío y la estrecho en mis brazos. Sin embargo, Tyler ronda mis pensamientos con una frecuencia alarmante, y más teniendo en cuenta que me he acostado con la mujer que se suponía que iba a convertirse en su esposa.

Como me he liberado de la frustración que me carcomía desde hace años, me cuesta pasar aunque sea un minuto cerca de Blake sin desear saborearla de nuevo, lamer su delicada piel, acariciar sus exquisitas curvas y fundirme en ella una y otra vez hasta el éxtasis definitivo. Al ver que nuestras manos se volvían más y más inquietas en la playa, corrimos hacia el bungaló para aliviar nuestros impulsos incontrolables.

Ahora, tumbado en la cama, veo a Blake restregarse frenéticamente encima de mí, con sus pechos por encima de mi cara, balanceándose con cada embestida. No puedo evitar pellizcarle los pezones, tensos por el deseo. He perdido la cuenta del número de veces que hemos hecho el amor desde que nos confiamos el uno al otro en aquella isla. Es como si necesitara recuperar el tiempo perdido con la chica de mis sueños, por miedo a que todo se acabe abruptamente.

Y es que no consigo contener la ansiedad, este mal presentimiento que me consume por dentro cada vez que la miro.

¿Y si todo se acaba? ¿Y si la pierdo? ¿Sería capaz de olvidarla ahora que he probado lo apasionados que son nuestros encuentros?

Con un último gemido, mi pequeña belleza morena expresa su placer y yo la sigo poco después. Blake se desploma sobre mí, con el cuerpo empapado de sudor y su aliento caliente haciéndome cosquillas en el cuello.

—Eres increíble, Hayden... —jadea.

—Te dije que conmigo echarías los mejores polvos de tu vida. Ahora no podrás vivir sin mí, nena —me jacto, con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—¿Eso crees? Bueno, tendrás que demostrármelo otra vez. No estoy segura de estar convencida... —añade, burlona—. ¡Mira que te gusta fardar!

La pongo de lado y le hago cosquillas hasta que le cuesta respirar.

—¡Para, por favor! ¡Para! Como me mee encima, te juro que te mato —exclama entre carcajadas.

—Entonces, Blake Dawson, ¿qué me dices? ¿Podrías vivir sin mí? —le pregunto, sin dejar de torturarla.

—Eres... ¡Eres el mejor amante que he tenido nunca! ¡Y jamás podré prescindir de tu cuerpo! ¡Me vuelves loca! ¡Ahora para de una vez! —grita, jadeante, de forma que se oye en toda la habitación.

La libero de su miseria y la cojo de la mano, sonriendo con ternura.

—Me alegro de que aprecies mis habilidades en la cama, pero espero gustarte también por quien soy, no solo por lo que tengo entre las piernas...

—Me gusta todo de ti, Hayden, el paquete completo, incluido tu horrible sentido del humor —dice, riendo entre dientes—. En fin, voy al baño.

Me quedo mirando su cuerpo desnudo mientras se levanta para coger el móvil y encerrarse en el baño.

Respiro hondo y me dejo llevar por la alegría de este momento tan intenso y divertido. Con Blake, todo es sencillo y natural. Poco después, me levanto yo también y me dirijo al minibar de la habitación para coger una botella de agua fría.

De repente, me sobresalto al oír unos golpetazos en la puerta del bungalow.

¿Quién coño será?

Oigo de nuevo los golpes, esta vez más fuertes e insistentes. Puede que Blake haya pedido algo de comer y yo no me haya enterado...

Me pongo rápidamente una camiseta y unos pantalones cortos antes de abrir la puerta a alguien que, evidentemente, tiene mucha prisa y anda un poco corto de paciencia.

—Un momento, ¡ya voy! —exclamo a través de la puerta.

Me dirijo a la entrada y abro la puerta al irascible desconocido. De repente, me quedo helado al toparme cara a cara con la furia del hombre que tengo delante.

—¿Tyler?!

Blake

El agua que me cae por el cuerpo me sienta de maravilla. Después de nuestras proezas entre las sábanas sedosas e impolutas que he dejado a regañadientes en la habitación, me duele todo. Por eso, disfruto del calor que acaba con la tensión de mis músculos doloridos y el sudor que se me acumula en la piel.

Pongo la cara bajo el chorro de la ducha para apagar el fuego que se enciende en mis mejillas al imaginarnos a Hayden y a mí. Todavía puedo sentir su cuerpo dibujando ondas contra el mío, su boca explorando cada centímetro de mi piel y el inconfundible despertar de mi bajo vientre, que me incita a bajar la temperatura para no ser víctima de combustión espontánea. Al menos, no antes de que Hayden me regale otro orgasmo.

Cierro el grifo, me escurro el pelo y salgo de la ducha. Me envuelvo en la toalla que cuelga del gancho de la pared, me la ato alrededor del pecho y me dirijo al lavabo. Paso una mano por el espejo para limpiar el vaho que lo empaña. El sol de Bahamas ha dado a mi tez un precioso brillo dorado que acentúa el tono ámbar de mis iris. Casi podría decirse que me centellean los ojos. Me veo... feliz. Sí, esa es la palabra. Contra todo pronóstico, ¡la luna de miel me está sentando de lujo!

La pantalla de mi móvil se enciende de repente y capta mi atención. Cojo el teléfono del estante de madera enlacada que hay junto al lavabo y recuerdo que Tia me ha enterrado en una pila de mensajes y llamadas que aún no me he molestado en mirar. Soy una amiga terrible, pero en mi defensa diré que Hayden me ha mantenido ocupada de una forma magnífica; o sea, que no he pensado en otra cosa que no sea su cuerpo desnudo e increíblemente musculoso, que me pone a mil.

Abro la aplicación y me encuentro con una treintena de mensajes que han ido entrando a lo largo del día. Con un movimiento del dedo índice, desplazo el contenido de la pantalla ante mis ojos, y me fijo sobre todo en los sucesivos mensajes de *mayday* y el «¡¡¡¡TÍA, POR DIOS, CONTESTA AL PUTO TELÉFONO!!!!», en mayúsculas, como podéis ver, y rematado por multitud de signos de exclamación.

Tia tiene la molesta costumbre de armar la de Dios por cualquier cosa. Es capaz de declarar que su vida está arruinada porque se ha roto el tacón de su par de Louboutins favoritos —por algo somos amigas, en verdad—, así que me pregunto qué puede haber pasado en el planeta Tia para que me acose de esta forma. Además, no es que no le haya escrito esta semana... ¡Hemos hablado prácticamente todos los días!

Sin embargo, parece que voy a satisfacer la curiosidad mucho antes de lo esperado, teniendo en cuenta que, de repente, el nombre de mi amiga aparece en la pantalla.

—Tía, Blake, ya sé que tu prioridad ahora mismo es correrte con ese tío y su cuerpazo que, ojo, ni Damon Salvatore¹... ¡Pero joder, chiqui! ¿Tanto te cuesta descolgar el teléfono entre polvo y polvo? —grita al otro lado de la línea sin siquiera saludar.

Pongo los ojos en blanco, entre divertida y frustrada. Además de su faceta de reina del drama, Tia es tan fan de las series de televisión que tiende a confundir la ficción con la realidad y a fantasear con hombres que, aunque estén buenísimos, solo viven en su imaginación. Por eso, no es de extrañar que siga soltera, porque la verdad, cuando una fija el listón al nivel de los

maromos inalcanzables que protagonizan series y pelis, el tío promedio asume que no tiene ninguna posibilidad y ni se te acerca.

De todas formas, no se equivoca: Damon está más bueno que el pan, ¿no?

Aun así, no puedo evitar que me suban los colores al pensar en nuestros «encuentros para retozar»; llamémoslos así. Todavía no le he contado nada a Tia de lo que ha pasado entre Hayden y yo, ni tampoco he mencionado nuestra cercanía y afinidad (¡es evidente que la hay!), porque no quiero precipitarme. Tengo la sensación de que si revelara nuestro... secreto, la magia desaparecería. Y aún no estoy preparada para afrontar la vuelta a la realidad y todo lo que eso conlleva.

—A mí también me encanta saber de ti, Tia. Estoy bien, gracias por preguntar —bromeo—. Pero Hayden y yo no...

—Sí, claro, Blake, ¡venga ya! Soy tu mejor amiga, tu BFF² —añade, haciendo hincapié en las siglas—. Llevas compartiendo cama con ese tío desde el primer día. Ni una monja podría resistirse a ese *body*³, así que...

Touchée.

Ya la habéis oído, ni una monja podría resistirse.

—Bueno, vale. Me lo he tirado una o dos veces. Bueno, puede que tres o cuatro, pero...

—Cielo, normalmente me encantaría que me contaras todos los detalles jugosos de tu vida sexual, pero no es el momento. La he cagado, Blake. La he cagado pero bien.

Alzo la vista al techo. Seguro que está exagerando por nada.

—¿Qué pasa, has encogido las bragas de seda en la lavadora?

—No estoy de coña, guapi... Tyler lo sabe.

En cuanto oigo el nombre del cabrón que me rompió el corazón, se me hace un nudo en la garganta.

—¿Qué sabe, Tia? —pregunto con un hilo de voz.

—Que Hayden está ahí, contigo —responde con prisa—. Anoche vi al muy gilipollas en un bar y no pude resistirme a tropezarme con él, ya me conoces.

—Tia... —digo entre suspiros, agradecida de que mi amiga esté siempre de mi parte, pero preocupada por lo que pueda haber hecho.

—Estaba allí, sentado tranquilamente en la barra, sirviéndose unos *whiskies*, así que me pasé a saludar y le enseñé la foto de Hayden que me habías enviado.

—¡Pero Tia! —grito.

Mierda, joder. Yo, que esperaba ser discreta con todo esto... creo que ese tren ya ha pasado.

—Estaba enfadada, Blake, quería hacerle daño como él te hizo a ti, ¡quería que supiera que lo vuestro es agua pasada!

Dejo escapar un largo suspiro para intentar deshacer el nudo que se me ha formado en la boca del estómago. Me invade un mal presentimiento y me abrumba pensar que los problemas están al caer.

—Blake, ¿sigues ahí?

—Mmm... sí —confirmo, algo distraída por mis desvaríos—. ¿Y cómo se lo ha tomado?

—No muy bien —admite al cabo de unos segundos—. Se puso un poco nerviosito y salió del bar renegando. Dijo que esto no se quedaría así. Lo siento, Blake...

Obviamente, Tyler y su ego no iban a alegrarse mucho de la noticia... El caso es que no sé qué sería capaz de hacer, ¡ya solo falta que se presente aquí!

—No pasa nada, Tia. Te dejo, ¿vale? Luego te llamo.

Cuelgo sin esperar su respuesta y vuelvo a mirarme en el espejo. La llamada de Tia ha sido como una descarga eléctrica. Los últimos días, las últimas horas con Hayden han sido lo más cerca que he estado jamás de tocar el cielo, pero ahora me he bajado de la nube. No sé cómo decirle a Hayd que pronto tendremos que lidiar con su amiguito del alma, que está que trina.

Me armo de valor y decido volver con él. Pero en cuanto entro en la habitación, veo a Hayden de pie junto a la puerta abierta de par en par, mirando fijamente al desconocido que está de pie en el marco. Rodeo la cama para averiguar quién ha decidido molestarnos en nuestro nidito de amor y se me hiela la sangre en el instante en que reconozco al hombre que me observa con mirada gélida.

—Hola, mi amor. ¿Me has echado de menos?

Se me acelera el corazón. Estoy a punto de pellizcarme para asegurarme de que no estoy soñando, de que no es un espejismo. Sin embargo, me veo obligada a afrontar los hechos: Tyler está delante de mí, en carne y hueso, apoyado en el marco de la puerta, con actitud despreocupada y las manos metidas en los bolsillos de las bermudas.

La escena es casi irreal: la habitación del hotel, Hayden, yo desnuda bajo la toalla, la cama deshecha y Tyler observándonos por turnos. No es tonto: es evidente que sabe la forma en que hemos estado pasando el rato. Pues nada, aquí estamos los tres: mi exprometido, su colega, que ahora es mi... no sé ni cómo llamarlo, y yo, juntitos bajo el mismo techo. Casi parece el inicio de un chiste de los malos, de una broma de mal gusto.

—¿Qué coño haces aquí? —brama Hayden.

Aunque está de espaldas a mí, se le nota que está tenso. Contrae sus poderosos músculos bajo la tela de la camiseta y tiene la mano tan apretada alrededor del pomo de madera que se le han puesto blancos los nudillos.

—La última vez que lo comprobé, la reserva estaba a nombre de Lancaster, pero no voy ni a molestarme en preguntarte por qué estás aquí, en la habitación en la que se suponía que iba a alojarme con mi mujer —contesta Tyler con una voz tan fría que me produce escalofríos.

Llegamos al culmen de la hostilidad cuando Tyler intenta entrar y Hayden se interpone en su camino. Los dos hombres se miran fijamente durante un rato largo. Se palpa la tensión y temo que la situación se nos vaya de las manos si no intervengo rápidamente.

—Quita de en medio, Hayden —dice Tyler—, tengo que hablar con Blake.

—¿Sobre qué exactamente? ¿Sobre por qué decidiste dejarla plantada en el altar? —se burla Hayden.

Cruzo la habitación y me pongo a su lado. Le apoyo la mano en el brazo y noto que se relaja imperceptiblemente al sentir mi tacto.

—Está bien, Hayd, déjale pasar...

Una sonrisa triunfante divide el rostro de mi ex, apenas iluminado por la luz de la entrada. Las sombras oscurecen sus rasgos y los endurecen considerablemente, con lo que su sonrisa parece más una mueca maligna. Tengo la impresión de que es un desconocido el que está frente a mí y esto me incomoda más de la cuenta.

¿Tyler siempre ha sido así? ¿Ha estado todo este tiempo interpretando un papel o yo estaba demasiado ciega para ver su verdadera personalidad?

Hayden se vuelve hacia mí y se me encoge el corazón al ver su mirada.

—Necesito saber por qué, Hayd... ¿Lo entiendes?

Asiente con la cabeza y, de mala gana, se aparta de la puerta para dejar pasar a Tyler. Entrelaza los dedos con los míos y los aprieta como en una súplica para que lo retenga a mi lado. Y por mucho que me gustaría con todas mis fuerzas borrar esos últimos cinco minutos, volver a nuestra burbuja en la que mi ex no existía y en la que solo importábamos nosotros dos, Tyler está aquí y no soporto seguir viviendo en la ignorancia.

Me debe una explicación. Me conformaría con cualquier motivo, incluso el más absurdo, porque prefiero que me cuente una milonga antes que seguir devanándome los sesos sobre por qué me dejó plantada en el altar.

Por eso, suelto la mano de Hayden, aunque enseguida me culpo por ello, y cuando se da la vuelta para salir de la habitación, me siento como si se llevara un trozo de mí con él. Muy a mi pesar y con el corazón encogido, cierro la puerta tras él.

—¿Qué haces aquí, Tyler? —pregunto, todavía dándole la espalda.

—¿Tú qué crees?

Me doy la vuelta para mirarle y me quedo helada. Tyler está a escasos centímetros de mí, devorándome con la mirada.

Me cago en mi vida.

Había olvidado lo hipnótico que podía ser a veces el azul de sus iris. Después de todo, le quería, o al menos creo que era amor, y los sentimientos no se esfuman de la noche a la mañana, ¿verdad?

—Creo que me voy a morder la lengua —respondo.

Intento sonar segura de mí misma, pero el titubeo de mi voz me delata y Tyler sonríe de inmediato.

—Ay, Blake, si me dejaras jugar con esa lengua tuya, te haría perder la cabeza... —susurra, rozándome el pómulo con las yemas de los dedos.

—Basta, Ty —contesto, apartándole la mano de un tirón.

Retrocede unos pasos, con una sonrisa de mierda en los labios.

—Te pones tan sexi cuando te enfadas... Tengo que admitir que esta noche estás especialmente guapa. Veo que el aire de las Bahamas te sienta bien.

Me recorre el cuerpo con las pupilas, en las que se ve un interés obsceno, y de pronto, recuerdo que no llevo nada más que una puta toalla que apenas me cubre los muslos desnudos. Sujeto la tela lo mejor que puedo sobre el pecho e intento disimular mi confusión en la medida de lo posible.

—Sigue así y te echo —le amenazo.

—Tranquila, Blake, no he recorrido miles de kilómetros para discutir.

—Entonces dime por qué has venido.

—¡Pero...! ¡Pues por ti, Blake! Sé que he cometido un gran error, pero necesito que vuelvas.

Abro la boca, pero me quedo callada como una tumba. Me dejó hecha mierda hace más de una semana, y ahora tiene los huevazos de aparecer y llenarse la boca con que me quiere de vuelta. Típico de Tyler. Está convencido de que solo tiene que chasquear los dedos para pegar los trozos de lo que él mismo ha destrozado sin pedir perdón. Ni siquiera soy capaz de ver si lo dice de corazón o no.

—Pues podrías haberlo pensado antes, ¿no crees? ¿Antes de salir corriendo de la iglesia, por ejemplo?

Tyler endurece sus facciones y enturbia la mirada.

—Blake...

Sacudo la cabeza.

—No, Tyler, no puedes presentarte aquí y decirme que nosotros dos aún tenemos un futuro.

Se pasa una mano por el pelo, claramente exasperado, antes de ponerse a andar, inquieto.

—Madre mía, ¿de verdad vas a echarme e ignorar la oportunidad de que hablemos las cosas?

Me muerdo el interior de la mejilla, intentando controlar la rabia que siento surgir en mi interior.

—¿Quieres que hablemos? Bien, espérame en la terraza mientras me visto.

—Eres consciente de que te he visto desnuda miles de veces, ¿no?

—Pues vamos a ahorrarnos una de más —respondo, tajante.

¹ *N. de la T.* Personaje sexi y lleno de carisma, pero también un pelín psicópata, que aparece en la serie de televisión *Crónicas vampíricas*.

² *N. de la T.* Siglas en inglés de *best friends forever*, o sea, mejores amigas por siempre jamás.

³ *N. de la T.* En inglés, «cuerpo».

Blake

Me pongo a toda prisa la ropa interior menos reveladora que encuentro y luego revuelvo el equipaje en busca de un atuendo decente, para acabar decidiéndome por una de las camisetas de Hayden, que me pongo por encima del último pantalón corto que me queda limpio. Su olor me envuelve de inmediato y eso me tranquiliza ligeramente. Me gustaría tanto tenerlo a mi lado... pero para eso, primero tengo que deshacerme de Tyler.

Me recojo el pelo aún húmedo en un moño descuidado, saco un refresco del minibar y salgo a la terraza, donde me espera mi exprometido. En cuanto los tablones del suelo crujen bajo mis pies, Tyler, que estaba apoyado en la barandilla mirando cómo las olas rompían contra las rocas, se vuelve hacia mí. Se detiene para observar la prenda que me queda un par de tallas más grande y tuerce su rostro angelical en una mueca de fastidio.

—Si querías hacerme daño, Blake, bravo, lo has conseguido y de la peor forma posible — comenta Tyler mientras se sube a la barandilla—. Elegir a uno de mis colegas para llevártelo de luna de miel, y encima, resulta que era mi padrino. ¡Eso sí que es lucirse!

Me siento con las piernas cruzadas en el columpio y le doy un buen trago al refresco antes de mirarle. No quiero entrar en su jueguito con el que pretende perjudicar a Hayden, ni tampoco justificarme ante él.

—Es más, si no me equivoco, creo recordar que lo odiabas... —continúa.

—Todos cometemos errores de juicio. Sin ir más lejos, yo pensaba que me querías.

—Y te quiero, Blake —añade.

—Y por eso me dejaste a mí, la mujer a la que amas, el día de nuestra boda. Muy romántico, Tyler —bromeo.

—Tú y yo no lo hemos dejado, Blake.

—¿Ah, no? Pues cualquiera diría que sí...

—¡Me asusté! —exclama de repente.

Me quedo sin habla un segundo. ¿Tyler, asustado? Es el tipo de tío que esconde sus sentimientos, sobre todo sus miedos, ¿y ahora, de repente, decide afrontarlos?

—Tú eras el que quería casarse, ¡y pretendes que me crea que, de pronto, te entró el miedo al compromiso y te rajaste?! ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando me di cuenta de que no vendrías? ¿Cuando estaba sola como una idiota en el altar, con mi precioso vestido blanco?

Furiosa, le lanzo la lata, pero por desgracia para mí, no doy en el blanco y el cilindro metálico estalla en el suelo. Tyler da un respingo por el impacto.

—¿Qué te pasa, Blake? ¡Estás como una cabra!

—Razón de más para que te largues —añado.

Se baja de la barandilla para sentarse a mi lado. Intenta cogerme de las manos, pero las aparto rápidamente antes de que pueda tocarme y retrocedo para poner distancia entre nosotros. Tyler se sobresalta, pero no se levanta y se limita a contestar:

—Veo que no lo entiendes, Blake: ¡no me iré sin ti!

Parpadeo un par de veces, pensando que quizá haya oído mal, y luego suelto una carcajada. Una risa nerviosa, más bien.

—Eres tú quien no lo ha entendido, Ty: es demasiado tarde.

—Espera... ¿Me estás diciendo que se ha acabado? Así que ya está, pasas una semana con ese —escupe como si fuera un insulto—, ¿y echas a perder lo que tenemos los dos? Tres años, Blake, te recuerdo que hemos compartido tres años de nuestras vidas. Espero que eso signifique más para ti que unos días con un tío que ni siquiera te tragaba. ¡No significas nada para él!

Ese ataque me va directo al corazón. A mi pesar, me llevo la hostia.

—Hayden no ha tenido nada que ver con mi decisión —contesto, con la voz ligeramente temblorosa—. Además, solo has venido aquí arrastrándote como un gusano porque tu ego se ha resentido, ¡de lo contrario, habrías venido mucho antes, y no justo después de enterarte de que tu amigo estaba aquí!

Tyler sacude la cabeza y se levanta, un poco nervioso.

—Cuando tu madre me dijo que habías volado a las Bahamas, estuve a punto de subirme al primer avión, pero estaba tan avergonzado por lo que había hecho que decidí quedarme en Nueva York. Pensé que necesitabas tiempo, y que cuando volvieras, podría explicarme y decirte cuánto lo sentía.

—Pues deberías haberme esperado en Nueva York, Ty.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¡Ni de coña iba a dejar que Hayden arruinara lo nuestro más de la cuenta! ¡No iba a permitir que tomaras la decisión equivocada!

Me levanto, furiosa. Estoy harta de escuchar sus gilipolleces, con las que, por cierto, acusa a Hayden porque es incapaz de asumir la responsabilidad de haberla cagado.

—¿La decisión equivocada? —repito—. Ty, Hayden no me abandonó, ¡tú sí! Deja de poner excusas, ¡el que la ha cagado eres tú!

Tyler deja de pasearse frenéticamente de un lado a otro y se planta delante de mí, con la mandíbula desencajada.

—Está bien. Piensa lo que quieras, Blake. Créete la versión que te dé la gana. Cuando te des cuenta de que el gilipollas de la historia no soy yo, adivina quién estará ahí para recoger los pedazos que queden de ti: yo. Lo tengo clarísimo.

Nada más terminar la frase, se saca el móvil del bolsillo, teclea algo que no soy capaz de distinguir en la pantalla y se lo guarda. Mi móvil, que aún sigue en la habitación, emite inmediatamente el característico *din* de un mensaje recibido.

—Si me necesitas, estaré en el *Embrace Resort*.

Con esas palabras, desaparece de la terraza, y yo acepto con alivio mi repentina soledad. Pero la tranquilidad me dura poco, porque cojo el móvil con un nudo en la garganta. Tyler me ha enviado un vídeo y, en cuanto pulso para reproducirlo, el corazón me late tan fuerte contra las costillas que cada latido me resulta doloroso.

Resoplo tan fuerte que el ruido podría despertar a los muertos. Me seco los lagrimones.

Mierda, joder.

Soy más tonta y no nazco. Pero ¿qué esperaba? ¿Que, tras el fiasco de mi vida amorosa, aparecería por arte de magia mi príncipe azul? ¿Que después de declararme su amor, viviríamos felices para siempre, acompañados de las risitas de nuestros peques?

Sí, definitivamente soy tontísima por creer, aunque solo sea por un segundo, que Hayden no es como los demás tíos.

Cierro los ojos, pero las imágenes parpadeantes del puto vídeo que me ha mandado Ty no se

esfuman de mi cabeza. Al contrario: veo a Hayden con una nitidez incomparable, así como a una *stripper*, con mucho mejor cuerpo del que yo nunca tendré, sentada en su regazo en la despedida de soltero de Tyler, la noche antes de nuestra boda. Todavía puedo oír su risa fundiéndose con la música electro del club, pero lo peor son las palabras que salieron de su boca. Esas malditas frases que se repite una y otra vez en mi mente, como en un disco rayado.

—*Joder, Tyler, no seas idiota: aún tienes unas horas para cambiar de opinión. ¿Te imaginas pasar toda tu vida con ella? Es Blake, colega. ¡Habría que estar loco para conformarte con esa chica!*

—*¡Basta, Hayd, estás más pedo que Alfredo! ¡Como sigas así, Tyler hará las maletas y se pirará mañana mismo!* —dice entre risas uno de los amigos de Tyler, cuyo nombre he olvidado.

—*¿Qué dices? ¡Pero si le estoy haciendo un favor! ¿Tú la has visto? Es... una cualquiera. Vale, tiene un culazo, pero eso no compensa su personalidad de mierda. Vamos, que es una chavala infumable.*

No sé lo que pasa en el resto del vídeo, porque no he tenido fuerzas para ver más. Cada vez que recuerdo esos segundos, siento como si alguien me clavara una daga candente en el corazón.

—¿Blake?

Una voz llena de preocupación repentina desgarrar un poco más el enorme agujero que se me ha formado en el pecho, al igual que los brazos que me rodean la cintura. Hayden aprieta su cuerpo cálido contra el mío y me desliza los dedos lentamente bajo la barbilla para levantarme la cara hacia la suya. Con el pulgar, me seca la lágrima que se me ha escapado de la base de las pestañas.

Ni siquiera me he dado cuenta de que ha vuelto a la habitación y, aunque me muero por perderme en sus brazos, me duele el alma y no puedo perdonarle lo que acabo de escuchar.

—Blake, dime qué ha pasado. Me estoy volviendo loco de no saberlo —gruñe.

Clava los ojos en los míos. Intuyo cierta determinación en ellos, pero no soporto que me toque. No después de haberme ridiculizado así.

—No me toques.

—¿Qué? Por Dios, Blake, ¿vas a contarme qué coño ha pasado con Tyler o qué? ¿Qué te ha hecho?

Intenta acariciarme la mejilla, pero lo detengo y me alejo de él. Me dirijo junto al cabecero, cojo un cojín y me aferro a él para protegerme.

—Él no es el problema, Hayd. El problema eres tú.

Hayden me mira sin comprender. Se agarra con fuerza a la estructura metálica de la cama y deduzco que está a punto de estallar.

—¿Yo? ¡No sé qué gilipolleces te ha estado contando, pero no te creas ni una palabra de lo que dice! —grita, mientras aprieta con fuerza la barra—. No dejes que esto nos afecte, por favor...

—No me hace falta crearme sus palabras. «Una cualquiera», «una personalidad de mierda», y ¿qué más? Ah, sí, «una chavala infumable». ¿Te suena de algo?

Saco el móvil del bolsillo antes de que pueda decir nada, subo el volumen al máximo y le planto la pantalla en la cara. En cuanto empieza el vídeo, Hayden pierde el color de la cara y tengo que obligarme a no romper a llorar mientras escucho de nuevo esas palabras.

—Blake, yo... —balbucea—. Estaba borracho y enfadado. Creía que iba a perderte para siempre. Todas las barbaridades que solté esa noche... No las decía de verdad.

—Pues mira, yo estoy convencida de que, en realidad, el alcohol te hizo escupir lo que tenías

grabadito en el corazón. Entonces, que yo me entere: ¿el objetivo era ponerle a Tyler la cabeza como un bombo para que se rajara de la partida y tú te llevaras el premio gordo?

Sacude la cabeza con tristeza y agacha la mirada.

—Me conoces, Blake, sabes que nunca haría algo así.

—No, en realidad, no te conozco en absoluto.

—Blake, te juro que esta semana has visto al verdadero Hayden, ¡no al idiota que no sabía cómo afrontar lo que sentía por ti!

Se levanta bruscamente y camina alrededor de la cama para acercarse a mí. Me arrebató el cojín de la mano y lo lanza a la otra punta de la habitación. Ni siquiera tengo tiempo de protestar: me agarra de las muñecas y tira de mí hacia él. Aplasta el torso contra mi pecho y hace que mi ritmo cardíaco se acelere hasta un punto preocupante.

—Entonces, ¿por qué siento que estoy viendo al tremendo gilipollas de siempre? —murmuro mientras le sostengo la mirada.

El azul de sus ojos me recuerda al del océano antes de la tempestad. Sus labios rozan los míos y su aliento me baña la piel.

—No lo hagas, Blake. No te atrevas a arruinar lo que hemos vivido tú y yo.

—La has jodido pero bien, Hayd...

De forma repentina, su boca choca con la mía en un beso áspero y amargo que amenaza con hacerme añicos el corazón. No entiendo por qué lo que siento es tan fuerte. Hayden me ha estado engañando desde el principio y no quiero sufrir más.

—Me has jodido en todos los sentidos —susurro con los ojos empañados por las lágrimas en cuanto nuestros labios se separan—. No quiero volver a verte.

Hayden

Llevo tres días de capa caída en mi piso. Tres días en los que se me revuelve el estómago cada vez que me meto en su chat, tres malditos días desde que me mandó a paseo sin ninguna explicación real, y desde entonces, he estado llorando como un crío. Ni siquiera me afectó la vuelta a casa en avión. Estoy anestesiado por el dolor que me corroe más y más a cada día que pasa.

Me siento vacío, insignificante y terriblemente necesitado. La necesito a ella: su piel, su perfume embriagador, su sonrisa maliciosa y sus réplicas, esas que la hacen tan irresistible. Blake Dawson se ha convertido en una droga insidiosa a la que me enganché el día que probé su piel. Sin ella a mi lado, mi vida me parece insípida y deprimente. Vago sin rumbo, como un yonqui: daría la vida por una dosis suya.

Ni siquiera he tenido el valor de deshacer la maleta, por miedo a encontrarme con infinidad de recuerdos dolorosos. Tampoco sé nada de Tyler desde que volví de las Bahamas. Ese puto ególatra ha conseguido arrebatarme, por segunda vez, a quien más quiero. Si yo no hubiera tomado la iniciativa de marcharme con Blake de luna de miel, él jamás habría tenido los cojones de ir a por ella.

¡Maldito cabrón!

Despanzurrado en mi cama, el tono del móvil me saca del duermevela de forma inesperada.

¿Y si es ella?

Con prisa, cojo el móvil sin mirar siquiera la pantalla y descuelgo.

—¿Diga? ¡¿Blake, eres tú?!

—¿Hayden Johnson? —pregunta una voz femenina un poco vacilante.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre? —tartamudeo, pasándome la mano por la cara, decepcionado por no tener a mi belleza morena al otro lado del teléfono.

—Buenos días, perdone que le moleste, le llamo de la Soho Photo Gallery.

—Buenos días.

—Verá, llevamos unos meses examinando de cerca su trabajo, desde que nos envió la solicitud para que sopesáramos su obra. Nos gustaría que participara en nuestra próxima exposición dentro de tres semanas. Le daríamos carta blanca para exponer lo que considere. ¿Le interesaría presentar varias fotografías?

—¿¡Cómo dice!? Sí... Sí, claro que sí —respondo con dificultad.

—Estamos deseando trabajar con usted. Le enviaré todos los detalles por correo electrónico. Hasta pronto, Hayden.

—De acuerdo, muchas gracias —tartamudeo, completamente aturdido por lo que acababa de ocurrir.

Dicho esto, cuelgo de repente. Se me acaba de ocurrir una idea brillante. ¿Y si esta exposición es lo que necesito para recuperarme y reconquistar a mi pequeña refunfuñona? Trabajar con esta galería de fotos es una oportunidad maravillosa. Puede que este sea un punto de inflexión en mi carrera.

Me apresuro hacia la mochila, saco la cámara y la enciendo, nervioso. Respiro hondo antes de contemplar el rostro de Blake iluminando cada una de las instantáneas.

¡He aquí mi exposición!

Después de coger carrerilla, hay que seguir adelante. Estoy decidido a demostrarle a Blake que la quiero a muerte y que la persona que vio en ese puto vídeo no era más que el Hayden frustrado, dolido y egoísta que no quería que fuera feliz con Tyler por el miedo a perderla. Sé que recuperar la confianza de Blake no será fácil, pero me niego a rendirme.

Llevo días trabajando sin descanso para seleccionar las fotos que voy a exponer y que mejor reflejan las emociones y la pasión que siento por ella. Mientras tanto, sigo llamándola, con la esperanza de que, por fin, me responda. Cada día es un calvario, un tormento que me inflijo a mí mismo mirando el móvil cada cinco minutos, esperando una señal suya. Pero nada. Desde hace casi dos semanas, lo único que oigo es el silencio y el vacío de su ausencia. Estoy exasperado.

Decidí ponerme en contacto con Tia para suplicarle que me diera noticias de Blake, pero fue fría como el hielo, de una forma casi insultante. Aún recuerdo lo que me dijo, palabra por palabra, con esa voz seca y despectiva que tiene:

«Hayden, la cagaste, asúmelo. Lo de intentar recuperarla ahora es patético. Blake no quiere volver a verte, así que deja de molestarla».

Me sentí roto, desamparado y furioso, pero me niego a tirar la toalla. No pienso olvidarla.

Por eso, aquí estoy, en la calle, como un pasmarote, con los ojos pegados a la fachada del edificio en el que Tia tiene una sesión de fotos con uno de mis conocidos. Tiré de contactos para conseguir un «encuentro fortuito» con la única persona que puede convencer a Blake Dawson de que me dé una segunda oportunidad.

Cuando veo entrar por la puerta a una belleza mestiza de rizos castaños, me abro paso entre la multitud, decidido a no perderla de vista. Pasado un ratito, Tia parece darse cuenta de que ando por aquí, y dada la expresión de su cara, deduzco que esto no va a ser un paseo en barca.

—Hola, Tia. ¿Tienes un hueco para que nos tomemos algo? Necesito hablar contigo —le digo sin perder ni un segundo.

—Madre mía, ¡otra vez tú no, por Dios! —replica con cara de desesperación—. De verdad que no tienes límites, Hayden.

—Por favor, deja que te cuente mi versión de la historia. Te prometo que si no te convenzo, no volverás a saber de mí —le suplico con ojos de cachorrito.

Tia me lanza una mirada asesina y suspira.

—Está bien... Cinco minutos, no más. Pero será mejor que seas sincero conmigo o te juro que te haré de tu vida un infierno, ¿está claro?

—¡Cristalino! Estoy dispuesto a arriesgarme —respondo, seguro de mí mismo.

Poco después, me siento en un bar de la zona frente a Tia, que me mira intensamente con sus iris verde esmeralda. Percibo cierta hostilidad hacia mí. Sé que está esperando a que diga algo fuera de lugar para echárseme al cuello.

No se puede negar que es una chica preciosa. Es encantadora y tiene un lado salvaje y exótico que te deja sin aliento. Pero hay algo oscuro y pétreo en sus ojos, como si hubiera sufrido y se esforzara por ocultarlo tras ese carácter impetuoso que suele echar para atrás a la gente.

En todo este tiempo, desde que la conozco, jamás la he visto cogida del brazo de alguien, o al menos no en plan serio. Los dos tenemos ese aire misterioso, ese semblante de rudeza que esconde heridas invisibles, frustraciones y sentimientos que no somos capaces de asumir.

Sé de lo que hablo: llevo tres largos años fingiendo.

—Te escucho, Johnson. Habla rápido. Mi tiempo es oro y no estoy segura de que te lo merezcas —dice Tia bruscamente.

Respiro hondo y comienzo mi monólogo con una sinceridad implacable:

—Me di cuenta de que me había enamorado de Blake el día que la conocí —confieso, con los ojos fijos en el suelo—. Por desgracia, Tyler no tardó en echarle el guante y empezaron a salir. Decidí no interferir para conservar nuestra amistad. Al fin y al cabo, no creía tener ninguna oportunidad con ella.

Tia, atenta, me mira con dureza, como animándome a seguir y acabar con esto lo antes posible.

—Pero ver a Tyler y Blake juntos todos los días ha sido una tortura para mí —digo, apretando los puños—. Estar presente cuando se besaban, cuando se mostraban cariño... Fui testigo de todo lo que siempre quise con ella y eso lleva años destrozándome. Y cuando me enteré de que se iban a casar, fue como si me asestaran el golpe final —digo con voz débil.

Tia permanece en silencio. Se limita a mirarme fijamente y escucha lo que le digo con interés.

—Has visto el vídeo, ¿no? Pues no muestra más que a un hombre triste y frustrado por haberle ocultado lo que sentía a la única mujer que ha amado —confieso—. Estaba como una cuba y el alcohol me hizo soltar todo el dolor que me oprimía el pecho. Me centré en sus defectos para así convencerme de que no era perfecta, de que no era la adecuada para mí. Se suponía que eso me iba a ayudar a pasar página de una vez por todas. ¡Pues no! ¡Todo lo que dije en ese maldito vídeo es mentira! Haga lo que haga, necesito a Blake. Es como si la llevara en la sangre.

Tia me sostiene la mirada un largo rato. Parece decidida a juzgar mi sinceridad, a sopesar los pros y los contras. Sin embargo, unos segundos después, su mirada cambia por fin y rezo para que en este momento me vea como lo que realmente soy.

—Ella también te echa de menos —dice con una sonrisilla de lado—, pero yo no he dicho nada, ¿está claro?

Baja la voz, como si temiera que alguien la escuchara.

Asombrado por lo que acaba de soltarme, no puedo evitar hacerle preguntas.

—¿En serio? ¿Y por qué no responde a mis llamadas, a mis mensajes? ¿Por qué se niega a hablar conmigo?

—Ey, calma —me interrumpe—. No soy quién para responderte. La pobre ya tiene bastante con Tyler. De todas formas, le has roto el corazón, chaval, así que espero que vayas en serio —suspira, juntando las manos sobre la mesa.

Hace una pausa y luego continúa en un tono más serio:

—Tienes suerte: Tyler jamás me ha caído bien y nunca he visto a Blake tan infeliz. Pero eso no me hace olvidar la imagen de mierda que tengo de ti, crack. ¡Te has portado como un gilipollas y te mereces sufrir un poco más! Dime qué pretendes hacer para compensarlo y veremos si estoy dispuesta a ayudarte.

Joder, se me encoge el corazón de tan solo pensarlo. Aun así, si quiero ganarme su confianza, será mejor que no le haga más preguntas sobre Blake...

La actitud de Tia ha pasado de ser la de una tigresa dispuesta a atacar a su presa a la de un gatito sacando las uñas. Ahora tan solo me queda convencerla, aunque es probable que su rencor hacia Tyler juegue a mi favor, y desde luego, no seré yo quien me queje de eso último.

Por eso, no dudo en contarle mis intenciones antes de que cambie de opinión.

—Dentro de una semana expondré por primera vez en la Soho Photo Gallery, y me gustaría que convencieras a Blake para que vaya. Puedes inventarte cualquier excusa, pero no le digas quién es el artista y propónselo un par de horas antes de la exposición para que no tenga tiempo de enterarse. Tengo el presentimiento de que, si descubre que soy yo quien anda detrás de todo esto, no vendrá.

—¿Una exposición? No es mala idea. ¿De qué va? —pregunta, todavía en tono neutro.

—De nuestro viaje a las Bahamas. Me he centrado en los retratos que hice a Blake. Quiero que vea a través de mis ojos.

—Eres un romántico, Hayden —Ríe—. Creo que todo esto le pillaré por sorpresa, pero conociéndola, quizá no en el buen sentido. En fin, crucemos los dedos para que salga bien. Bueno, eso será si acepto llevarla...

—Gracias por tranquilizarme, Tia. La verdad es que andaba buscando más razones para que cundiese el pánico —respondo con sarcasmo.

El tiempo pasa y yo sigo esperando noticias de Tia con impaciencia. Espero que acceda a convencer a Blake para que venga a mi exposición. Han pasado un par de semanas y he estado trabajando muy duro. Para mí, es esencial compartir este momento con la persona que más me importa del mundo.

He intentado entretenerme. Salgo de vez en cuando con algunos amigos para distraerme y despejarme. Quedarme en casa deprimido ya no es una opción. Ver a mi gente me hace bien, sobre todo porque no va conmigo lo de hundirme en la miseria. Suelo ser bastante alegre y me gusta estar de coña todo el rato. Pero en las últimas semanas me veo de bajón, algo que no es propio de mí.

Quitando a Tyler, mis amistades se reducen a colegas de profesión. Estoy sentado con ellos alrededor de una mesa en un pub exclusivo de Nueva York, tragándome mi segundo *whisky* como si no hubiera tiempo para saborearlo. No bebo para pasármelo bien ni para animarme a conocer a una chica que me haga olvidar a la que me obsesiona, sino para aliviar el dolor que me atormenta.

La música me embriaga, me envuelve, y el contoneo de una chica preciosa y morena en la pista de baile me recuerda demasiado al de quien me echó de su vida. Dulces imágenes de Blake, pegada a mí en nuestra ardiente bachata, resurgen de repente. Hipnotizado por los sensuales movimientos de la desconocida, me dejo llevar y avanzo hasta ella. Le paso el brazo por la cintura y le aprieto el torso contra la espalda. Ella no se zafa de mí, sino que me rodea la nuca con los brazos y, al frotar su cuerpo contra el mío, despierta mi deseo de inmediato. Cierro los ojos y deslizo la nariz en el hueco de su cuello, pero el olor a perfume barato me devuelve a la realidad.

¡Mierda! ¡¿Qué coño haces, Hayden?! ¡No es ella!

Me deshago de sus manos y salgo corriendo a tomar el aire para volver a la realidad.

Creo que me estoy volviendo loco sin ella.

Joder, Blake, te necesito...

Blake

—Has tomado la decisión correcta, amor.

Me crispo cuando Tyler me posa el brazo sobre los hombros. Me aparto de inmediato y camino hacia la cinta transportadora que se supone que debe devolverme la maldita maleta, pero que, obviamente, no se digna a aparecer.

El aeropuerto está abarrotado a principios de julio y me está entrando el sofoco, a pesar de que la temperatura no es tan alta como en Staniel Cay. Tyler sigue me sigue a todas partes y eso acentúa la desagradable sensación que me oprime el pecho,

Cuando vino a la habitación de hotel el día después de que Hayden se marchara, se mostró tan arrepentido y yo tenía el corazón tan hecho polvo que decidí darle (bueno, darnos) una segunda oportunidad.

Tyler tiene muchos defectos y no tengo problema en admitirlo, pero nunca me ha mentado. No como Hayden, a quien, pese a todo lo que hemos vivido en las islas, le importo una mierda. Y pensar que podría haberme enamorado de él... Pero al parecer, yo no era más que otro trofeo que añadir a su vitrina, para luego fardar.

Aun así, no puedo deshacerme de este puto pálpito que se me pega a la piel, el mismo que me invadió antes de que Tyler me dejara plantada en el altar. Ya sabéis, esa especie de Pepito Grillo que te susurra al oído: «Ay, cariño... La vas a pifiar de lo lindo».

Y aquí sigo, haciendo como si no fuera conmigo, porque en nada volveré a casa con Tyler. Me sacudo para librarme de esa vocecilla que llama con insistencia a las puertas de mi mente y me dispongo a coger la maleta, pero Tyler es más rápido y la intercepta por mí.

Parece que ahora va en plan caballero de brillante armadura y, por alguna razón, me saca de quicio. Tal vez porque no es algo muy propio de él y, teniendo en cuenta cómo suele comportarse, no le pega.

Le sigo con desgana por los serpenteantes pasillos del aeropuerto hasta llegar al exterior. Está lloviendo a cántaros y el horizonte se ha vuelto tan opaco que apenas puedo distinguirlo. Echo de menos el calor de las Bahamas: el sol acariciándome la piel, las aguas turquesas mojándome los tobillos...

Para. Deja de pensar en él.

Este viaje no ha sido más que un lapsus en mi vida que tengo que dejar atrás, sobre todo porque, todo sea dicho, el entorno gris encaja perfectamente con la melancolía que siento desde que despegué de Nasáu. Bueno, desde hace más tiempo, en realidad. Pero me niego a pensar en la causa de mi malestar.

Tyler abre la puerta de uno de los innumerables taxis aparcados a lo largo de la acera y me subo. El olor a cuero y tabaco revenido se me instala en la nariz, pero casi lo prefiero a la loción de afeitado de Tyler, una fragancia que ahora mismo me provoca náuseas. La lleva desde que le conozco, pero me acabo de dar cuenta de que me entran arcadas al olerla.

¿Qué otros aspectos de mí han cambiado en este viaje?

Tyler le da nuestra dirección al conductor, y durante todo el trayecto, que parece interminable, me obligo a mirar los inmensos y oscuros rascacielos neoyorquinos que se imponen tras la ventanilla salpicada de gotas de lluvia. Mientras tanto, mi acompañante mantiene

la nariz pegada a la pantalla del móvil.

Cuando gira la llave en la cerradura de nuestro piso, siento caer un manto plomizo sobre mí, como si llevara el mundo entero auestas. Y cuando paso al recibidor, mi estómago pasa a ser un bloque de hormigón. Tomé esta decisión en un bungalow en el corazón del Caribe y mi cuerpo está empeñado en hacerme saber que he metido la pata hasta el fondo.

Y además, de verdad.

Pero con Tyler ya sé lo que hay, y como él dice, no puedo echar a perder los tres años que hemos pasado juntos.

Aún sin mediar palabra, dejo caer una de las bolsas al suelo y me dirijo al dormitorio. Volver aquí después de todo lo que ha pasado en los últimos días es... extraño. Sin embargo, la habitación está exactamente como la recordaba: las paredes y los muebles siguen en ese monocromo beis que tanto me gusta, mi tocador está donde debe estar, aún repleto de joyas y accesorios de lujo, y las sábanas de la cama solo están revueltas de mi lado, tal y como las dejé. De hecho, lo único que parece fuera de lugar aquí soy yo.

Me quito la ropa empapada, la dejo caer sobre la alfombra y rebusco en la cómoda para encontrar ropa seca cuando siento que algo me roza la cintura. Me sobresalto al ver la mano de Tyler recorriendo la piel desnuda de mi vientre y su pecho presionándome la espalda.

Una serie de escalofríos recorren mi cuerpo, pero ninguno de ellos revela que esté excitada. Me doy la vuelta bruscamente y me llevo la camiseta al pecho para ocultar el sujetador. Pero Tyler no se aparta. Al contrario: sus dedos migran hasta mi mejilla y se cuelan en la parte trasera de mi cuello para agarrarme por ahí.

—Te he echado tanto de menos, Blake... —murmura contra mis labios.

—Ojalá me hubieras dicho cosas así antes...

Su rostro esboza una sonrisa encantadora.

—Soy un idiota. Me ha hecho falta perderte para darme cuenta, para valorarte...

De repente, me agarra la nalgua con fuerza para apretarme más contra él, y no puedo ignorar su deseo hinchándose contra mi muslo. Tyler llevaba semanas sin tocarme antes de nuestra boda, esa que se fue al traste, ¿y ahora apenas consigue contenerse a mi lado? Lo veo a punto de perder el control.

—¿Qué haces, Ty? —resoplo, apartándome de él.

—Solo intento recuperar el tiempo perdido... —responde, deslizando la mano bajo la tela de mis bragas.

Inmediatamente, me pongo rígida, un poco incómoda. Aun así, tengo el valor de girar la cabeza en cuanto sus labios se abalanzan sobre los míos. Hago presión con las manos en sus pectorales y lo empujo hacia atrás con firmeza y suavidad a partes iguales, para no hacerle daño.

—Lo... lo siento, Ty —tartamudeo—. Aún no estoy preparada.

Su sonrisa se desvanece y el azul de sus iris se vuelve tan gélido que se me eriza el vello del cuerpo. Temo que intente besarme de nuevo, pero en lugar de eso, decide soltarme, y suspiro aliviada. Al menos, hasta que me coge de la muñeca.

—¿Dónde está tu anillo? —pregunta con voz neutra y sin emoción, mientras me mira la mano izquierda.

Me sorprende su pregunta, y cuando me fijo en el dedo anular me doy cuenta de que se refiere al anillo de compromiso. Un anillo que tiré por voluntad propia para demostrarle a Hayden que no lo estaba utilizando para superar lo de Tyler.

Trago saliva con fuerza antes de soltar la bomba en un tono que esperemos que suene firme:

—Lo he perdido.

—Mi madre estará encantada... —contesta, burlón.

—Ya, bueno, tu madre siempre me ha odiado. Estoy segura de que no quería darte el anillo para que me lo pusieras en el dedo...

Aún recuerdo el día que conocí a la señora Lancaster. Nos invitaron a cenar, ya que los padres de Tyler estaban deseando conocer al gran amor de su hijo, y nuestra encantadora anfitriona se pasó la noche haciendo comentarios despectivos y condescendientes sobre mí. Yo no era lo bastante buena para su único hijo y estoy segura de que casi le da un infarto cuando anunció nuestro compromiso. Así que conseguir algo más que desprecio por parte de esa mujer es sencillamente inverosímil.

Me dedica una sonrisa cómplice, consciente de que no soy tonta.

—No importa, te compraré otro —dice, dejando caer mi mano en el aire.

¿Cómo?

—No hace falta —me apresuro a responder.

—Claro que sí. No me imagino a mi prometida sin un diamante en el dedo.

Me da un beso en la frente y sale de la habitación, no sin antes dedicarme una mirada cargadita de significado. Me estremezco cuando la puerta se cierra de golpe y, de repente, me siento atrapada en una jaula dorada.

Aprovecho mi momentánea soledad para darme una duchita caliente y ponerme ropa seca antes de recogerme el pelo. El reflejo que veo en el espejo no es el mejor. Las ojeras violáceas que se me han instalado bajo los ojos oscurecen el dorado de mis iris y me apagan la mirada. Mi piel ha perdido su brillo dorado y parece descolorida. Definitivamente, la vuelta a la realidad y la rutina no me está sentando bien...

Cojo el móvil de la cama y borro las llamadas perdidas y los mensajes de Hayden. Se me encoge más y más el corazón cada vez que elimino una notificación. Y sin embargo, aquí estoy, mirando la pantalla, indecisa a más no poder.

¿Y si...? No, Blake, tu corazón es demasiado frágil para dejar que jueguen con él.

El estridente sonido del timbre de casa me saca de mis pensamientos, que no dejan de vagar hacia un hombre al que debo intentar olvidar. Salgo de la habitación y corro hacia la entrada antes de que el loco que aporrea la puerta la tire abajo a base de golpes.

Me pregunto quién puede ser el responsable de semejante estruendo. También es verdad que antes de meterme en la ducha he pedido una pizza, que estoy deseando comerme para compensar lo mal que me siento. Sí, lo habéis adivinado: a diferencia de otros, que ahogan sus penas en alcohol, lo mío es la comida basura. Aun así, creedme: en esta ciudad, ningún repartidor es tan rápido.

Apenas he tenido tiempo de quitar el pestillo cuando la puerta se abre de golpe para descubrirme a Tia. Está como si se hubiera tomado cuatro Red Bulls. Ni siquiera me da un segundo para hacerme a un lado: mi amiga salta a mis brazos y por poco perdemos el equilibrio.

—¡Ay, mi chica! —exclama con una voz tan chillona que me rompe los tímpanos—. ¿Por qué leches no me has mandado un mensaje con la hora a la que llegabas? ¡Habría ido a por ti al aeropuerto!

—Y me habrías traído hasta aquí en tu coche imaginario, ¿no?

Me despego del efecto ventosa de mi amiga y la miro de pies a cabeza, asombrada. Tia es un tesoro, una belleza indomable que tiene el don de volver sosa a cualquier mujer que se atreva a ponerse a su lado. La mayoría de las veces, la que hace de segundona soy yo, pero no podría importarme menos. Tia es mi mejor amiga y me alegra tanto encontrarla en mi puerta que se me sale el corazoncito de felicidad.

—Muy gracioso, Blake, veo que no has perdido tu sentido del humor. Ya sé que no tengo coche. Habríamos cogido un taxi y así, al menos, no te habrías sentido tan sola. ¿Cómo vas?

En cuanto la dejo pasar, me examina desde todos los ángulos para asegurarse de que estoy de una pieza, y no puedo evitar reírme con esta inspección suya. Sin embargo, de repente, se detiene, con la mirada fija en un punto por encima de mi hombro.

—¿Qué coño hace este aquí?

La expresión de su cara solo puede significar una cosa: que Tyler está en la habitación. A Tia nunca le ha gustado, por decirlo de forma eufemística, y por eso decidí omitir algunos... detalles de la historia.

—Yo también me alegro de verte, Tia —bromea Tyler—. En verdad, para qué mentir, me está saliendo urticaria solo de verte la cara.

Le dedica una sonrisa infantil que distorsiona su bello rostro. Suspiro y me preparo mentalmente para hacer de barrera de contención entre estos dos testarudos.

—Me encantaría charlar contigo, Tia —añade—, pero no pienso darte el placer de disfrutar de mi agradable compañía. Tengo que ir un segundo a la oficina. No tardaré.

Dicho esto, Tyler me besa en la comisura de los labios, coge una chaquetilla y sale dando un portazo.

Cuando vuelvo a centrar la atención en mi mejor amiga, veo una expresión de ira absoluta en su rostro. Está claro que no me voy a librar de una buena. Su tono hostil me lo confirma:

—¿No tienes nada que decirme?

—Maldita sea, Blake, ¿por qué actúas sin pensar? —me regaña Tia.

Coge una porción de pizza de la caja de cartón que hay entre nosotras en el sofá, la muerde y la escupe inmediatamente.

—¡Puaj! —exclama asqueada—. ¿Cómo puedes comerte eso? La piña se corta a rodajas para los cócteles, ¡no para echársela a una puta pizza!

—Que yo sepa, nadie te obliga a comer...

Como respuesta, me saca la lengua y deja el trozo antes de beberse de un trago un vaso de refresco *light*. Para mí, la pizza hawaiana está claramente infravalorada.

—Bueno, ¿vas a explicarme de una vez por qué uno de los dos cabrones está viviendo en tu casa? Te aseguro que el nivel de absurdo de esta situación está rozando lo estratosférico...

Pongo los ojos en blanco, asqueada por tanta exageración.

—Tyler es la elección más lógica, Tia —digo, agotada.

Ella niega bruscamente con la cabeza.

—Tyler es un gilipollas —me corrige mi amiga—. ¿Tengo que recordarte que convirtió el mejor día de tu vida en una puta pesadilla?

—Se ha disculpado. Me ha prometido una buena vida a su lado.

—¿Una buena vida? ¡Tía, Blake, que tienes 23 años! ¡Suenas como un ama de casa de

mediana edad! Tendrás otras aspiraciones en la vida aparte de pasarte los días con ese imbécil, ¿no?

Dejo la porción de pizza y exhalo.

—Mi carrera no durará para siempre. ¡Yo no soy tan famosa como tú! En cuanto mi culo esté tan arrugado como una pasa, adiós a Blake. A Tyler lo van a hacer socio del bufete, así que ya sé lo que me espera con él y...

Mi mejor amiga me mira fijamente. Una expresión furiosa sigue impregnando sus facciones.

—¿Y qué? En serio, Blake, para. Eres infeliz con ese tío. Nunca debería haber dejado que te lavara el coco así. ¡Y menos cuando te pidió que te casaras con él!

—No soy infeliz —replico con toda la convicción de la que soy capaz.

—Ah, ¿no? Mírate, se te nota que rebotas felicidad... —dice, burlona—. ¿Y qué pasa con Hayden?

Me quedo helada al oír su nombre.

—¿Con Hayden? —repito, con un nudo en la garganta.

—Si eras tan feliz con el imbécil que corretea por tu piso, ¿por qué aceptaste que Hayden fuera a las Bahamas contigo? Y lo que es más importante, ¿por qué te acostaste con él? ¡Y repetiste, guapa!

Suspiro, cansada de esta conversación, aunque no ha hecho más que empezar.

—Tía...

—¡Solo intento abrirte los ojos! No te habrías enamorado tan fácilmente de Hayden si realmente quisieras a Tyler...

—No me he enamorado de Hayden —objeto, obstinada.

Tía me mira con los labios fruncidos. Sus intensos iris verdes están teñidos de una profunda exasperación.

—Ya, claro que no... Has recuperado tu vida, a tu novio, si es que se le puede llamar así, y sin embargo, nunca te había visto tan triste. En fin, siento mucho que Hayden sea un gilipollas, Blake. Te mereces a un chico de los buenos.

Los días pasan, ineludibles, y no consigo llenar el agujero que tengo en el pecho, que no hace más que crecer. Cuanto más tiempo pasa, más convencida estoy de que Tyler y yo estamos condenados al fracaso. No soporto cuando me toca, ni siquiera cuando me besa o me acaricia. Es un rechazo visceral, que me sale de las entrañas. Cuando llega la noche, cierro los ojos y sueño que las manos de otra persona recorren mi cuerpo.

Por mucho que intente olvidarle, ignorar sus llamadas, no puedo hacerlo. Tengo que afrontar la realidad: ese chaval se ha adentrado en mi piel, me ha calado hasta los huesos.

Te odio, Hayden Johnson.

—Joder, Blake, ¡ya estoy harta de esa cara tan larga! Han pasado tres semanas. Tres semanas desde que volviste de viaje, ¡así que ya es hora de que vuelvas a ser tú! —berrea Tía mientras rebusca en mi armario.

Levanto la cabeza perezosamente ante el torbellino furioso que hace volar mi ropa por la habitación.

—¿Y qué propones? ¿Tienes una poción mágica para estas ocasiones?

—No hay poción que valga, tan solo una noche de chicas —responde, volviéndose hacia mí.

—Tia... No estoy de humor para salir.

Me enfurruño en la cama y me tapo con la sábana hasta la barbilla, pero Tia me destapa de golpe.

—Le prometí a uno de mis amigos que nos veríamos en una exposición de fotografía esta noche, así que te vienes conmigo.

—¿Y si no quiero ir?

—Te agarraré de ese culito precioso y te arrastraré hasta allí a la fuerza —responde con una sonrisa rapaz en los labios.

Un pajarito me dice que no cederá, así que me rindo. Después de todo, una salida no debería matarme, ¿verdad? Aunque no me entusiasma la idea de ir a un sitio que me recuerda a Hayden...

—Oye —intento decir en tono relajado—, ¿y si vamos al cine?

Tia deja de inspeccionar mi armario y se planta delante de mí, con los brazos en jarras.

—Ni hablar. ¿Te imaginas que yo tuviera que evitar todos los lugares que me recuerdan a los tíos con los que me he acostado?

Sí, me lo imagino.

—Anda, ponte esto. Ahora me las apañaré con esa jeta que me llevas —continúa, autoritaria.

Rechisto con fastidio, pero la obedezco de todos modos y salgo de la cama a regañadientes para ponerme la ropa que ha elegido para mí.

Me tambaleo sobre los tacones y bajo la tela del vestido todo lo que puedo sobre los muslos desnudos.

—¿Hace falta ponerse tan sexi para una exposición?

—¡Pues sí, amiga! Alégrate de que no te haya tirado esos horribles pantalones de chándal, que son tres tallas más grandes que tú.

Me río de su expresión horrorizada, que se desvanece en cuanto se abre la puerta del piso y entra Tyler. Vuelve del trabajo, vestido con su traje negro a medida y su cartera. Sus ojos se detienen en cada parte de mi cuerpo, especialmente en mi escote.

—Por un momento pensaba que te habías arreglado para mí, nena... —dice, mientras deja caer el maletín junto al perchero—. Pero como está aquí tu amiguita, supongo que no es el caso.

Dirige una mirada fulminante a Tia, que hace lo mismo a su vez.

—Pues sí, me temo que para ti no es —responde mi amiga, burlona—. Si no te importa, nos están esperando.

Ella da un paso adelante, pero Tyler apoya el brazo en el montante para impedirle el paso.

—¿A dónde te la llevas? —le pregunta, apretando la mandíbula.

Ella pone los ojos en blanco.

—A una exposición de fotografía. ¿Estás contento ya? ¿Crees que podrás sobrevivir unas horas sin ella?

La voz de Tia rezuma un sarcasmo que Tyler capta a la primera. Él esboza una sonrisa horriblemente falsa.

—No creo que pueda aguantarlo —le asegura en el mismo tono—. Además, una escapadita me vendrá muy bien después de un largo día de trabajo...

Se me tensa el cuerpo y la ansiedad se apodera de mí. Tia y Tyler son capaces de provocar el apocalipsis y la velada podría convertirse rápidamente en una pesadilla.

—Ty... —digo, intentando calmar la explosiva situación.

—¿Qué pasa, Blake, no quieres que vaya?

—Venga, va —cede Tia antes de que pueda replicar—, vente si quieres. Pero te aseguro que te arrepentirás de haber puesto un pie en esa galería.

Con esas palabras tan crípticas, Tia nos invita a seguirla y, en ese mismo instante, me entra otra vez el palpito, señal inequívoca de que esta va a ser una noche infernal.

Hayden

Desde hace una hora, el estrés me desborda. No paro de andar de un lado a otro de la exposición para comprobar que todo está perfecto. Las fotos son sublimes, y el rostro de Blake resplandece en cada una de ellas. En unas cuantas, las chiribitas doradas de sus iris destacan aún más y le confieren el aura de una diosa de otro mundo. Cada vez que miro las imágenes, se me hunde el corazón de amargura. Espero que Tia traiga a Blake; de lo contrario, todos mis esfuerzos serán en vano y el paripé de la inauguración no habrá servido para nada.

La estructura de la exposición es peculiarmente acertada: un laberinto de paneles suspendidos en medio de la galería, que obliga a los visitantes a seguir un recorrido exacto en lugar de a verlo todo de golpe. Esta disposición también me permitirá no encontrarme cara a cara con Blake nada más llegar. Así, se dará cuenta de que soy el artista expuesto cuando descubra sus retratos y los hechizantes paisajes de las Bahamas que adornan todas las paredes.

Con estas fotos, le abro mi corazón y expreso todo el amor que siento por ella y la forma en que la miro. Si, cuando Blake las vea, aún no lo entiende, asumiré que lo que vivimos juntos en las Bahamas fue una ilusión, una forma de escapar de su dolor, o incluso de vengarse de ese egoísta de Tyler. Irse de luna de miel con el amigo de su exprometido y acostarse con él: ¿qué mejor manera de hacérselo pagar?

¿Por qué me ha dado por pensar en eso ahora?

No tiene sentido devanarse más los sesos con gilipolleces. Tengo que demostrarle mi sinceridad para que se olvide de este puto vídeo que me recuerda lo gilipollas que fui con ella. Al fin y al cabo, esa es la faceta mía que conoce de verdad. Apenas ha tenido tiempo de descubrir al hombre que soy en realidad, el que está loco por ella y por su temperamento fugaz, el que haría cualquier cosa por verla sonreír y hacerla feliz. Ahora solo me queda convencerla de que me dé una segunda oportunidad.

He decidido arreglarme para la ocasión. Llevo un pantalón de traje negro y una camisa gris marengo con los que luzco mi musculosa figura. Si voy a recuperar a Blake, será mejor que saque la artillería pesada para reconquistarla.

Ultimo los detalles con los organizadores de la velada y Linda, la galerista. Todos alaban mi trabajo. Se nota que les entusiasma mi obra y eso me da esperanzas. Puede que surjan nuevas oportunidades después de la inauguración. Bueno, al final, puede que todo no esté perdido...

Los presentes se afanan en los últimos preparativos. El servicio de cáterin acaba de traer los arreglos de pastelería y los camareros los colocan en las numerosas mesas y veladores que se han dispuesto por toda la sala. Algunos de ellos se encargan de llenar las copas de champán para que todo esté listo. Nuestros invitados deberían llegar en cualquier momento. Todo está preparado para que este evento sea un éxito. A pesar de la tensión en aumento, estoy impaciente por compartir mi trabajo con el público, y especialmente con ella. Estoy deseando volver a verla y mostrarle lo mucho que significa para mí a través de estas fotos.

La noche ha llegado a su punto álgido. Numerosas personalidades del mundo del arte, así

como mis compañeros y amigos, han asistido a mi primera exposición. Han venido todos. Bueno, casi. Por desgracia, la única persona que falta es la que más me importa. No puedo evitar mirar el reloj cada poco, ni tampoco dirigir la vista a la entrada de la galería, esperando a que llegue Blake. Compruebo el móvil por enésima vez, para comprobar si Tia, que tampoco ha hecho acto de presencia, me ha escrito.

¡Joder, se me va a ir la pinza!

Linda me hace señas para que me reúna con ella delante de uno de mis retratos favoritos. Me acerco a ella con una sonrisa, feliz de ver que mi trabajo está causando sensación. Un hombre está de pie junto a ella, con los ojos fijos en el marco en cuestión. Linda me lo presenta y me dice discretamente que es un conocido crítico de arte. Me siento halagado y honrado de hablar con él sobre mi técnica y aquello que me inspira.

Mientras hablamos, noto un revuelo a mi alrededor y veo a Tia a lo lejos, empujando a los invitados para abrirse paso hacia mí. Mi corazón palpita de emoción al darme cuenta de que al final ha accedido a venir, pero se me forma un nudo en la garganta cuando se hace evidente que está sola. No hay rastro de Blake. Me disculpo ante el crítico y me dirijo a ella. Noto la tensión disparándose en mí.

—¡Dios, Hayden! ¡Te he buscado por todas partes! —grita con urgencia.

—No ha venido, ¿verdad? —pregunto, preocupado.

—Claro que ha venido, pedazo de imbécil. El problema es que no está sola. Quería avisarte antes de que esta inauguración se convierta en un cuadrilátero —explica, haciendo una mueca.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que no está sola?

—Tyler se ha unido a la fiesta. Quería ser yo quien te lo dijera —suspira.

¿Qué?

El universo me ha regalado el peor escenario posible.

—¡Joder, nunca se cansa de tocar los huevos! —gruño—. ¿Y cómo ha reaccionado cuando ha visto las fotos?

—Dejaré que lo averigües tú mismo —dice con un toque de ironía antes de avanzar con prisas hacia donde están Blake y Tyler, entre la multitud.

Me escabullo discretamente hacia la entrada. Tengo cuidado y me escondo detrás de los carteles para observarla sin que sospeche.

Ahí está, más resplandeciente que nunca, con un vestido que acentúa su cuerpazo. La admiro y me empapo de esa visión que tanto había echado de menos. Al contemplarla, siento una dulce euforia que llena el vacío que me asfixia desde hace semanas. Su presencia en la misma habitación que yo es como un soplo de aire fresco. Blake es el oxígeno que necesitan mis pulmones. Se me acelera el corazón y espero ansioso su reacción.

Examina todas las fotografías con interés y se toma su tiempo para apreciar los detalles. Está seria y concentrada, pero su rostro revela cierta emoción. Se detiene frente a cada retrato y lo observa largo y tendido, como si intentara descifrar los secretos íntimos que allí se esconden.

A medida que avanza la visita, dibuja una sonrisilla en los labios y se le iluminan los ojos. Se queda más tiempo delante de algunos marcos, cautivada por la belleza y el misterio que emanan de ellos. A veces parece a punto de llorar, como si las fotos le evocaran recuerdos intensos y conmovedores. Pero a pesar de todo, nunca se aparta de las fotografías. Parece dispuesta a captar su significado.

De repente, se detiene ante una de ellas y la contempla con especial atención. Fija las pupilas

en la única foto en la que aparecemos juntos, sonriendo y mirándonos con una complicidad que atraviesa el objetivo, la única prueba del vínculo indestructible que ahora nos une.

Escruta los pequeños detalles y, para mí, el tiempo se detiene. Me pregunto qué sentirá ahora mismo, frente a esta fotografía que parece fascinarla. Esa imagen cristaliza nuestra historia, nuestra amistad y mucho, mucho más. Varios asistentes la miran con interés, otros parecen reconocer a mi musa entre las fotografías de la exposición y la señalan. Entonces veo que Tyler se acerca a Blake con una copa de champán en la mano y el rostro tenso por el desdén. En un gesto posesivo, abraza a Blake por los hombros como si quisiera marcar su territorio.

Al observar esa escena, me siento como si me clavarán un puñal en el corazón. Necesito hablar con Blake, pero teniendo en cuenta que Tyler es una lapa, va a ser complicado.

Intentando que no me vean, me acerco a uno de mis colegas, con la esperanza de que mantenga a Tyler a raya el tiempo suficiente para que yo pueda acercarme a Blake en paz. Tras un par de minutos que se me hacen interminables, Tyler decide por fin alejarse de mi pequeña refunfuñona y pasarse a saludar al grupo de amigos con los que solemos salir. Con eso, me da vía libre para reunirme con mi chica. Avanzo silenciosamente entre los paneles y me paro justo detrás de Blake, a punto de rozarle la piel. Aún no ha detectado mi presencia.

Me inclino sobre su hombro y le susurro al oído:

—Espero que te esté gustando la exposición...

Ella da un grito de sorpresa, se gira bruscamente y se me queda mirando con los ojos brillantes. En ellos se refleja una multitud de sentimientos que no consigo descifrar.

—Hayden... —murmura, escrutando mi rostro como si fuera la primera vez que lo viera—. ¿Qué es todo esto? Estas fotos mías, de nuestro viaje...

Suspiro y le pregunto, molesto:

—¿De verdad sigues sin entenderlo?

No le doy tiempo a responder y la cojo de la mano para llevarla a la parte trasera de la galería. Abro el despachito de Linda y entro a toda prisa con Blake para alejarnos de los demás.

En cuanto cierro la puerta tras ella, la empujo contra ella, y le coloco las manos a ambos lados de la cara. Nuestros cuerpos se rozan y nuestra respiración se vuelve caótica. De repente, se respira la tensión.

—Maldita sea, Blake, ¡me vuelves loco! ¿No lo entiendes? Quería demostrarte que lo que vivimos en las Bahamas no fue algo pasajero para mí. ¡Te deseo de una forma que ni te imaginas! ¡El ansia me está matando! Me he vuelto adicto a tu piel, a tu olor, a tu sentido del humor de mierda, a tu mordacidad. Sí, lo sé, es de locos, sí, ¡pero es que así me tienes, Blake, loco perdido! Estas putas fotos reflejan todo lo que siento por ti, así que... ¿Cómo puedes seguir dudando de mí, de mis sentimientos?

Blake permanece atónita, con los ojos velados por un torrente de lágrimas que está a punto de derramar.

—No puedo hacerlo, Hayden... Estoy con Tyler —dice, resignada, entre suspiros.

En sus palabras percibo que se ha rendido. La Blake combativa, única e irrepetible, ha desaparecido en favor de la Blake desolada, perdida y empantanada en una relación Tyler. Perplejo por la noticia, no puedo evitar preguntarle al respecto:

—¿Has vuelto con ese cabrón al que no se le ocurrió nada mejor que dejarte plantada en el altar? ¿Se ha dignado a decirte al menos por qué? ¿Y qué hay de mí? ¿Ya me has olvidado? Dime que no has pensado en mí desde que me fui, ¡júrame que no has soñado con estar en mis brazos en vez de en los Tyler! ¡Maldita sea, dímelo y te prometo que te dejaré en paz!

—No puedo, Hayden —repite Blake con voz temblorosa.

—Bésame. ¡Bésame y dime que no sientes nada!

—Hayd, yo no...

—Me lo debes, Blake. ¿Recuerdas aquel día, en la isla de los cerditos, cuando me prometiste que harías lo que quisiera? Pues aprovecho para pedirte: bésame aquí y ahora.

Blake parece querer luchar con todas sus fuerzas, como si temiera descubrir la verdad, esa que tanto se esfuerza por reprimir.

—Por favor, solo un beso... —susurro contra sus labios, que están pegados a los míos; tanto que siento su aliento en mi boca.

Ella deja de respirar durante unos segundos y se queda quieta. Su pecho se eleva cada más deprisa y el dorado de sus ojos se convierte en un brillo centelleante, como la lava fundida. Percibo la confusión en su mirada. Estos largos segundos de vacilación se me hacen eternos.

De pronto, me rodea con los brazos con una lentitud casi hipnótica y, por fin, aprieta su boca contra la mía con ternura y delicadeza. De repente, se desata la pasión y, entre gemidos, entreabre los labios para atrapar mi lengua y devorarme con ardor. Me invade un ardor febril mientras ella se frota enérgicamente contra mí. Mi miembro, palpitante de placer, se excita con su contacto. La levanto para acceder a sus magníficas nalgas, que palpo frenéticamente mientras la alejo de la puerta. Jadeamos y gemimos de placer; nuestro roce alcanza nuevas cotas de intensidad. Blake arde al sentir mis caricias y me suplica que la toque más.

Exploro su cuello con la boca y voy mordisqueándolo. A mi paso, le dejo marcas por la excitación. Le lamo la piel a lo largo de la clavícula hasta llegar al hombro y, con las manos, exploro su cuerpo. Mis labios descienden hasta su escote, y allí hundo la nariz entre sus dos globos esponjosos, cuyo aroma inhalo como un yonqui que ansía una dosis. No puedo evitar morderle los pezones a través de la fina tela de su vestido. Blake gime de embriaguez. La tumbo con fuerza sobre el escritorio. Nuestros cuerpos sucumben a una fogosidad que todo lo consume. Siento el calor asfixiante cuando se aferra a mí y ondula el cuerpo con gracia.

—Dios, Blake... Si supieras cuántísimo te deseo... —gruño contra sus pechos, incapaz de controlarme.

—Cállate y bésame —me exige con un tono sobrecogido que me hace perder la noción del espacio y el tiempo.

Tiene la voz ronca, llena de deseo, y me atrae como un imán hacia su boquita deliciosa. Vuelo hacia sus labios, donde nuestras lenguas se entremezclan. Nuestros cuerpos se presionan, nuestros alientos calientes se mezclan en un remolino apasionado. Es como si estuviéramos solos en el mundo. Dominados por el frenesí, apenas nos damos cuenta de que la puerta se abre de repente. Al otro lado, Linda nos mira, desconcertada.

Blake se levanta inmediatamente del montón de carpetas esparcidas, víctimas de nuestro tórrido encuentro sexual. Lleva el pelo enmarañado y el vestido completamente subido por encima del vientre.

En cuanto a mí, estoy medio despeinado, con la camisa prácticamente abierta, y me cuesta soportar la cara de incomodidad de la propietaria de la galería.

—¡Hayden! ¿Pero qué...? —tartamudea Linda, conmovida por la escenita que ha presenciado.

Blake se aparta de mí tan rápido que casi me quedo sin habla. Se recoloca apresuradamente el vestido, echa a correr y se dirige a Linda:

—Lo siento —balbucea, confusa, antes de salir por patas.

Me vuelvo hacia Linda, que me mira con severidad.

—Debería ser más prudente, Hayden —me regaña—. Este no es lugar para algo así. Lo que acabo de ver dista mucho de ser profesional.

Estoy tan avergonzado que no sé por dónde empezar, pero aun así, me dispongo a perseguir a mi pequeño torbellino, que me ha dejado allí solo, con una erección infernal.

Corro tanto que me da tiempo a ver a Blake saliendo de la galería, con Tyler pisándole los talones.

¡Me cago en todo, joder!

Blake

No dejo de correr hasta que salgo de la galería. La fresca brisa del atardecer me da el oxígeno que necesito desesperadamente. Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el cielo de ébano teñido por el pálido resplandor de las farolas. Inspiro y espiro varias veces, incapaz de calmar los latidos irregulares de mi corazón.

Volver a ver a Hayden ha sido... en fin, no sé. De lo que estoy segura es de que no esperaba experimentar todas esas sensaciones en sus brazos. Es como si el tiempo que hemos estado separados no hubiera cambiado en absoluto lo que siento por él.

Me llevo los dedos a los labios hinchados, en los que aún noto el sabor de Hayden.

«¡Bésame! ¡Bésame y dime que no sientes nada!».

En cuanto dijo esas palabras, sentí que estaba jodida. No debería haber cedido, no debería haberle besado, pero me lo pidió, ¡casi me lo exigió! Dudé mucho tiempo antes de hacerlo, porque lo deseaba. No recuerdo haber deseado nunca tanto a nadie.

Cierro los ojos e, inmediatamente, su mirada incandescente, que hace que me derrita en un par de segundos, se dibuja en mi mente, al igual que su cuerpo duro y musculoso apretándose contra el mío, y nuestras bocas chocando entre sí, como si ansiara devorarme...

—¡Blake!

Me estremezco violentamente cuando una voz de hombre grita mi nombre. No me hace falta girarme para saber a quién pertenece.

Tyler...

—¿Puedes explicarme qué es esta mierda? —vuelve a gritar, furioso, mientras llega hasta mí.

Me giro hacia él lentamente, ignorando a los transeúntes que nos miran, probablemente sorprendidos por la agresividad que emana de su tono.

—Una exposición —respondo con una pachorra olímpica.

Casi me asombro a mí misma.

—No me toques los huevos, anda. ¿Qué quieres, humillarme?

—¿Humillarte? —repito sin comprender.

—Todas esas fotos tuyas, hechas por un tío que no soy yo, ¿no te parece humillante? ¡He quedado como el cornudo de turno delante de todos mis colegas esta noche! Olé tú, Blake, me has arrastrado hasta aquí para poder vengarte, ¿verdad?

—¿Vengarme? —exclamo, estupefacta—. Se te ha ido la olla, Ty. Fuiste tú quien insistió en venir, a pesar de que Tia intentó disuadirte...

Tyler se acerca, y en la penumbra, su expresión poco afable se vuelve casi amenazadora.

—Sí, venga, hablemos de esa zorra. Apuesto a que está disfrutando como nunca de la situación y no ha dudado en comerte el coco. Nunca le he caído bien. Y tú, que eres tontita, te has dejado convencer, ¿a que sí?

Ay.

Toma golpe. Me ha hecho daño. Si me hubiera abofeteado habría causado el mismo efecto en mí.

—Te estás pasando, Ty —gruño, intentando ocultar el hecho de que sus palabras me están destrozando.

—¿Ah, sí? Dime dónde andabas hace un rato, Blake. Y no te atrevas a mentirme; sé que estabas con él.

Pronuncia esa última palabra con semejante desprecio que la animosidad se hace tangible.

—¿Crees que soy tan cortito como para no darme cuenta de lo que pasó en las Bahamas? ¿Crees que porque no dije nada no sé que estuvisteis follando? Y mírate ahora... —continúa, mirándome de pies a cabeza con ostentoso desprecio—, ni siquiera tengo que preguntarte para confirmar que te has estado restregando con su paquete.

Aprieto los puños para intentar controlar la rabia que llevo dentro. Me clavo las uñas hasta arañarme la palma, pero no eso no basta para calmarme. Solo con verle, con tener su cara delante, me dan ganas de pegarme un tiro. Cada palabra que sale de su boca es un hachazo directo al estatus de intocable que se ha esmerado en mantener en los últimos tres años. Ahora veo al hombre vil que intentaba ocultarse tras las apariencias.

¿Cómo pude enamorarme de este chaval? ¿Cómo pude darle una segunda oportunidad?

—Creo que, en verdad, lo que te cabrea es que otro hombre haya sido capaz de desbancarte en apenas unos días. Cuando me miras, no veo ni una pizca de emoción en tus ojos, Ty, nada. Y me pregunto cómo no me he dado cuenta antes. Hayden y tú sois tan diferentes que...

—Cállate de una vez, Blake —resopla, presionándome la mandíbula con la palma de la mano—, ni una palabra más sobre ese gilipollas.

Trago saliva con fuerza. El pulso me late tan fuerte en las venas que es como si a mi alrededor solo se escuchase el palpito de mi propia sangre. Tyler jamás se había comportado así conmigo y me da miedo esta versión suya. La detesto.

—Vale —me rindo—. ¡Hablemos entonces de por qué no consideraste oportuno presentarte en la iglesia! Y por favor, no me vengas con gilipolleces esta vez. Merezco saber la verdad, no me vengas con historias de tu puta angustia existencial.

Tyler me mira un segundo antes de soltarme. Me acaricio las mejillas doloridas y retrocedo unos pasos.

—Está bien. Te dejé plantada en el altar porque todo esto ha ido demasiado lejos —dice, encogiéndose de hombros.

Parpadeo un par de veces por la incomprensión.

—¿Todo esto?

Tyler dibuja una sonrisa ladina, el tipo de sonrisa que me indica que no me va a gustar lo que tiene que decirme.

—¿Quieres la verdad, Blake? Pues aquí la tienes: lo nuestro ha sido una farsa. Conozco a Hayden desde el instituto y siempre ha habido un poco de rivalidad entre nosotros, sobre todo cuando se trata de chicas. Lleva toda la vida siendo un mujeriego, y tengo que admitir que me lleva años de ventaja. Así que cuando me dijo que estaba enamorado de ti, pensé en divertirme un poco tirándote la caña delante de sus narices, ¿y adivina qué? Caíste rendida a mis pies.

Me siento como una mierda. Cuanto más habla, más se me retuerce el estómago.

No puede ser verdad, ¿no? No puedo haber sido tan estúpida...

—¿Me estás diciendo que lo nuestro fue solo para cabrear a Hayden?

—Bingo.

Cierro los ojos un momento para asimilar sus palabras. Tres años. Le he dado tres años de mi vida a este imbécil.

—Y has tenido los santos cojones de pedirme que me case contigo —digo, tragándome las malditas lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Tenía la intuición de que Hayden no iba a rendirse, así que solo quería asestarle el golpe final. ¡Tendrías que haberle visto la cara cuando le dije que estábamos prometidos! —dice, riéndose, como si para él fuera un momento divertido.

Me entran náuseas. Tengo el corazón en la garganta.

—Eres un monstruo —susurro, aunque lo bastante alto como para ahogar el barullo del tráfico.

—¿Y de quién es la culpa, Blake? Si no te hubieras enamorado hasta las trancas de mí, no habría sido capaz de alargar las cosas de esta manera. Pero si te hace sentir mejor, te he cogido cariño y todo. Lo suficiente como para poner fin a esta farsa en un momento fatídico.

Me rodeo el pecho con los brazos, como para que no se me caiga el corazón. Darme cuenta de que he sido un daño colateral todo este tiempo me ha dejado hecha polvo. Es como si me aplastaran el pecho: me duele respirar.

—Y aun así, volviste a por mí en las Bahamas —suelto en un tono estoico.

—Porque estabas allí con Hayden, nada más. Tenías razón, solo era una cuestión de ego. Conseguiste que me picara. En fin, tenía que convencerle de que nunca serías suya...

Otra puñalada en el corazón. Jamás habría imaginado que Tyler fuera capaz de hacerme tanto daño. Exhalo durante un largo rato para reprimir el dolor que siento y mirarle con indiferencia. Me niego a que vea lo dolida que estoy.

—Si no he entendido mal, los últimos tres años han sido una broma para ti. ¿Te das cuenta de que me has robado tres años de mi vida solo para demostrarle a todo el mundo que te habías quedado con la chica? ¿Por una puta rivalidad? ¡Tres años, Tyler, joder! ¡Yo no pedí esto!

—Vamos, Blake... —suspira, pasándose una mano por el pelo, obviamente cansado de esta conversación—. Hemos pasado buenos momentos juntos, eso no lo puedes negar. Además, soy genial en la cama, podría haberte tocado alguien mucho peor que yo; te lo aseguro. En algún momento hasta creí que lo nuestro podía funcionar, pero... no. Por muy guapa que seas, y por muy buena que estés, seamos sinceros, no me veo pasando el resto de mi vida contigo.

Algo húmedo me empapa la mejilla y me apresuro a secarme la lágrima que por fin se me ha escapado. Me duele el corazón y estoy enfadada. Furiosa. Me siento como una imbécil por haberme dejado engañar así. Tyler tiene razón en una cosa: soy tontita, y además, con ganas.

Carraspeo para aclararme la garganta y luego digo, sin piedad:

—Bueno, has sido bastante directo, así que, si no te importa, voy a hacer lo mismo: quiero que mañana por la mañana saques tus huevos gordos y todas tus cosas de mi piso. Y sobre todo, reza para que no vuelvas a cruzarte en mi camino. De lo contrario, te juro que no dudaré en aplastarte las pelotas.

Doy media vuelta y me alejo por la calle tan rápido como me permiten los tacones. De todos modos, no basta, porque sigo oyendo su voz de fondo.

—¡Blake, amor, no seas así...!

Me detengo en seco y, todavía de espaldas a él, alzo el brazo para enseñarle dedo, en el que se lee un «Vete a la puta mierda, mamón» antes de desaparecer en la noche.

Estoy sentada en el rellano, sola, como un alma en pena. No podía volver al piso sin cometer un asesinato, así que me fui a casa de Tia. El problema es que ella aún no ha llegado. Sí, me piré de la fiesta sin ni siquiera avisarla y, además, no llevo el móvil encima.

Así que aquí estoy, apoyada en la pared, mirando la luz de neón parpadeante que está a punto de provocarme un ataque epiléptico.

—Blake, ¡casi me da un ataque! —berrea Tia al salir del ascensor—. ¿Es mucho pedir que contestes al puto teléfono o que, al menos, me envíes un mensaje?

Corre hacia mí y se agacha a mi lado.

—¡Te he estado buscando por todas partes! —continúa con vehemencia—. Hasta se me ha ocurrido pensar que ese cabrón te había secuestrado. Ni te digo la cara que puso cuando me vio irrumpir en tu casa, dispuesto a sacarle los ojos de cuajo. Los ojos y otra cosa que no voy a decir en voz alta, también.

Giro perezosamente la cabeza hacia ella, resoplo sin ganas y contesto:

—Me he dejado el móvil en casa.

Tia abre la boca para responder antes de volver a cerrarla. Examina mis rasgos con atención y frunce el ceño de preocupación.

—¿Te ha hecho daño? —pregunta con dulzura.

He estado llorando aproximadamente una hora con el culo clavado el felpudo de mi mejor amiga. No hace falta ser adivino para vérmelo en la cara.

Asiento con la cabeza, pero me tomo la molestia de añadir:

—Tengo el corazón en la garganta, pero no me ha tocado.

Tia suspira pesadamente y me pasa un brazo por los hombros para ayudarme a levantarme. Saca las llaves de su bolsito y abre la puerta.

—Tendría que haberlo matado —responde, empujándome al interior del piso.

Mi amiga me arranca una sonrisa sincera con ese comentario. Está emperrada en hacerle sufrir.

Cómo quiero a esta chica...

—No puedo creer que tuviera el valor de soltarte esa burrada —dice Tia indignada, sorbiendo un mojito.

Acurrucada en su sofá mullidito, me encojo de hombros. Como ya os imagináis, le he contado mi conversación con Tyler con pelos y señales, pero ahora mismo, tan solo quiero olvidar las palabras de mierda que, por desgracia, pronunció. Bueno, eso y borrarlo de la faz de la tierra.

—Tenías razón sobre él.

Ella hace una mueca y dice entre suspiros:

—Siento que haya tenido que terminar así, Blake.

—Qué quieres que te diga, soy un imán para los gilipollas —gimoteo y me encojo de hombros.

Mi amiga da un sorbo a su cóctel casero, que, conociéndola, seguro que tiene mucho más alcohol del que debería. Luego lo deja en la mesita de cristal que tenemos delante y me mira con un aire serio, algo muy raro en ella.

—¿Eso crees? —me pregunta.

Me muerdo el labio y me doy cuenta de lo que quiere decir.

—Blake —continúa—, he visto el vídeo de Hayden, pero también he estado en esa maldita exposición. Lo voy a decir: te tengo una envidia increíble. Es obvio que está loco por ti. Lo daría

todo por que un tío me mirara como te mira a ti. Todo el mundo se equivoca, ¿no?

¡Toma giro argumental!

—¿Desde cuándo eres del *team* Hayden?

—Desde que vi cómo se te iluminaban los ojitos cuando se te acercó delante de esa foto de los dos. Te conozco como si te hubiera parido: estás enamorada de él y él de ti. Nunca se me han dado bien las mates, pero según tengo entendido, uno más uno es igual a dos, y creo que vosotros dos formáis un dúo cojonudo.

Una vez más, Tia consigue arrancarme una sonrisa. No sé si estoy enamorada de Hayden. Tyler me ha humillado de una forma tan descarada en los últimos tres años que ni siquiera sé lo que es el amor. Ese gilipollas me ha roto en mil pedazos y no sé si alguna vez seré capaz de pegar los trocitos. Aun así, siento la necesidad de estar cerca de Hayden, de acurrucarme en sus brazos, de sentir su boca junto a la mía.

—Descansa un poco, Blake. Mañana tendrás la cabeza más despejada.

Dicho esto, mi mejor amiga se levanta, me da un beso en la frente y sale del salón. La sigo hasta la habitación de invitados. Tia ha dejado sobre la cama una camiseta y unos pantalones cortos a modo de pijama, que me apresuro a ponerme después de deshacerme del vestido.

Estoy demasiado agotada para ducharme o hacer otra cosa que meterme bajo las sábanas. Sin embargo, cuando cierro los ojos, las imágenes de la noche se repiten en mi mente y los rostros de Tyler y Hayden se confunden. Es como si mi pasado y mi futuro chocaran. El caso es que no sé si mi corazón es lo bastante fuerte para hacer frente a mi vida amorosa, que es un desastre, o incluso si debería darle una oportunidad a lo que está por venir. De un modo u otro, los cambios se han colado en mi día a día.

Hayden

Un golpeteo frenético me saca de los brazos de Morfeo. Presa del pánico, me incorporo, con la cabeza aún nublada. Entre la inauguración, que terminó tarde, y mi estresante confrontación con Linda para disculparme de mil y una formas por mi... acercamiento con Blake, apenas he dormido. Además, ese torbellino protestón se ha hecho con el monopolio de mis pensamientos.

No sé nada de ella desde anoche. ¡Espero que sea ella la que aporrea mi puerta! Echo un vistazo rápido al móvil (*Dios, las seis de la mañana, qué horas son estas*) y me pongo un pantalón de chándal y una camiseta. La voz ronca de Tyler resuena desde el otro lado del pasillo.

—¡Hayden! ¡Abre la puta puerta o la echo abajo! Sé que está ahí, contigo. ¡Deja de joderme y abre! —grita desde el rellano.

Me pongo rígido de inmediato.

Pero ¿qué cojones? ¿Qué coño pasó anoche? Estoy convencido de que no nos vio juntos...

Corro hacia la entrada y me encuentro cara a cara con un Tyler irreconocible. Tiene los ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto y lleva la misma ropa que cuando se presentó en la exposición, lo que no augura nada bueno.

—¡Maldita sea, Tyler, mira qué hora es! Vas a despertar a todo el vecindario si sigues gritando así. Cálmate, tío —le digo en tono tranquilo para animarle a bajar la voz.

Sin embargo, Tyler no parece dispuesto a escucharme y continúa con la misma virulencia:

—¿Dónde está? —gruñe mientras me empuja hacia el salón.

Doy un paso hacia atrás. El corazón se me acelera y contengo la respiración, sorprendido por su agresividad. Frunzo el ceño, desconcertado.

¿Por qué cree Tyler que Blake está conmigo?

Al oler el pestuzo a alcohol que echa su aliento, supongo que no anda muy fino y que probablemente haya bebido demasiado. Intento mantener la calma, consciente de que la situación podría degenerar rápidamente, y le dejo que husmee para que compruebe por sí mismo que estoy solo. Está encabritado, así que registra la habitación y tira frenéticamente las cosas al suelo.

—¿Puedo saber a quién buscas? —pregunto inocentemente, tratando de permanecer imperturbable a pesar de lo cargadito que está el ambiente.

—Hombre, ¿tú qué crees? No te preocupes, que seguro que la encuentro. ¡Sé que está aquí! ¡Te estás tirando a mi chica! —gruñe en un tono acusador.

Se nota que tiene un montón de rabia reprimida.

Se acerca a mí todo lo que puede y presiona la frente contra la mía. Me mira con esos ojos ulcerosos, como si creyera que va a hundirme en el acto. Noto cómo aumenta la tensión, pero me niego a dejarme intimidar. Decido tomar cartas en el asunto para evitar que la situación se me vaya de las manos.

—Tyler, no sé de qué me hablas. Blake no está aquí y no tengo ni idea de lo que ha pasado entre vosotros dos. Estás trifásico¹, tío. Deja que se te pase la mona. No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo me destrozas el apartamento —le advierto.

Tyler me empuja con fuerza y yo retrocedo hasta que mi espalda choca con la pared. Tiene los ojos llenos de rabia y su aliento a alcohol se me pega a las fosas nasales mientras sigue acusándome:

—¡No te rías en mi cara! —brama, con la voz llena de una ira hirviente.

Tyler se vuelve a acercar y me pone la cara a escasos centímetros de la mía. Acto seguido, continúa:

—Te la llevas de luna de miel a las Bahamas, a pesar de que la boda se cancela. Te encuentro en el resort, en la misma habitación que ella, con cara de recién follado, y para rematar la faena, la invitas a esa puta exposición, en la que se muestra al mundo entero que me la habéis colado, ¡¿y ahora me dices que no sabes nada del asunto?!

—¡Nunca he negado que pasara nada entre Blake y yo, Tyler! He estado enamorado de ella desde el primer día, ¡pero eso ya lo sabes! ¡Tú eres el que metió la pata al abandonarla en vuestra boda! ¡¿Se puede saber por qué coño te enfadas tanto?! Como le hayas hecho algo, te juro que... —le amenazo.

—¡Me ha dejado! ¡Pero jamás será tuya! ¡Ella, no! —grita.

Le ha dejado...

Aunque no sea el momento adecuado, me alegra oírlo. Sin embargo, la expresión de odio de Tyler me devuelve al presente.

—¿Cuál es tu puto problema, Tyler?

Tiene la cara tensa y aprieta los dientes. Mi supuesto amigo suelta una carcajada cínica.

—Tú eres mi problema, ¡siempre has sido tú! —suelta con desdén, mirándome fijamente con sus iris ardientes—. Eres el tío perfecto: atractivo como un dios, ¡el fotógrafo carismático que se lleva a todas las mujeres que se le acercan! ¡Siempre te he admirado, siempre te he envidiado, siempre he tenido celos de ti!

Intuyo una enorme frustración en sus palabras, que no es sino el reflejo de una rivalidad reprimida durante mucho tiempo. Nunca pensé que Tyler me tuviera tanta envidia.

—Blake solo tenía ojos para mí —continúa—, y quise disfrutar de esos momentos en los que, al fin, no era el eterno segundón. Verte morirte de celos cada vez que la besaba me causaba un tremendo placer. Al principio, solo quería sentirme mejor que tú, pero con el paso del tiempo, acabé encariñándome con ella. Lo del compromiso fue una burrada como una catedral. No podía hacerle eso, no podía seguir mintiéndole. Estaba atrapado en una situación de la que no sabía cómo salir. Y cuando me enteré de que te habías ido con ella, supe que no podría resistirse mucho tiempo a tus encantos. A ti, que siempre consigues lo que quieres...

Deja escapar un suspiro arrepentido. La culpa rezuma de sus palabras. Se nota que tiene un conflicto interno que le corroe. Su mirada se pierde de repente en la distancia y le traiciona con un destello vulnerable, que luego oculta una vez más tras una máscara de ira y amargura.

—Pero ella es mi victoria. ¡No puedes llevarte el premio!

La forma en la que habla de Blake me repugna.

O sea, ¿qué ha sido para él su relación? ¿Tan solo un juego? ¿Una competición malsana?

—¡¿Cómo te atreves a usarla para convertirme en tu rival?! ¡Eres un puto enfermo! ¡En su momento ya deduje que te la habías ligado para cabrearme, pero nunca pensé que llegarías tan lejos con tus locuras! ¡Tres años, Tyler! ¡Tres malditos años mintiéndole! Y yo, ¿qué? ¿Me has considerado tu amigo todo este tiempo? ¿Qué amigo hace eso por celos? Vamos, que solo he sido un adversario para ti, un puto peón al que derribar para seguir alimentando tu inflado ego, ¿no?

—¡No! ¡Eras como un hermano para mí! ¡Un modelo a seguir, incluso!

—Uf, pues lo siento mucho por tu familia... ¿Quién querría un hermano como tú, dispuesto a manipular a la gente de su entorno con el único objetivo de hacerles sufrir?

No parece haber salida a esta situación: todo apunta a que el resentimiento y la traición han acabado con nuestra amistad.

—Creo que va siendo hora de que te largues, Tyler. Quiero que salgas de mi vida. Un verdadero amigo nunca habría hecho algo así. Deberías haberme apoyado, haberte alegrado por mí... Pero no, elegiste utilizar a una chica excepcional solo para hacerme daño y alimentar tu perverso complejo de superioridad. Olvídate de mí. Olvídate de Blake, y te lo advierto, como te acerques una vez más a ella, ¡te juro que no dudaré en partirte esa cara de cabrón de mierda! ¡Ahora esfúmate!

Mi tono es implacable. Esta vez es él quien retrocede ante mis ataques. Se achanta ante mi rabia y decepción. Creía que le conocía, pero estaba muy equivocado. Me enfrento a un extraño, un hombre desamparado, atormentado por la culpa y la lujuria. He desperdiciado tres años con Blake. Estaba convencido de que desearla era inaceptable y de que era mal chaval.

Asolado por el cansancio y el alcohol, Tyler esconde las garras y se rinde. Con la mirada perdida, se da la vuelta en silencio y sale de mi piso.

Estoy de mala leche. No he conseguido que se me pase el cabreo desde la inesperada visita de Tyler. Todo me ha estallado en la cara y ahora me doy cuenta de que me ha tomado el pelo mi amigo de toda la vida. Roto, dolido, no puedo sacarme la discusión de la cabeza.

¿Sabrá Blake la verdad?

Si es así, no puedo imaginar cómo debe sentirse.

Cojo el móvil a toda prisa e intento llamarla, pero me vuelve a saltar el contestador.

¡Hostia puta, joder! ¿Y si está hecha polvo, y si él le ha hecho daño?

Me hago mil preguntas que me revuelven el estómago. Tengo que ir a verla, pero el estridente pitido de mi móvil me recuerda que tengo una sesión en menos de una hora.

¡Mierda! Me había olvidado por completo del curro...

Mi mente se debate entre el deseo de ir a ver a Blake para asegurarme de que está bien y la necesidad de cumplir con mis obligaciones como profesional.

Cojo el móvil, vacilante, mientras el reloj marca el paso del tiempo de forma inevitable. No puedo renunciar a mi trabajo, por mucho que Blake ocupe mis pensamientos. Respiro hondo para calmar los nervios y marco el número de Blake por décima vez. Por desgracia, el resultado siempre es el mismo: no contesta.

¡Maldita sea!

Me visto a toda prisa para no llegar aún más tarde, cojo las llaves de la moto y me dirijo rápidamente al estudio de fotografía para escapar de los incesantes atascos de Nueva York.

Zigzagueo entre los vehículos y conduzco de forma un tanto temeraria, como si la adrenalina pudiera calmar el desasosiego que me atormenta por la confesión de Tyler y la ausencia de noticias de Blake.

Cuando por fin llego al estudio, aparco al pie del edificio, donde probablemente el equipo lleve esperándome casi un cuarto de hora. Pulso frenéticamente el botón de llamada del ascensor, convencido de que así aceleraré su descenso, y me apresuro a entrar en la cabina en cuanto se abren las puertas.

Me peino nerviosamente frente al espejo, que refleja la imagen de un hombre agotado y de tez lívida, a pesar de su bronceado bahameño. Casco en mano, irrumpo en el pequeño estudio

como un descosido, pero me quedo helado al ver a mi preciosa morena de ojos dorados. Le centellean los ojos y su fulgor se intensifica cuando se encuentran con los míos.

Después de todo, este día de mierda podría arreglarse, al fin.

¹ *N. de la T.* Una forma coloquial de decir «borracho».

Blake

¿El problema de no dormir durante parte de la noche? Que cuando por fin te quedas roque¹, el tiempo parece acelerarse y el despertar se asemeja mucho al de una mañana de resaca.

Me revuelvo entre las sábanas. La cabeza me da vueltas y tengo náuseas. Anoche apenas probé el champán, pero el reencuentro con Hayden y las palabras de Tyler probablemente me hayan alterado más de lo que pensaba.

Todo es tan extraño... Tres años de relación que han llegado a un abrupto final, y aunque debería estar destrozada, en realidad siento... alivio. Es como si sus palabras hubieran rasgado de forma repentina el velo que me impedía verle tal y como era en realidad.

A pesar de todo, la confusión me nubla la mente, o más bien, el corazón. Y sé exactamente quién es el culpable: Hayden.

En cuanto cierro los ojos, lo veo allí, en mi inconsciencia; en cuanto se me antoja tocarme, siento (por desgracia) como si sus manos recorrieran mi cuerpo de arriba abajo. Además, los latidos de mi corazón se aceleran en cuanto pienso en él.

Tia tiene razón: estoy enamorada y me encantaría saber cuándo pasó exactamente. La verdad es que estoy siendo una mentirosa de cuidado. Sé muy bien cuándo sucedió: fue en el mismo instante en que Hayden me besó en aquella cueva en Thunderball, cuando vi el miedo a perderme en sus ojos. Y creo que ya es hora de que le diga a Hayden lo que siento por él.

Saco las piernas de la cama y me pongo en pie. En cuanto tocan el suelo, siento que me ceden los pies y me agarro con dificultad a la cómoda de madera clara que tengo delante.

Maldita sea.

Me siento como si estuviera borracha, pero teniendo en cuenta la cantidad ínfima de alcohol que tengo en vena, es prácticamente imposible. Voy a necesitar café para intentar sobrevivir a este día. Litros y litros de café.

Me dirijo a la cocina con las piernas temblorosas, apretujada en la camiseta demasiado ajustada de Tia. Cuando entro en la habitación, el repugnante olor a bacon asado mezclado con huevos fritos me revuelve el estómago.

Me cago en todo.

Ya sé que mi amiga no tiene fama de buena cocinera, ¡pero piedad, por Dios! Me va a matar con su comida rancia...

—¿Por fin estás despierta? —me pregunta a modo de saludo.

Gruño algo ininteligible, demasiado indisputada para emitir otro sonido.

—Come algo, anda, que das pena con esas pintas... —continúa, empujando un plato en mi dirección.

Miro la comida con asco y arrugo la nariz cuando el olor me satura las fosas nasales.

Mierda.

Me alejo de la mesa, me apresuro hacia el fregadero y vomito lo poco que me queda en el estómago pese a las quejas de Tia.

—¡Blake! ¡Qué ascazo, tía! ¡¿Cómo se te ocurre potar a estas horas cerca de mi desayuno?

Ignoro su mirada de asco para recuperar el aliento y me enjuago la boca con un fino hilillo de agua que luego escupo.

—Sí, porque es evidente que me encanta echar las tripas de buena mañana... —bromeo.

Me saca la lengua, una costumbre suya que detesto, antes de acercarse a mí y agarrarme de las mejillas. Me examina la cara durante unos segundos y luego dice:

—Tienes un aspecto horrible, Blake. Solo tú podrías ponerte mala en verano. ¿Estarás lista para dentro de un rato?

—¿Dentro de un rato? —repito, sorprendida.

Tia niega con la cabeza, decepcionada.

—Ya te has olvidado de la sesión de fotos de las ocho y media, ¿verdad? ¡Pero si lo hablamos ayer! Venga, será mejor que espables si no quieres llegar tarde... —añade, mirando la pantalla del móvil.

Y una mierda.

Como podéis imaginar, se me había olvidado que curraba hoy. Y no me apetece lo más mínimo ir, sobre todo con la cara que llevo.

—Tengo que ver a Hayden —digo.

Me paso una mano por el pelo, cansada, y luego cojo una taza de uno de los armarios y la lleno hasta arriba de café caliente. La mañana no pinta muy bien, pero sé que aún soy capaz de beber esta bebida diseñada para mantenerme despierta todo el día, o al menos durante unas horas, mientras me arreglo. Sin embargo, solo he dado unos pasos cuando Tia me agarra del brazo.

—Quieta, quieta, mariposita mía. Hayden no va a ir ninguna parte, pero si no vas a currar, te arriesgas a acabar con tu carrera. Así que ya te estás duchando, porque te adoro, pero hueles de pena, *amore*. Luego quiero que te presentes en la sesión y, solo después —insiste en esa palabra —, vas y le metes mano al buenorro de Hayden. ¿Me has entendido?

Suspiro exasperada. Tia tiene razón: si meto la pata ahora y pierdo este contrato, mi agente podría matarme y mandarme a freír espárragos. Seamos realistas: hay miles de millones de culos y tetas ahí fuera. Se trata de prácticamente la mitad de la población del planeta y sustituirme estaría chupado.

Así que me resigno, asiento con la cabeza, me trago el café, que hace que me arda la lengua y luego me olisqueo la axila.

Uf. Una duchita no me vendría mal...

Pensé que nunca llegaríamos a nuestro destino. El tráfico de Nueva York es el epítome del infierno en la tierra, y si mi conductor no fuera un crack al volante (este hombre conoce cada rincón de la ciudad como la palma de su mano), el taxi seguiría en el atasco y... ¡hola problemas!

Pero aquí estoy, en este maldito estudio, esperando porque el fotógrafo encargado de la sesión llega tarde. Cómo no. Qué mala suerte. Solo puedo pensar en volver con Hayden, ¡y el cabrón este no se ha molestado en llegar a la hora! Además, estoy incomodísima, casi desnuda bajo esta bata fina, finísima, casi transparente.

De repente, la puerta doble rechina y atrae mi atención. Inmediatamente, me giro hacia la entrada y descubro a un hombre entrando en el estudio.

Bum, bum. Bum, bum.

Mi corazón late desbocado por una buena razón: el fotógrafo no es otro que Hayden. Está

sexy a más no poder, con su pelo castaño despeinado, sus ojos color laguna y esa cazadora de cuero que le hace parecer un chico malo. Encima, lleva el casco de moto en la mano.

Toma ya. He ahí otra cosa que no sabía de él, y tengo que admitir que eso suma puntos a su *sex appeal* natural.

Mientras camina hacia nosotros, no aparta los ojos de mí. Es como si sucumbiera ante una atracción magnética. Su rostro revela una sorpresa idéntica a la mía por tenerlo aquí. Y cuando sus pupilas recorren mi cuerpo de la forma más indecente, me sube la temperatura. Con este calor, el roce del albornoz sobre mi piel es casi insoportable.

—Hayden Johnson, ¡por fin nos honras con tu presencia! —exclama una hermosa y esbelta mujer rubia, un poco irritada.

Emily Ross es la diseñadora de la marca para la que trabajo hoy, una marca que ha crecido enormemente en poco tiempo y cuya ropa interior se compra en todo el país. Tía tenía razón: perderse esta sesión habría sido un error de los gordos, sobre todo porque el azar ha querido que todo salga bien. Si hubiera hecho caso a mis instintos, habría ido corriendo a casa de Hayden, pero mira por dónde, aquí está, delante de mí. En realidad, estoy convencida de que no ha sido casualidad. Lo nuestro es más bien obra del destino. Lo tengo clarísimo.

—Hola, Emily. Siento llegar tarde —se disculpa, con una sonrisa tensa.

—Tienes suerte de ser uno de los mejores —replica ella—. ¡Venga, al lío!

La diseñadora da una palmada y todo el equipo se pone a trabajar. Dejo caer la tela que me cubre el cuerpo para que el maquillador pueda dar los últimos retoques, ya que en las revistas solo se mostrarán ciertas partes estratégicas de mí, y luego me dirijo a la enorme cama inmaculada que hay en el centro de la habitación, donde Hayden va a fotografiarme.

Absorto en la colocación de su equipo, Hayden no se percata de mi presencia ni de mi atuendo. Sin embargo, en cuanto coge la cámara y levanta la cabeza, casi la deja caer. Sus iris, normalmente azules como el océano, ahora parecen dos abismos de llamas ardientes. Me vienen a la mente imágenes de nosotros dos en el despacho de la galería, y Dios sabe cuánto desearía que aquella mujer nunca hubiera aparecido mientras él estaba entre mis piernas. Me ruborizo al recordar su impresionante erección palpitando contra mi entrepierna, y de repente, pienso que jamás me había sentido tan incómoda con las bragas puestas. Y más teniendo en cuenta que Hayden se me acerca con esa mirada suya, una mirada que hace que me derrita en el acto.

—He intentado localizarte esta mañana —susurra.

Me roza el hombro ligeramente con los dedos y me entran escalofríos.

—He pasado la noche en casa de Tía. Además, me dejé el móvil en el piso —respondo en voz baja.

Se le ilumina el rostro de repente.

—¿Entonces es verdad? Tyler y tú...

—Se acabó —confirmo, sorprendida de que lo sepa.

Pero no me da tiempo a pensar en ello, porque Emily interviene enseguida:

—¡A vuestros puestos, equipo!

Nunca había tenido una sesión tan agotadora. Empalmo un conjunto con otro a un ritmo frenético. Ni siquiera tengo un segundo para respirar. Aun así, no es eso lo que pone a prueba mis nervios. Es más bien que estoy de pie junto a Hayden, sin poder tocarlo, aunque me muero

por sentir cómo, bajo sus caricias, mi corazón amenaza con estallar. Tengo que echar mano de una fuerza de voluntad sobrehumana para no desconcentrarme.

—Blake —dice Emily de repente, echando un vistazo al reloj—, has estado perfecta. No dudaré en volver a ponerte en contacto contigo para otros proyectos, si te apetece. ¡Venga, a recoger!

Apenas tengo tiempo de asentir, porque nadie se está quieto y, en unos segundos, se arma un bullicio a nuestro alrededor. En menos de diez minutos, el estudio está desierto. Bueno, quitándonos a Hayden y a mí.

—Pensé que jamás se irían... —dice Hayden entre suspiros.

Con la cámara aún en la mano, se mete entre mis piernas y me quita la pinza que me sujeta el moño para que el pelo me caiga en cascada por la espalda.

—¿Tienes planes para hoy? —pregunto, rezando para que su agenda esté tan vacía como la mía.

—Lo único en mi agenda eres tú.

Me empuja suavemente hacia atrás para que me tumbe en la cama y él se sube, a su vez. Me enfoca con la cámara y capta con minucia la expresión de mi rostro.

—¿Has dejado a Tyler? —dice, sin apartar el objetivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha honrado con una visita esta mañana...

Toma bombazo. Esa noticia me deja sin habla.

—¿Qué?

De repente, me incorporo sobre los codos y a punto estoy de golpear el objetivo. Hayden consigue salvar la cámara y apoyarla en el borde de la cama antes de volver a centrar su atención en mí.

—Me sorprendió verlo aparecer en mi puerta, créeme, y aún más cuando me dijo que lo vuestro se había terminado. Creía que este día no llegaría nunca, Blake...

Se inclina hacia mí y coloca las manos a ambos lados de mi cuerpo. Me roza con la nariz y su aliento se posa en mis labios.

—Dime que esta vez no volverás con él...

Su boca se mece suavemente sobre la mía y me roba el aliento. El corazón me late desbocado en el pecho.

Quiero más.

—Te lo prometo —susurro.

Lo agarro por el cuello de la camiseta, lo acerco a mí y aprieto mi boca contra la suya. Hayden pierde el equilibrio y cae encima de mí. No puede frenar la caída, pero no aparta sus labios de los míos en ningún momento. Al contrario: profundiza nuestro beso, juega con mi lengua con tal lascivia que se me escapan gemidos, y con las manos... traza el camino de mis curvas con las yemas de los dedos, para luego detenerse en mis pechos, cuyos pezones se yerguen al contacto. Luego emigra más al sur, entre mis muslos. Por reflejo, los junto para apresar a aquellos que me torturan con exquisita lentitud.

—Hayd... —susurro con voz ronca.

—No vuelvas a abandonarme, Blake...

Dominada por el placer que me producen esas simples caricias, me limito a sacudir la cabeza para confirmárselo, incapaz de articular palabra. Y cuando desliza los dedos por debajo del tanga de encaje rojo y me penetra con ellos, se me corta la respiración. Cada embestida de sus dedos

me arranca un gemido y me veo obligada a mordirme el labio para contenerme un poco. Pero Hayden no lo acepta y acelera el ritmo para llevarme al límite. Sin embargo, cuando me tire al precipicio, lo quiero dentro de mí.

—Hayden, por favor... —jadeo contra su cuello.

Lo agarro del dobladillo de la camiseta y le obligo a quitársela antes de emprender una ofensiva en sus vaqueros. Le desabrocho los pantalones en un arrebato febril y se los bajo junto a los bóxers, que liberan una erección en todo su esplendor. Es evidente lo mucho que me desea.

Sin mediar palabra, intenta bajarme las bragas, pero acaba arrancándome la lencería con las prisas.

Jo-der.

Adoro que sea tan salvaje. Ha hecho trizas unas bragas carísimas. Menos mal que la diseñadora nos las regala...

En cuanto se coloca entre mis muslos, el corazón me late con tanta violencia que el palpitir reverbera en todo mi cuerpo. Me encanta que me mire con tanta intensidad, como si llamas incandescentes invadieran sus ojos. Me encanta cuando me hace el amor como si solo le importara mi placer.

Le quiero. No hay nada más simple que eso.

—Lo nuestro es real, ¿verdad? —digo en un suspiro, ahogándome en los fascinantes remolinos turquesa de sus iris.

—Desde el primer día.

—Hayd, me encanta estar en tus brazos, de verdad, pero en cualquier momento alguien podría sorprendernos... —le advierto, aún sin aliento.

Con la mejilla apoyada en su pecho, oigo los latidos de su corazón, que se suceden en un caos comparable al mío.

—¿Ahora te preocupas? —dice, risueño.

Me enderezo y le miro durante unos segundos. Más bien me lo como con los ojos. El Hayden vestido de cuero está buenísimo, pero el Hayden despeinado después de un polvo está para no soltarlo nunca.

—Tiene un don increíble para hacerme perder la cabeza, señor Johnson... —contesto con picardía.

Una sonrisa ilumina su rostro.

—Me muero por hacértelo una vez más.

Con un movimiento brusco, se coloca encima de mí y posa su entrepierna estratégicamente en mi intimidad palpitante. Hayden sigue la curva de mi mandíbula con los labios hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Me estremezco de placer, pero esta vez, debo resistirme.

—Hayd —me río, apartándolo—, no quiero revivir lo de anoche. La cara que puso esa señora cuando nos descubrió en su mesa... Creí que me moriría de vergüenza ahí mismo.

Hayden deja de excitar mi ardiente libido.

—La verdad es que aún queda un tiempo para que vuelva a exponer en la galería —admite—, pero ha merecido la pena.

Aprisa mis labios y me da un beso que haría que me ardieran las bragas. Bueno, eso sería si las llevara puestas.

—Pero tienes razón —continúa, separándose de mi boca—, si se enteraran de que me he acostado con mi novia aquí, me harían *persona non grata*.

Me besa en la frente antes de levantarse y recoger su ropa, que está desperdigada por el estudio, pero yo me quedo helada.

¿*Su novia?*

—¿Tu... novia? —repito, un poco sorprendida.

Me tapo el pecho con la sábana y me aferro a ella con fuerza. Con Hayden, todo va tan deprisa, todo es tan fuerte, que se me acelera el pulso de solo pensarlo. Aunque una parte de mí se asusta ante esa idea, me encanta que me llame así. Con esa etiqueta, recalca lo que significa para él.

Por otra parte, soy consciente de que estoy enamorada de él, pero ¿estoy preparada para lanzarme de cabeza a una nueva relación que promete ser, dado el carácter de cada uno, tumultuosa?

—Sí —confirma mientras se pone la camiseta, con lo que atrae mi mirada hacia esos cincelados abdominales que se contraen en su piel dorada—. No podemos quitarnos las manos de encima, Blake. Pienso en ti a todas horas, y seamos claros, jamás he creído que fueras un simple trofeo. Contigo, lo quiero todo. Quiero el lote completo de parejita romántica. Quiero besarte delante de todo el mundo, cogerte de la mano, despertarme a tu lado por la mañana. Quiero que me mandes a tomar viento porque te he tocado la moral más de la cuenta, o que saltes a mis brazos porque me has echado de menos. Lo quiero todo. Todo o nada.

El corazón me late a cien mil kilómetros por hora y pestañeo de una forma febril.

¿*Estoy soñando?*

No. Hayden es el tipo de hombre que dice las cosas con una naturalidad desconcertante. Nadie antes que él ha sido capaz de decirme algo así.

—Si necesitas tiempo... lo entiendo —balbucea, apartando la mirada como si temiera mi respuesta.

Salgo de la cama y me acerco a él. Me llevo la sábana conmigo para cubrirme. Entonces me pongo de puntillas para que nuestras bocas se toquen y susurro:

—Ya hemos perdido bastante tiempo, ¿no crees? Ahora toca vivir sin miedo.

¹ N. de la T. Dormida.

Blake

El sol que asoma por encima de nuestras cabezas es casi cegador, pero aun así, sigo prefiriendo el calor que Hayden irradia. Cierro los ojos e inhalo profundamente. Aunque solo sea por un segundo, elijo no pensar en nada más que en este dulce tacto en forma de caricia. Pero es en vano. Hayden, o mejor dicho, lo que se supone que tengo con él, se ha hecho con el control de mis pensamientos.

¿Funcionará lo nuestro? ¿Realmente nos espera un futuro juntos? Me gustaría confiar en ello de todo corazón, pero no veo un camino sin dificultades.

Hayden me acaricia los hombros y su tacto me saca de mis pensamientos. Levanto la vista y, una vez más, me quedo prendada de su belleza. Definitivamente, con lo guapo que es este hombre, podría lucirse delante de la cámara: tiene unos ojazos y un cuerpo esculpido en mármol, pero aun así, estoy encantada de que se contente con estar al otro lado del objetivo. De normal, todas las mujeres que se cruzan con Hayden se mueren por él, ¡así que mejor que no se convierta en la fantasía andante de millones de chicas!

¿Yo, celosa? Para nada...

—Dime que no tienes planes para hoy —dice, mirándome fijamente a los ojos.

El brillo de sus pupilas es tan intenso que me da la sensación de que me está desnudando sin el menor pudor y, demasiado receptiva para mi gusto, pestañeo como una niña tonta. A poco me quedo de limpiarme la baba que amenaza con caérseme por la barbilla.

Me encantaría decirle que no, pero tengo que ir al piso a comprobar si Tyler se ha marchado y, de paso, llamar a un cerrajero para que cambie las cerraduras. Nunca se es demasiado precavida, ¿verdad? ¡No quiero que ese capullo aparezca sin avisar!

—Tengo que volver a casa —respondo de mala gana—, ¡si sigo poniéndome la ropa de Tia, me asfixiaré!

No le cuento la verdadera razón, porque no quiero que la sombra de Tyler oscurezca nuestro momento. No hay necesidad de que nos haga más daño. Y bueno, sí que hay algo de verdad en mis palabras: voy a petar esta santa camiseta que me ha dejado mi amiga, porque es ajustadita, ajustadita.

—Vale, pero al menos déjame acompañarte a casa...

Más que una pregunta, es una afirmación, y a mí ni se me ocurre protestar. Hayden me conduce directamente a su moto negra y reluciente, una elegante máquina construida para la velocidad. Luego se quita la chupa de cuero y me la da. Me la pongo y percibo que está impregnada de su olor. Cuando me pone el casco en la cabeza, me sobresalto.

—¿Y tú, qué? —le pregunto, tensando los mofletes al darme cuenta de que se ha quitado el casco para protegerme.

Se inclina ligeramente, con una mueca arrogante impresa en sus facciones.

—Soy un hueso duro de roer. No pienso dejar que mi novia corra peligro.

Rápidamente, me baja la visera, se sube a la moto y me coge de la mano para ayudarme a subir detrás de él. Sin soltármela, me acerca a su espalda y posa la mano, aferrada a la mía, encima del corazón. Gira la cabeza y me mira con una sonrisa dibujada en los labios.

—Agárrate fuerte.

Cuando llegamos al pie de mi edificio, tardo unos largos segundos en despegarme de Hayden. La adrenalina sigue fluyendo por mis venas y no dejo de pensar en las ganas que tengo de repetir esta increíble experiencia. Porque estar pegadita a él de esa manera, zigzagueando a toda velocidad entre el tráfico... Uf.

Hayden me ayuda a bajar y me sostiene contra él más tiempo del necesario antes de quitarme el casco y dejarlo en el sillín.

—La próxima vez, quiero que me lleves hasta el fin del mundo —le digo, besándole a un ladito de la mandíbula.

Me aparta el pelo enredado que se me ha pegado a la frente y me recoloca un mechón detrás de la oreja.

—Te llevaré adonde tú me digas. Por ahora, me gustaría subir a tu habitación, meterme en tu cama...

Sin previo aviso, sus labios chocan con los míos y su lengua se desliza entre ellos para jugar con la mía.

Joder. ¿Voy a sentirme así de bien cada vez que me bese?

—Hayden Johnson, eres insaciable... —me río, intentando recuperar el aliento.

—Sí, pero solo cuando se trata de ti...

—No me lo estás poniendo fácil, ¿sabes? Voy a tener que dejarte aquí tirado, en la acera, para que no me distraigas.

—Es que me encanta distraerte —responde—. Es más, vas a necesitar ayuda para quitarte todo... esto. Por eso estamos aquí, ¿no?

Hayden retuerce los dedos bajo la camiseta y los va subiendo lentamente por mis costillas. Una serie de escalofríos se apodera de mi piel y siento un cosquilleo en el estómago.

—Hayd, tengo que organizar la casa ahora que Tyler se ha ido. No quiero que... bueno, ya me entiendes. Tengo que asegurarme de que no queda ni rastro de él. No me apetece ver nada que me recuerde a ese inútil.

Hayden tensa las manos en mis caderas cuando menciono a Tyler. Sus aires de seductor se esfuman.

—Lo nuestro es real, Blake, no lo olvides —dice con tal seriedad que ya no sé si me intenta convencer a mí o si se dirige a sí mismo.

Parpadeo un par de veces, un poco desconcertada. No sé a qué viene ese recordatorio. ¿Acaso teme que cambie de opinión cuando esté sola? ¿Le da miedo que no quiera construir algo con él?

Asiento con la cabeza para confirmar que lo nuestro es real, le doy un beso en los labios antes de que vuelva a subirse a la moto y desaparezca entre el tráfico, y con el corazón encogido, me dirijo al portal del edificio.

En cuanto abro la puerta del piso, me invade una extraña sensación. Para ser sincera, no estaba segura de que Tyler fuera a hacerme caso cuando le pedí que sacara todos sus trastos de mi casa, pero lo ha hecho. Recorro las habitaciones con la extraña impresión de haber retrocedido en el tiempo hasta antes de que él llegara a mi vida. Es como si lo nuestro nunca hubiera sucedido.

Aliviada, entro en el cuarto de baño para quitarme la ropa que me ha prestado Tia y me meto en la ducha. No me quedo mucho rato bajo el chorro, sino que me seco en un tiempo récord para

saciar el apetito repentino que me ha entrado. Me ruge el estómago: no he comido nada desde la noche anterior, ni siquiera después de haber vomitado de una forma tan elegante esta mañana, y es evidente que el hacer el amor con Hayden me ha dado hambre.

No obstante, justo antes, me tomo la molestia de rebuscar en el armario que hay sobre el fregadero para sacar una cajita de color rosa palo. En cuanto la tengo en las manos, saco el blíster para extraer una pastillita que me trago de inmediato. Estoy a punto de guardarla cuando... no sé, algo me llama la atención. Examino la caja con más detenimiento y me quedo helada.

Me cago en la puta.

El corazón me da un vuelco al descubrir que acabo de tomarme la pastilla del lunes, y eso que estamos a miércoles. Me la he estado tomando de corrido, ¿no? Al menos, estaba convencida de ello hasta este momento, pero obviamente, he debido tener un lapsus, porque por muchas vueltas que le dé, la realidad es otra: no me he olvidado de la pastilla una vez, sino dos. Probablemente una fuera la noche que pasamos en la isla desierta y puede que pasara lo mismo la noche anterior o la de después. En fin, en verdad, poco importa cuándo la olvidé, porque eso no cambia el follón en el que estoy metida.

De repente, me entran sudores fríos. Muy a mi pesar, las náuseas de esta mañana me persiguen.

Ay la hostia...

El cansancio que he sentido en las últimas semanas, que solía asociar a mi tristeza por la ausencia de Hayden, y ahora esto... ¿Es posible que...? No. Es imposible, inconcebible, impensable. No puedo estar embarazada. Una no se queda embarazada por olvidar dos putas pastillas, ¿verdad?

¿Tú qué crees, palurda?

Solo de pensarlo, me mareo, y la habitación tiembla de repente a mi alrededor. A duras penas, me agarro al marco de la puerta y me arrastro hasta la cama, donde acabo como una estrella de mar, aún envuelta en la toalla.

Cojo el móvil y escribo un mensaje rápido a Tia, pidiéndole (o más bien exigiéndole) que se presente en mi casa. Teniendo en cuenta las palabras que he usado, estoy segura de que vendrá pitando, antes que si le hubiera propuesto hacer maratón de su serie favorita. Los emojis eran más que explícitos, ya os lo imagináis...

Hago unos ejercicios de respiración para intentar desarmar el cúmulo de ansiedad que tengo en el estómago y luego cojo lo primero que encuentro y me lo pongo para no recibir a mi amiga en pelota picada.

De repente, suena el tono del móvil y, con el chándal a medio poner, casi me pego un trompazo intentando coger la llamada.

—Tia, ¿qué haces llamándome? Mueve ese culito precioso y ven a casa. ¡YA! —gruño malhumorada, mientras me encajo el móvil entre la oreja y el hombro.

—Tan encantadora como siempre, Blake... —se burla una voz gélida al otro lado de la línea—. Me pregunto qué nos saltamos en tu educación para haber criado a una muchacha tan maleducada...

Silencio sepulcral.

Ay, Dios. Nota mental: mira siempre el nombre en la puta pantalla antes de descolgar.

—Hola, mamá —respondo, un poco avergonzada.

Estoy a punto de decirle que no es el puto momento de hablar con ella (con más cortesía, evidentemente), pero me corta con un suspiro.

—¿Qué has hecho ahora, Blake?

Se me acelera el corazón de repente. Mi madre debe ser adivina o similar y habrá intuido que alguien me ha llenado la piñata¹.

—Tyler me dijo que habías roto con él. Pero ¿en qué estabas pensando?

Respiro aliviada. Bueno, aliviada a medias. Mi exnovio no tenía nada mejor que hacer que contárselo a mi madre, que para más inri, lo idolatra. Probablemente se trate de una última venganza por su parte por haber tenido la osadía de dejarlo.

—Tyler no era el hombre de mi vida —digo, intentando evitar más preguntas.

Pero no funciona.

—¿Ah, no? ¿Un chico encantador con una situación envidiable no es el hombre de tu vida? Vamos, Blake...

—Ya no le quiero, mamá —me siento obligada a puntualizar, más bruscamente de lo que pretendía.

—¿Perdón? ¿Has tirado por la borda tu futuro sin más razón aparte de que ya no le quieres? ¿Acaso crees que posar semidesnuda ante una cámara es una carrera respetable?

Abro la boca, pero no contesto. Su réplica me sienta como una galleta² mal dada.

—¿Qué pasa, que el amor no significa nada para ti? ¿Entonces, qué? ¿Debo seguir fingiendo y olvidar lo que me hizo? ¿Debo ignorar que me dejó plantada en el altar el día de nuestra boda?

—Todo el mundo comete errores, Blake.

—¿Por eso le dijiste que me había ido a la luna de miel de todos modos? ¿Esperabas que arregláramos las cosas y fuéramos la parejita perfecta?

—¡No quería que arruinaras tu futuro!

—¿Que arruinara mi futuro? —repito, desconcertada—. Pues nada, siento haber sido una decepción.

Cuelgo el teléfono con lágrimas en los ojos. Sabía que mi madre no era fan del camino que he escogido, pero oírla despreciarme tan abiertamente...

Me seco con rabia la lagrimilla que se me ha escapado y lanzo el móvil a tomar viento en la habitación. De repente, alguien grita mi nombre desde la puerta. Por suerte, pese a las prisas, mi amiga se ha acordado de coger la copia de las llaves de mi casa.

—¡Blake! —grita Tia mientras irrumpe en mi habitación—. ¿Pero qué coño...? Eh, ¿estás bien?

Tira una bolsa de plástico sobre la cama, corre hacia mí y me coge de la carita con ambas manos.

—No es nada —murmuro—. Era mi madre.

—Ah, ya... —responde ella.

A Tia nunca le ha caído especialmente bien y ahora entiendo por qué. Definitivamente, hace tiempo que perdí la lucidez.

—Con independencia de lo que haya dicho —continúa—, olvídalo, cariño. A veces tu madre es una imbécil de cuidado.

Estiro los labios en una sonrisilla. Es increíble lo muchísimo que quiero a esta chica.

—No sé qué haría sin ti...

Ella me devuelve la sonrisa, antes de fruncir el ceño y decir, implacable:

—¡Quedarte embarazada, obviamente! Ve al baño, anda. Haz pipí en estos cacharros...

Rebusca en la bolsa, coge varias cajas de cartón y me las pone en las manos. Echo un vistazo

a la mercancía y reconozco inmediatamente los test de embarazo. Ni más ni menos que seis marcas distintas. Como de costumbre, Tia no se ha quedado corta.

Ha llegado el momento de la verdad.

Sentada detrás de la isla de la cocina, miro fijamente los palitos de plástico alineados frente a mí. Todos muestran el mismo resultado, sin excepción.

—¿Estás segura o quieres que pruebe con este también? —pregunto, poniéndole el último bajo la nariz.

Tia se queda mirando las pruebas, como si las diseccionara con la mirada.

—¿Me explicas? —me pregunta después de varios minutos.

—¿Que te explique qué?

—¡Cómo ha podido pasar esto! —exclama.

Arqueo la ceja, medio perpleja, medio divertida.

—¿De verdad necesitas un croquis?

—Gracias, chiqui, pero en ese terreno soy yo quien podría enseñarte un par de cositas... Aun así, me gustaría saber cuál ha sido el milagro que ha conseguido que la semillita... En fin, ya me entiendes.

Cómo para no entenderlo...

Me muerdo el interior de la mejilla, un poco avergonzada.

—Olvidé tomarme la anticonceptiva.

—¿Y?

—Bueno... Ahí tienes el porqué y el cómo —contesto, sin entender a dónde quiere llegar.

Echa la cabeza hacia atrás, con lo que hace volar su larga melena oscura y rizada, antes de clavar sus iris esmeralda en los míos.

—Joder, Blake, los anticonceptivos no son solo para mujeres, ¿sabes? Además, el único propósito de la pastilla es impedir que te reproduzcas. ¡No es un hechizo de bruja que destruye las ETS y sus mierdas con purpurina mágica! Para que lo sepas, la clamidia y la sífilis no son nombres de caramelitos.

La miro, algo aturdida y con los ojos muy abiertos. No sé si ofenderme porque me está sermoneando como a una chiquilla en la edad del pavo o si echarme a reír por el absurdo de la situación.

—En fin, ¿cuál es la excusa de ese buenorro para no haberse puesto condón?

—Estábamos en una isla desierta y no teníamos una máquina expendedora a mano —bromeo.

Tia niega con la cabeza, decepcionada.

—Supongo que, en el hotel, cuando follabais como conejos, tampoco había una máquina expendedora cerca...

Me sonrojo al darme cuenta de que no hemos usado protección en ningún momento. Y ahora, después de haber jugado con fuego demasiadas veces, aquí estamos.

—¿Seguro que es de Hayden?

—¿De verdad crees que dejaría que Tyler me tocara? —exclamo, un poco irritada.

—Lo siento, cielo, pero a veces andas un poco escasa de juicio. La buena noticia es que tu bebé no llevará el gen gilipollas.

Mi bebé.

Me quedo helada al oír esas palabras, como si de repente, todo se volviera real. Tangible.

—¿Qué vas a hacer, Blake? —me pregunta de nuevo, con dulzura, cogiéndome de la mano.

—No tengo ni idea. Ni siquiera sé cómo decírselo. ¿Me ves de pie frente a él, soltándole de repente: «Oye, que vas a ser papá, ¡enhorabuena!»? Hayden y yo nos entendemos genial en la cama y cuando no nos peleamos, nos llevamos bastante bien, pero ni siquiera hemos tenido tiempo de intentarlo como pareja y ahora, de repente, le voy a obligar a tener un hijo. ¿Y si no quiere, qué?

Me entra la ansiedad y el dolor de tripa. Quedarme embarazada no era una prioridad a largo plazo para mí, sobre todo con un hombre con el que ni siquiera tengo una relación estable. Pero ahora hay un bebé de por medio y yo...

—¿Y qué quieres tú?

Miro a Tia, sorprendida.

—¿Cómo que qué quiero?

—No tienes por qué seguir adelante con esto, Blake. Hayden tiene derecho a saberlo, pero es tu elección.

Me aprieta la mano en señal de apoyo. Tia es mi mejor amiga, así que decida lo que decida, sé que no me juzgará y que me apoyará. Lo que pasa es que estoy perdida.

—Pues... ¡No sé qué hacer, Tia! Soy demasiado joven para ser madre. O sea, ni me lo había planteado. Por ahora, claro. Quizá más adelante, cuando las estrías no hubieran importado para el resto de mi carrera, ¡cuando ya hubiera dado la vuelta al mundo un par de veces y me hubiera casado con el hombre de mi vida! Bueno, de eso último no estoy tan segura, ¡pero desde luego, ahora no lo tenía previsto!

Me agarro la cabeza con las manos, al borde de la histeria. Sí, me da que esta situación me va a poner neurótica perdida, porque tengo que elegir, y la respuesta a mi dilema me cambiará la vida, tanto en un sentido como en otro. Eso sin contar con la reacción de Hayden... Me quedo helada solo de pensarlo.

Y cuando el móvil empieza a vibrar en el mármol de la encimera, mi corazón deja de latir, porque el nombre que aparece en la pantalla no es otro que el de Hayden.

Levanto la cabeza asustada. Tia me lanza una mirada inquisitiva y se inclina sobre la mesa para mirar el móvil, que sigue vibrando.

—¿A qué esperas para contestar?

—¿Qué coño le digo?

Niega con la cabeza, exasperada, antes de pulsar de repente el botón para coger la llamada y sonreírme ampliamente.

¿La acribillaré ahora mismo por hacerme la sucia? Por supuesto. Pero la vida nos da a los amigos que nos merecemos, ¿no?

Febril, cojo el auricular y me lo pongo en la oreja. La voz de Hayden al otro lado de la línea me tranquiliza de repente, hasta que recuerdo que estoy embarazada de él y ni siquiera lo sabe.

—¿Blake?

—¿Ajá? —respondo.

—¿Va todo bien? —pregunta con un deje de preocupación en la voz.

—Sí, sí —respondo rápidamente—. Es que estoy... cansada.

Miro a mi amiga, que a su vez, me mira mal.

¿Qué? Ya sé que estoy mintiendo, pero no esperará que le suelte la bomba por teléfono,

¿verdad?

—¿Necesitas algo? —continuo en un tono raro.

Esta vez, Tia pone los ojos en blanco con una exageración inaudita. Cuando estoy estresada, no me sale actuar de forma natural. ¡No es culpa mía!

—Em... Solo quería saber si nos íbamos a ver esta noche. Te sonará tonto, pero ya te echo de menos.

Bum, bum. Bum, bum.

El corazón me late fuerte en el pecho. Me encantaría dejar a Tia aquí y correr hacia él, acurrucarme en sus brazos, pero eso está descartado hasta que decida cómo me siento.

—Esto... Esta noche no, Hayd, ha sido un día muy largo y aún tengo algunas cosas que resolver. Te llamo mañana, ¿vale?

Cuelgo tan rápido como puedo, y nada más terminar la conversación, mi amiga aplaude fingidamente mientras me observa con cara de consternación.

—Vaya, vaya, vaya, amiga. Sigue siendo así de espontánea y te dará un parraque... —se burla.

—Ya, bueno... Que conste que no tenía la intención de contestar.

—Que conste que no vas a poder evitarlo eternamente.

Cierto. Pero me vendría de perlas posponer lo inevitable lo máximo posible.

—Mañana vuelo a Miami para un desfile de moda de uno de mis amigos —dice de repente—, y tú te vienes conmigo.

—¿Qué? Pero...

—No hay peros que valgan. Te conozco, vas a estar dándole vueltas hasta la saciedad, a entrar en pánico, a hacerte mil preguntas, a desquiciarte... En fin, ni de coña te dejo sola en un momento así. Necesitas un descansito antes de tomar una decisión.

—Pero Tia...

Sin siquiera mirarme, saca el móvil del bolsillo de los vaqueros, busca a saber qué y luego me dedica una sonrisa triunfal.

—Tu billete está reservado, cielo: te lo he conseguido con mis millas, ¡así que ahora no me hagas el feo!

A mi pesar, me río. Esta chica es excepcional.

—Te quiero, ¿lo sabes, no?

—No podría ser de otra manera —responde con seguridad—. ¿Qué tal si tú y yo nos tomamos unos cócteles (sin alcohol para una que yo me sé, obvio) bajo las palmeras de Miami? Suena a planazo, ¿verdad?

Recuerdo como si fuera ayer las palabras que le dije la noche de mi boda fallida para convencerla de que se fuera conmigo a las Bahamas. Solo han pasado unas semanas desde aquel día, y han cambiado tantas cosas... Mi vida ha dado un giro radical y tengo la sensación de que el universo aún no ha terminado conmigo.

¹ N. de la T. Forma eufemística de decir que se ha quedado embarazada.

² N. de la T. Bofetada, torta.

Hayden

¡Blake me acaba de colgar!

Parecía incómoda, indecisa, como si buscara una excusa para no verme. ¿Qué coño pasa ahora? Se me revuelve el estómago de ansiedad ante la idea de que se arrepienta de lo que ha pasado entre nosotros.

¿Y si es demasiado pronto? ¿Nos habremos precipitado?

Con Blake siempre tengo la sensación de dar un paso adelante y dos atrás. Siento que todo es un espejismo y que voy a acabar despertándome solo, sin ella a mi lado, porque esta preciosa historia no ha sido más que un sueño.

Tras varias horas cavilando en mi piso, decido llamar a su mejor amiga. Necesito saberlo. Necesito hacer todo lo posible para demostrarle mi amor. Después de escuchar un par de veces la señal al otro lado de la línea, Tia descuelga:

—¿¡Hayden?! ¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Tia, ¿qué está pasando? ¿Blake está bien? Espero que ese imbécil de Tyler...

—¡Ey, ey! ¡Cálmate, no empieces! Blake está a salvo en casa y el gilipollas de Tyler ya se ha ido —me interrumpe bruscamente.

—¿Por qué busca cualquier excusa para no verme? He notado en su voz que me estaba mintiendo. Muy bien no parecía estar. ¿He vuelto a meter la pata? —La acribillo a preguntas, preocupado.

—Escucha, mañana me la voy a llevar a Miami a un desfile de moda en el que salgo yo. Lo único que puedo decirte es que, si de verdad te preocupas por ella, ahora es el momento de demostrárselo. Vente. Te contaré más cuando llegues allí, pero ¡venga, chaval, espabila! —insiste en tono serio.

—No entiendo una mierda lo que me estás diciendo. ¿Puedes ser más concreta? ¡No me estás tranquilizando en absoluto! —exclamo, cada vez más ansioso.

—Venga, crack, hasta mañana. Te enviaré el lugar de encuentro, ¡y no te olvides de reservar el billete esta noche! Deja ya de hacer preguntas, ¡cuento contigo! ¡Chao! —concluye con firmeza.

Tia me cuelga y me deja confundido, hecho un lío.

Joder, ¡vaya par de chicas! ¡Entre las dos, me van a volver loco!

Estupendo. Blake vuelve a evitarme y ahora Tia insiste en que me presente en Miami sin siquiera una explicación. A este paso, me va a dar un paro cardíaco. Un mal presentimiento se agita en mis entrañas.

Con todo lo que ha pasado en las últimas semanas, entiendo que Blake esté confundida y necesite pensar las cosas. Pero si es el caso, ¿por qué no me lo ha dicho? Tal vez no confíe completamente en mí todavía. Solo espero que Tyler no haya ido a verla para convencerla de que vuelva con él. De lo contrario, aún puede írseme la pinza y, en ese caso, os aseguro que seré mucho menos amable que la última vez que vino a visitarme...

¡Sí, desde luego tengo todas las papeletas para quedarme tranquilo y zen!

Sobre todo porque ir a Miami implica coger un puto avión. Por desgracia, las infinitas preguntas y la incertidumbre me empujan a reservar un maldito vuelo para reunirme con la mujer

a la que amo y me niego a perder, ahora que por fin soy su novio.

O eso creo.

Me he chutado con todos los truquitos mágicos (y legales) del mercado para calmar mis miedos, pero hasta ahora, nada parece funcionar. Incluso he probado la meditación, que se supone que reduce el estrés, pero dado el ritmo frenético de mis latidos, empiezo a tener serias dudas sobre la eficacia de ese tutorial que encontré en YouTube.

¡Maldito gurú de pacotilla!

Intento ignorar lo que me rodea. Subo al avión y me encuentro en mi asiento, sudando la gota gorda y aferrándome a los reposabrazos con fuerza bruta, porque esta vez no tengo la mano de Blake. No está aquí para calmar mi nerviosismo con un beso, ni para hacerme entrar en razón mientras me acaricia los dedos. Con el fin de olvidar que mi única forma de mantener la cordura no está a mi lado, miro a mi alrededor y, de repente, siento una profunda vergüenza al ver a los pasajeros tan relajados.

¿Cómo coño lo hacen?

Soy incapaz de mostrar ese desapego, porque con solo mirar por la ventanilla, me vienen a la cabeza escenarios horribles, como que se pueda averiar el motor o que se caiga el ala en pleno vuelo.

¡Hayden, hostia ya, deja de imaginarte lo peor!

Necesito distraerme, así que dirijo la mirada a la pantallita incrustada en el asiento frente al mío. Puede que ponerme una peli me calme. Buena idea. ¿Por qué no ver la comedia favorita de Blake, *Love Actually*? Así me acordaré de mi pequeña refunfuñona y me culturizaré un poco; averiguaré lo que le gusta. Reviso los títulos disponibles y ¡bingo! Pronto encuentro lo que busco. Contra todo pronóstico, me absorbe esta comedia romántica navideña y acabo olvidando que estoy a miles de metros sobre el nivel del mar.

Veinte minutos después de poner el pie en tierra firme, salgo por fin del taxi y respiro la brisa marina. Me dejo llevar por la belleza del paisaje. La costa infinita me recuerda los momentos mágicos que pasé con Blake durante nuestra estancia en las Bahamas. Me encanta esta ciudad y sus playas, donde ya he tenido la oportunidad de fotografiar a surfistas para revistas especializadas.

Miami es famosa por sus vastas extensiones de arena blanca y sus aguas cristalinas. Pero me gusta especialmente la emblemática South Beach, con su animado paseo marítimo y su amplia franja de arena bordeada de palmeras, bares, restaurantes y coloridas tiendas de *art déco*.

Podría pasarme horas paseando por Ocean Drive, admirando los edificios históricos de Miami Beach y tomando cócteles en los famosos bares de copas en los que he pasado momentos inolvidables con mis amigos surferos y mi primo, que es un surfista experimentado. Por desgracia, no tengo tiempo para pasear. He quedado con Tia en el desfile de moda en el que sale como modelo principal.

Esa chica es increíble. Su belleza exótica no deja indiferente a nadie y su carrera está en auge. Pero para que un hombre se gane el corazón de esa tigresa, va a tener que echarle valor. Al fin y al cabo, tiene mucho carácter...

A lo lejos, veo una pasarela instalada en la playa, rodeada de sillas y una enorme carpa que probablemente utilizarán como zona de entre bastidores para las modelos o como área de

descanso para el equipo.

Me adentro en la arena y respiro el aire salado del mar. No tardo en fijarme en mi pequeña morena, cuyo pelo ondea al viento y acaricia su precioso rostro. Como siempre, no puedo resistirme a immortalizar con mi cámara su encanto natural y sus expresiones.

Sin embargo, a pesar de su belleza, noto que la tristeza y el tormento nublan sus ojos. El brillo habitual que ilumina sus iris parece haberse desvanecido y su tez lívida apaga su resplandor natural. Se me revuelve el estómago al ver a mi pequeña así, abatida y apática.

¿Qué le habrá pasado? ¿Se habrá asustado porque se me ocurrió soltar que éramos pareja? Ahora que lo pienso, nunca me ha dicho lo que yo significaba para ella... ¿Por eso me habrá pedido Tia que venga? Algo pasa, eso está claro. El mal presentimiento que tenía antes de salir de casa se confirma.

Me acerco a Blake, que a su vez acaba de reunirse con Tia. Cuando me ve, abre los ojos de par en par y entra en pánico.

—¿¿Hayden?! ¿Qué coño haces aquí? —exclama Blake, consternada al verme frente a ella.

—Hola, Blake, yo también me alegro mucho de verte —bromeo con un deje de sarcasmo—. He venido a averiguar qué está pasando. Eres tú quien no se molesta en contestarme... —explico, intentando mantener la calma.

—¿Y te has cruzado el país en avión solo porque no respondía a tus mensajes?

—¿Estás huyendo de mí, o qué? Blake, por Dios, hablemos las cosas. ¡Tia me ha pedido que espabile y venga hasta aquí! —replico, haciéndome eco de las palabras de su amiga—. Deduzco que es porque me estás ocultando algo importante. Así que si quieres poner fin a lo nuestro, no hay problema, pero preferiría que me lo dijeras sin rodeos, ¡porque este silencio me está volviendo loco!

Se me acelera el corazón de rabia y tristeza cuando Blake se vuelve hacia su mejor amiga con el ceño fruncido y le grita con un tono crispado:

—¡Tia! ¿Cómo te atreves a...?

—Lo siento, pero creo que me llaman, ¡el desfile está a punto de empezar!

Tia se excusa y echa a correr hacia la carpa para dejarnos solos.

—Escucha, es... complicado. Han pasado tantas cosas en mi vida en tan poco tiempo que ya no sé muy bien ni dónde estoy —dice, con la voz llena de emoción—. Tenías razón, Hayd. Necesito dar un paso atrás antes de decidir ciertas cosas. Ahora mismo, solo he venido a apoyar a mi amiga, así que si me disculpas, no es el momento. Hablaremos de ello más tarde.

Sin darme tiempo a contestar, Blake se da media vuelta y se dirige rápidamente a una silla reservada con su nombre frente a la pasarela. La playa está repleta de personalidades del mundo de la moda, lo que crea un ambiente eléctrico.

Sin embargo, un torbellino de sentimientos arrasa con mi mente. Primero siento rabia; luego, incompreensión; y finalmente, pesar. Me siento impotente porque no entiendo qué sucede. Quizá sea hora de demostrarle a Blake cuánto la quiero. No puedo perderla ahora. No después de todos los años que llevo esperando que surja algo entre los dos. No pienso dejarla escapar.

El recuerdo de la película que consiguió calmar mis nervios en pleno vuelo me da la idea del siglo. Me la juego a sentir el bochorno de mi vida, pero merece la pena. Sin pensarlo más, me dirijo al personal de organización de eventos y consigo hacerme con unos cuantos carteles bastante grandes. Tengo que admitir que mi carné de fotógrafo profesional es de bastante ayuda.

Abro YouTube en el portátil y reescribo en pocas palabras uno de los momentos más emblemáticos de la peli. Sí, me refiero a la escena romántica por excelencia (al menos según

ella), esa en el que un tío cuyo nombre he olvidado declara su amor a una chica, aunque no haya esperanza.

A partir de ahora, voy a tener que apañármelas para subirme a la pasarela entre modelo y modelo. Cámara en mano, finjo fotografiar la zona de bastidores y me dirijo discretamente hacia la pasarela y los escaloncitos que conducen a ella. La suerte parece estar de mi lado cuando veo acercarse a Tia, que es la siguiente modelo en desfilas. Me acerco a ella y le explico brevemente mis intenciones en voz baja, esperando que acceda a ayudarme.

—Tia, confía en mí, por favor te lo pido. Si tu amiga te importa tanto como a mí, necesito que me dejes ocupar tu lugar.

—Eres un grano en el culo, Johnson, ¿lo sabías? ¡Vas a echar a perder el programa y mi credibilidad con tu idea de bombero! Pero tienes suerte, estoy de buen humor y quiero a Blake con todo mi corazoncito. Así que voy a fingir que nunca te he visto, sobre todo porque este torro me tiene al borde del jamacuco¹. ¡Voy a liarla parda aquí dentro mientras tú te las gastas de romántico en la pasarela! Con la calma, ¿eh?

Se lo agradezco con una sonrisa y hasta le doy un abrazo, con los carteles en la mano.

A medida que avanzo por la pasarela, se palpa la tensión. El público me observa con curiosidad, porque un hombre en medio de una pasarela en la que únicamente desfilan modelos femeninas da bastante el cante.

A pesar de haberme puesto una bonita camisa abierta sobre mi torso musculoso para enamorarla, me tiembla todo de los nervios y se me seca la garganta. A cada paso que doy, siento una presión en el pecho. Me tiemblan las piernas y se me acelera la respiración. Me entran los sudores fríos, pero me concentro en la única persona que me importa, cuyo rostro se descompone a medida que me acerco. Ahora, frente a ella, doy la vuelta al primer cartel, luego al siguiente, y así revelo las frases que he escrito allí:

«Podría pasar la noche con muchas otras chicas».

«Pero para mí solo importa una».

«Así que déjame decírtelo sin esperanzas ni expectativas».

«Tan solo quiero que sepas la verdad (porque estas cosas no solo se hacen en Navidad)».

Blake parece sorprendida, pero sigue leyendo los carteles con interés, con los ojos brillantes por las lágrimas que amenazan con derramarse. Decido continuar y desvelar los mensajes uno a uno:

«Para mí, eres perfecta».

«Y mi corazón roto te amará hasta que te parezcas a esto de aquí».

Por falta de tiempo, el siguiente cartel muestra un dibujo fallido de una momia, pero Blake, que conoce perfectamente la referencia, entiende mi boceto y las lágrimas fluyen libremente por sus mejillas. Su risa le ilumina el rostro. Siento que se me acelera la respiración mientras sostengo el último cartel.

«Te quiero, Dawson».

Veo la emoción en su rostro, en el que dibuja una mezcla de sorpresa, alegría y ternura. Cientos de personas aplauden ante esta escena surrealista y romántica, pero para mí, en este momento solo estamos ella y yo.

He conseguido expresar todo lo que sentía, sin contención. Me he entregado a ella con una sinceridad sin igual y me he expuesto frente a las personalidades del mundo de la moda. A partir de ahora, depende de ella. Aceptaré su elección, sea cual sea, pero espero de todo corazón que

ella sienta lo mismo por mí.

Me bajo de la pasarela y corro hacia ella, sin apartar la mirada de la suya, con la esperanza de encontrar en ella un rayo de esperanza. Al abrazarla, siento un calor reconfortante. Mientras ella esté cerca de mí, todo irá bien. Blake me mira fijamente. Le brillan los ojos de la emoción. Se relaja al contacto con mi cuerpo y dibuja una sonrisa tímida en los labios.

—Pase lo que pase, sea cual sea el problema, te quiero, Blake, y juntos seremos capaces de enfrentarnos a cualquier cosa. Juntos somos más fuertes, nunca lo olvides. Pero si me dejas marchar, creo que me moriré sin ti... —murmuro.

Mi cálido aliento le acaricia la piel. Blake me posa la mano suavemente en la mejilla.

—Te has acordado de mi película favorita, Hayd, y te has declarado de la forma más bonita posible. Jamás he pensado en dejarte marchar, ¿sabes? Pero por mucho que te quiera, lo que voy a decirte podría ponerlo todo en peligro... —confiesa, tensa.

Me da un vuelco el corazón al oír sus palabras. La ansiedad aumenta en mi interior. Incapaz de soportar la idea de perderla, la interrumpo:

—Chiss, primero, bésame. Lo necesito.

Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado. Un frenesí de sentimientos se desencadena con este encuentro. Es una mezcla de deseo, amor, miedo y alivio. La abrazo y la siento contra mí, e inhalo ese aroma que tanto había echado de menos. El tiempo parece haberse detenido a nuestro alrededor y nos perdemos en este instante mágico, en el que saboreamos cada segundo con intensidad.

Sin embargo, nuestra euforia dura poco, ya que el personal de seguridad nos llama la atención y nos invita a abandonar el desfile. Me sorprende que hayan tardado tanto en intervenir, pero Tia debe de habérselo currado para distraerlos durante tanto tiempo. Quizá debería pensar en ser actriz. No debería desaprovechar semejante talento...

Ahora estamos solos en la playa. La agarro de la mano con firmeza, no vaya a ser que se me vuelva a escapar. La invito a sentarse en la arena, frente al mar, y ambos permanecemos en silencio. El ambiente está cargado de tensión y espero que Blake me diga al fin por qué está tan inquieta.

Ella respira hondo y se vuelve hacia mí, con sus iris dorados anclados en el azul de los míos.

—Hayden, tengo algo que decirte... —se atreve a decir, temblorosa.

De repente, estoy tan preocupado que el corazón me da un vuelco. Intento animarla estrechándole la mano, para demostrarle que estoy dispuesto a escucharla pese a todo. Blake traga saliva y me evita la mirada.

—Estoy... estoy embarazada, Hayd. Es tuyo. Los cinco test en los que Tia me hizo orinar lo confirman. Y según mis cálculos, todo cuadra con el momento en que tú y yo estuvimos en las Bahamas —dice, titubeante, mientras una lágrima le cae por la mejilla.

Las palabras de Blake resuenan en mi cabeza y me dejan sin habla.

Está embarazada.

La noticia es como una descarga eléctrica. En mi interior, la sorpresa se une a la emoción y la aprensión.

Blake me mira con ojos interrogantes. Espera ansiosa mi reacción. Me debato entre la alegría de ser padre y el miedo a lo que significará para nuestro futuro. Aún somos jóvenes, acabamos de empezar y semejante noticia lo pone todo patas arriba. Permanezco en silencio un momento, buscando las palabras adecuadas. Finalmente, cojo la mano de Blake entre las mías y se la estrecho con ternura.

—Blake, esto es... increíble —tartamudeo, desbordado por las emociones—. No... no puedo ocultar que estoy aterrorizado, pero estoy preparado para afrontar esto contigo. Vamos a ser padres, y no podría estar más contento.

Ella sacude suavemente la cabeza.

—Hayden, creo que no lo entiendes. No se trata solo de si nos queremos o no. Un bebé lo cambia todo. Es una responsabilidad enorme, exige tiempo y sacrificio. Estoy convencida de que esto no entraba en tus planes, sobre todo porque probablemente quieras viajar por el mundo o lo que sea antes de que un niño te quite el sueño. ¡Y ni siquiera vivimos juntos! ¿Y si no me soportas en el día a día? ¿O a la inversa? ¡Ni siquiera nos conocemos! Un bebé no va a arreglar las cosas.

—¡Te conozco, Blake Dawson! En los últimos tres años, he descubierto tu forma de ser. Nadie se ha fijado como yo en lo que te convierte en una persona excepcional. Entiendo que te preocupe, Blake, y créeme, yo también tengo miedo, pero estoy seguro de que quiero estar a tu lado todos los días. Desde el primer momento, supe que eras la persona con la que quería compartir mi vida, y este bebé es el mejor regalo que podrías haberme hecho. Soy consciente de que empezar la vida de pareja siendo padres no es fácil, y no lo será todos los días, pero así lo ha querido el destino. Así que, ¿por qué no darnos el beneficio de la duda y confiar en lo que quiere el universo? Y en cuanto a nuestros planes personales, los llevaremos a cabo juntos, con nuestro bebé. No quiero forzarte a nada, Blake, pero quiero que sepas que estaré ahí para ti. Siempre estaré ahí para ti y para este bebé. Si decides darnos una oportunidad, claro...

Me acerco a ella y le pongo la mano suavemente en la mejilla.

—Blake Dawson, ¿me quieres en tu vida y quieres tener este bebé conmigo?

Blake parece emocionada. Me mira con asombro. Sus ojos rebosan afecto. Le tiemblan ligeramente los labios mientras busca las palabras para responder a mi declaración.

—Yo... esperaba que huyeras para salvarte —admite—. Pero aquí estás, delante de mí. Eres diferente, Hayd, y no puedo negar lo que siento por ti. Creo que te quiero, y sin ti a mi lado, sin ti en mi vida, me siento vacía, me falta el aire. Es como si nadie más pudiera llenar el hueco de tu ausencia. Y este bebé... es una parte de ti, así que creo que ya lo adoro.

Se seca las lágrimas rápidamente y me mira con determinación.

—No sé cómo va a salir, pero estoy dispuesta a intentarlo. Estoy dispuesta a darle una oportunidad a nuestra relación, a nuestra familia. Nunca pensé que sería madre tan joven, pero ya puestos, quiero ser la madre de tu hijo, porque de todos modos, no podría vivir sin ti.

Su confesión me llena de una intensa calidez y no puedo evitar sonreír a pesar de la preocupación que persiste en mi interior. Vamos a hacer una locura, pero mientras sea con ella, estoy preparado para afrontar cualquier cosa.

—Tenemos varios meses para aprovecharlos al máximo antes de que una niña refunfuñona y minúscula llegue al mundo, ¡así que no perdamos más tiempo, preciosa!

—¡O puede que sea un niño desquiciante, como su padre! ¡Nunca se sabe!

Me lanzo contra sus labios y la abrazo con tanta fuerza que nos convertimos en uno solo. Quiero a esta chica a muerte y tener un hijo con ella me hace sentir tremendamente afortunado. Es un sueño hecho realidad, y más después de tres largos años en los que había renunciado a encontrar un amor tan intenso como el que siento por Blake.

Cupido por fin ha decidido centrarse en mi destino y estoy saboreando este momento. Sé que no todo será perfecto, pero estoy convencido de que superaremos todos los obstáculos que se interpongan en nuestro camino. Sobre todo porque el futuro no será nada fácil: ¡he oído que no

es sencillo lidiar con una embarazada! Pero por el bien de Blake, estoy dispuesto a aguantar lo que sea.

¹ *N. de la T.* Ataque. En este caso, un golpe de calor.

Epílogo

Blake

—Hayden Johnson, te lo advierto, fíjate bien en este cuerpo, porque nunca más, ¿me oyes? ¡NUNCA MÁS lo tocarás!

Me recuesto sobre la camilla y agarro la parte acolchada con los dedos hasta que los nudillos se me ponen blancos del esfuerzo.

Dios, ¡duele muchísimo! ¡Esto es un infierno!

—Blake, cariño, tienes que respirar —me anima Hayden con una dulzura que contrasta con mi evidente irritabilidad.

—¡Aaaaaaaaah!

Inmediatamente, le agarro la mano y la aprieto entre las mías hasta que la oleada de dolor remite. Hayden pone cara de tipo duro y me aparta el pelo que, con el sudor, se me pega a la frente. Me da un beso en la sien, (¡como si eso fuera a calmarme!) y luego se atreve a susurrarme:

—Sé que te duele, pero...

—¿Que me duele? ¿Que me duele? —le corto, berreando aún más fuerte—. ¿Crees que esta experiencia que me está destrozando por dentro solo me causa un dolorcito de nada? ¿Qué coño sabrás tú? ¡Sin útero no se opina, Hayd¹!

Hayden estira los labios en una sonrisa. Acabo de mandarlo a la mierda, ¡y el muy cabrón aún se atreve a sonreír!

—¡Vamos, Blake, sigue empujando! —dice una voz femenina.

Me vuelvo hacia la mujer con el pijama sanitario rosa palo que tiene la cabeza entre mis muslos.

—¿Qué te crees, que estoy haciendo punto aquí o qué? ¡Sácame a esa cosa de una vez!

Creo captar una expresión ofendida en el rostro de la ginecóloga, pero no estoy muy segura, porque una maldita contracción decide reventarme el cuerpo. Yo firmé para traer un bebé al mundo, ¡no para sentir que me pasa un camión por encima cada treinta segundos!

—¿Esa «cosa» de la que hablas es nuestro bebé, o he oído mal? —pregunta Hayden.

Ignoro su mirada avergonzada y contesto lo mejor que puedo, apretando los dientes para intentar lidiar con el dolor asolador que me abruma.

—Bebé, cosa, alienígena, ¡lo mismo es! Aunque la última palabra le va mejor a este ser enano que ha colonizado mi vientre sin escrúpulos.

—Blake, ¡escucha! ¡Es niña!

Hayden y yo decidimos mantener el sexo del bebé como una sorpresa hasta el final. De hecho, durante los primeros meses de embarazo, yo estaba entusiasmada con la idea de tener una miniyó y él me decía una y otra vez que no sería capaz de esperar hasta el día del parto para saberlo. Por supuesto, mi maldito orgullo me obligó a demostrarle que estaba equivocado. Y como os imagináis, ha sido una auténtica tortura. Así que la única razón por la que no le suelto una bordería ante semejante verborrea es una contracción superpotente. Un dolor equivalente al de un golpe del meñique del pie contra el canto de mil millones de muebles.

—¡Ya casi está, Blake! —grita la ginecóloga—. ¡Está asomando la cabecita!

Siento que la sangre se me sube a las mejillas al pensar en mi vagina deformada por una

cabeza de unos diez centímetros de diámetro. Os lo juro, si supiéramos lo que ocurre realmente durante el parto, la tasa de natalidad mundial caería en picado. ¡Creedme!

Pero en cuanto me encuentro con la mirada de Hayden, llena de asombro y de ganas de conocer a nuestra hija, todo desaparece: la fatiga, la ira, el dolor... Solo está él en la habitación, cogiéndome de la mano, con la frente apoyada en la mía, susurrándome palabras que van directitas a mi corazón. Así que, en un último esfuerzo que parece despojarme de mis últimas fuerzas, sigo empujando, antes de derrumbarme entre lágrimas.

Me sacuden innumerables sollozos que no cesan y Hayden me abraza con tanta fuerza que no puedo respirar. No deja de besarme la parte superior de la cabeza.

¿Lo he conseguido?

No tengo ni puñetera idea de si es el caso hasta que siento un peso apoyado en el pliegue de mis brazos.

—Enhorabuena, Blake, es una niña —anuncia la ginecóloga.

Se me salen los ojos de las órbitas durante unos segundos antes de bajar la vista hacia la cosita chiquitina que llora contra mi pecho y... ¡plam!

¿Creéis en el amor a primera vista? ¿Creéis en el amor incondicional que nace en apenas una milésima de segundo y es irreversible?

Cuando miro los increíbles iris azules del bebé que me devuelve la mirada, eso es exactamente lo que siento. Un amor tan fuerte que mi corazón parece incapaz de contener la felicidad descomunal que me embarga.

Es tan extraño y estimulante al mismo tiempo... Tengo a mi hija en brazos.

A mi hija.

—Es preciosa —susurra Hayden, acariciando con las yemas de los dedos la mejilla de nuestro bebé.

Nuestra niña.

—Es perfecta.

—Igual que su madre —responde mientras me da un besito casto en los labios.

Se me ilumina el rostro con una sonrisa de felicidad. Hace un año, jamás habría imaginado que mi vida daría un cambio tan radical. Bastó con una decisión, que mi ex no me esperara en el altar de la iglesia, para que el destino pusiera en marcha sus tretas. Algunos dirán que fue el azar, una sucesión de casualidades, lo que nos llevó hasta donde estamos hoy, pero yo creo en algo mucho más grande y fuerte que eso.

Sí, Hayden y yo estamos predestinados; no puede ser de otra manera.

Aún recuerdo cada detalle del primer beso que le di en aquel avión, cuando no se me ocurrió otra forma de calmar su ataque de pánico, y luego el de la cueva submarina, el que lo cambió todo para mí. Todavía lo veo con toda nitidez en mi mente, de pie frente a mí en aquella pasarela de Miami, recreando una escena de mi peli favorita mientras desfilaba con sus pancartas, y creo que fue entonces cuando me di cuenta de que la vida con Hayden sería más épica y hermosa que cualquier comedia romántica. Incluso más que *Love Actually*.

¡Imaginaos!

Vuelvo a centrar mi atención en el adorable angelito que no me quita los ojos de encima. El mechoncito de pelo que tiene en la cabeza es del mismo tono que el de Hayden. Sus ojos son de un turquesa profundo como el océano y...

Inclino la cabeza hacia un lado, para mirar fijamente a mi bebé. Cuanto más lo miro, más me doy cuenta del asombroso parecido con su padre.

De hecho, ¡es la viva imagen de su padre! ¡Pedí una miniyó, no una versión femenina de Hayden!

Y lo que sucede a continuación es de lo más estúpido. Me pongo a llorar a moco tendido por la simple razón de que el fruto de mi vientre obviamente ha decidido quedarse con una cantidad desproporcionada de los genes de su padre.

¡Putas hormonas!

—¡Blake! —exclama con un deje de preocupación en la voz—. Cariño, ¿estás bien?

Resoplo con dejadez y me seco los ojos con rabia.

—No, no estoy bien. ¿Cómo voy a estarlo? Seguro que me pedirán el carné de conducir para recoger a mi propia hija del cole. ¡Míranos! ¡¿Crees que Natalie se parece a mí, aunque sea un poquito?! ¡No he estado nueve meses pasándolas canutas para que sea clavadita a ti!

Hayden me mira con los ojos abiertos de par en par antes de soltar una carcajada y secarme el reguero de lágrimas de la mejilla con el pulgar.

—¿Natalie? —repite, un poco sorprendido, arqueando una ceja.

Uy.

De pronto recuerdo que no habíamos conseguido ponernos de acuerdo sobre ningún nombre.

—Es... bonito, ¿verdad? —digo mientras pestañeo frenéticamente para engatusarlo.

—¿Y cómo se te ha ocurrido ese nombre? Espera —Hayden rebobina un poquito—, apuesto a que es por *Love Actually*... La chica que encadena tacos y habla como un carretillero, ¿no?

Pillada.

También es verdad que no me sorprende que se acuerde. Durante todo el embarazo, Hayden ha sido tan dulce que se ha tragado todas y cada una de las veces que me visto y revisto mi peli favorita. No dijo ni pío, ni siquiera cuando me puse a ensalzar las virtudes del personaje en cuestión, en particular por su lenguaje un tanto... soez.

—¿Y bien?

—Pues nada, será Natalie —responde, con una sonrisa en los labios a partir de la que no puedo deducir sus emociones—. Pero me debes una a cambio.

Ah, ahí está... Mi intuición no falla nunca.

—Pide lo que quieras... —digo entre suspiros.

Hayden ensancha la sonrisa. Se aparta de nosotras durante un breve instante para sacar algo del bolsillo interior de la chaqueta y luego vuelve adonde estaba, esta vez con un estuchito de terciopelo en las manos. Cuando lo abre, me doy cuenta de lo que es. Me quedo de piedra al descubrir un anillo de oro blanco, con lo que supongo que es un magnífico diamante en el centro.

¡Joder! ¿Eso es lo que creo que es?

He perdido la cuenta de las veces que Hayden ha intentado sacar el tema del matrimonio y, dada mi deplorable experiencia en la materia, siempre he conseguido evitarlo. Pero ahora no hay escapatoria. De todos modos, Hayden y yo estamos unidos de por vida de la forma más hermosa posible. He sobrevivido al parto, así que llevar un anillito de compromiso en el dedo no debería matarme, ¿verdad?

—Hayden Johnson, cástate conmigo —digo de repente, y le dejo sin aliento.

El padre de mi hija me mira sorprendido. Abre los ojos de par en par, y si el momento no fuera tan intenso, creo que me reiría de él. ¿Acabo de cargarme su proposición? Probablemente, pero una vez superado el *shock*, Hayden estalla en carcajadas y me besa tan apasionadamente que un enjambre de mariposas echa a volar en la boca de mi estómago.

—Es una locura lo muchísimo que te quiero, Blake Dawson.

Sonríó como una niña. Definitivamente, esa es su forma de aceptar. Ahora tendrá que aguantar mi personalidad de mierda el resto de su vida.

¹ *N. de la T.* Célebre contestación que Rachel le da a Ross durante en el episodio 14 de la 8ª temporada de *Friends*.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
[@cherrypublishing_esp](https://www.instagram.com/cherrypublishing_esp)
Sigue también a las autoras:
[@steffanyeauteure](https://www.instagram.com/steffanyeauteure) y [@livi.dreem](https://www.instagram.com/livi.dreem)
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov